



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

“REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO A LA RELACIÓN
MASCULINIDAD - DEPORTE EN JÓVENES ATLETAS UNIVERSITARIOS
DE LA CIUDAD DE MÉXICO”

TESIS

Que para optar por el grado de: Licenciatura en Psicología

PRESENTAN:

BARRETO GUEVARA BRUNO EMMANUEL
BECERRIL ESPARRAGOZA EDUARDO

DIRECTOR DE TESIS:

MTRO. CLAUDIO ARTURO TZOMPANTZI MIGUEL.

ASESORA DE TESIS:

DRA. ALEJANDRA VALENCIA CRUZ.

CDMX.
2019



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Bruno:

A mi familia por su inmenso apoyo y amor.

A Gaby por su luz, comprensión, amor y presencia.

A mis queridas amistades por darme el valioso regalo de acompañarles en sus vidas.

A Ed, por su cálida compañía y linda amistad, por ser un compañero comprensivo todos estos años.

A Claudio y Alejandra por su compromiso y pasión, por ser guías de vida. Les admiro y estimo profundamente.

Eduardo:

Este trabajo no hubiera sido posible sin la ayuda de muchas personas. Quiero expresar mi gratitud a Claudio Tzompantzi y a Alejandra Valencia, que nos dirigieron de una manera que nos hicieron sentir siempre acompañados y apoyados. También estoy agradecido con todos los entrevistados que nos permitieron conocer sobre sus vidas y que sin ellos nuestro trabajo hubiera sido imposible. Gracias infinitas a Bruno por ser un gran hermano que me encontré en la vida y por hablar tan extensamente conmigo por tantas horas. Gracias por encima de todo a mi familia Gude, Meli, Moña, Ray, Chisra, Chack y Oliva, gracias por escucharme, aguantarme, y apoyarme cada día.

ÍNDICE

RESUMEN 6

INTRODUCCIÓN 7

CAPÍTULO I: BASES GENERALES DE LA INVESTIGACIÓN (LA PRETEMPORADA)

1. SEXO Y GÉNERO: PRIMERAS IMPRESIONES

1.1 Definición de sexo 13

1.2 Definición de género 15

1.3 Relaciones de género y sus desigualdades..... 18

1.4 Naturalización del género 22

1.5 La socialización como dispositivo para la apropiación del género 24

2. CUERPO Y SUBJETIVIDAD.

2.1 Construcción psíquica del cuerpo 25

2.2 Aspectos culturales del cuerpo 29

3. REPRESENTACIONES SOCIALES

3.1 Definición 33

3.2 Funciones 35

4. REPRESENTACIONES SOCIALES EN TORNO AL HOMBRE

4.1 Hombres de las hegemonías 37

4.2 La construcción masculina 39

4.3 Implicaciones sociales del ser hombre 42

CAPÍTULO II: LOS JUEGOS DEL HOMBRE

1. MASCULINIDADES

1.1 Estudios y antecedentes	46
1.2 Definición útil para el presente trabajo	48
1.3 Entre hegemonías y alternativas	51
2. VISIONES DOMINANTES SOBRE EL VARÓN	
2.1 Diferencias entre machismo y masculinidad	54
2.2 Implicaciones del discurso biológico para la auto-concepción varonil	59
3. IMPORTANCIA DEL DEPORTE EN EL IMAGINARIO SOCIAL PARA LA CONFORMACIÓN DEL HOMBRE	
3.1 Relación deporte - masculinidad	63
3.2 Relevancia del deporte en el entorno social e histórico	67

CAPÍTULO III: ¡AL ABORDAJE! (METODOLOGÍA)

1. ¿Cómo analizamos?	
1.1. Teoría fundamentada	71
1.2. Muestra	72
1.3. ¿Qué son los códigos desde la teoría fundamentada?	72
2. Nuestros códigos axiales	
2.1. Masculinidades en el deporte.	73
2.2. Maneras de socialización.	75
2.3. Costos y beneficios de la práctica deportiva percibidos por los varones...	77
2.4. Presencia femenina en espacios deportivos	78
2.5. Forjando al hombre.	80

CAPÍTULO IV: MARCADOR FINAL. (RESULTADOS)

1. Introducción.	83
-----------------------	----

2. Lo que obtuvimos con las entrevistas.	
2.1. De la relación deporte - violencia.	86
2.2. De la presencia femenina en espacios deportivos.	90
2.3. De las relaciones en el deporte.	95
2.4. Del desempeño ideal del atleta ante a sus compañeros y oponentes. ...	100
2.5. Sobre forjando al hombre.	105
3. Cierre.	112

CAPÍTULO V: ¿LA ÚLTIMA PALABRA? (CONCLUSIONES)

1. Conclusiones.....	114
----------------------	-----

CAPÍTULO VI: ¿QUÉ SIGUE? (DISCUSIÓN)

1. Discusión.	118
--------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	125
--------------------	-----

ANEXOS	130
--------------	-----

RESUMEN

El presente trabajo se basa en el análisis de una serie de entrevistas a jóvenes deportistas universitarios donde intentamos indagar sobre las representaciones sociales con las cuales conforman su idea de masculinidad, además de la importancia que el deporte cobra al momento de la conformación subjetiva de su psique y su identidad como varones.

El análisis de dichas entrevistas se realizó mediante un enfoque cualitativo, enfatizando en el discurso de cada participante, para ello se conformó un guión semi-estructurado gracias al cual se pudieron formular preguntas secundarias que nutren el contenido de nuestra investigación.

Reconocemos que aún falta mucho camino por recorrer dentro del estudio de las masculinidades, pero intentamos hacer que este trabajo de pie a posteriores profundizaciones sobre la conformación de la idea de masculinidad en los jóvenes, así como posibles propuestas de programas y campañas en pro de una ciudadanía más plural y libre de violencias.

Palabras clave: masculinidad, representaciones sociales, violencias, género, cuerpo, identidad.

Introducción

El papel de la psicología a través de los años ha sido de suma importancia para el desarrollo de los estudios de género, puesto que nos ha permitido comprender a la persona en las múltiples esferas de la vida, conformando así su subjetividad atravesada genéricamente. Poco a poco la disciplina ha contribuido a la desmitificación en torno a las identidades de género, aunque si bien hasta no hace mucho tiempo influyó en la patologización de las mismas, la psicología ahora estudia la construcción de dichas identidades desde un lugar distinto (al menos esa es la apuesta), sin emitir juicios morales ni realizar señalamientos que contribuyan a la propagación de la violencia sistemática que no es sino la expresión de la desigualdad de género a causa de un régimen patriarcal; brindando además apoyo a otras ciencias de la salud y ciencias sociales en el desarrollo de nuevas investigaciones que promuevan ambientes más saludables para la convivencia cotidiana de todas las personas.

Aunque aún hay muchos espacios esperando ser llenados por la labor del psicólogo, debemos dar cuenta de la vital importancia de la psicología social para ayudarnos a comprender y cuestionar el mantenimiento de los modelos hegemónicos de la masculinidad, a pesar de las desventajas tanto físicas como socio-afectivas que podrían acarrear para los hombres mismos y sus relaciones.

Este estudio tiene como finalidad brindar un panorama más amplio sobre la manera en que los jóvenes deportistas universitarios se perciben a sí mismos en la conformación de su subjetividad masculina, intentaremos hacer notar la valía que tienen las representaciones sociales para esta última, para ello nos apoyaremos en la teoría elaborada por Sergei Moscovici, una de las más estudiadas dentro de la psicología social.

El presente trabajo se encuentra dividido en seis capítulos, donde intentaremos hacer un recorrido que pueda convertirse en un recorrido guiado por cada uno de los apartados

de una forma clara y accesible para cualquier persona que pueda estar interesada en este trabajo.

Para dar inicio hemos decidido nombrar al capítulo I “Bases generales de la investigación”, aquí intentaremos llevar información de lo que consideramos como puntos básicos para comprender la investigación, como las definiciones y diferencias entre los conceptos de sexo y género y las implicaciones que tienen en nuestra vida cotidiana, una vez comprendidos estos puntos básicos nos será posible hablar sobre el cuerpo, su constitución psíquica y los aspectos culturales para dar cuenta de cómo es la forma en que pensamos y percibimos nuestros cuerpos y sus consecuentes cargas simbólicas que contiene el ser percibidos y percibirnos de alguna forma determinada sin dejar a un lado la importante carga cultural que esto conlleva; en este primer capítulo también consideramos esencial empapar a los y las lectoras del trabajo con uno de nuestros conceptos claves: las representaciones sociales, su definición y su función, para finalmente cerrar el capítulo con las representaciones sociales en torno al hombre y de esta manera poder exponer tanto las implicaciones sociales que conlleva ser y vivirse como hombre como la construcción masculina en un tiempo y espacio determinado.

En el capítulo II que hemos titulado “Los juegos del hombre” seguiremos el hilo conductor que nos dejó el final del capítulo I y procederemos a hablar sobre qué es la masculinidad y cómo la hemos entendido para realizar este trabajo, hablaremos a su vez de temas como la diferencia entre machismo y masculinidad tan necesaria si pretendemos escribir un trabajo que no intente enaltecer o mantener los viejos mecanismos de violencia de los que se ha servido la masculinidad para mantener sitios de poder y privilegios a costa de mantener estructuras rígidas que se pueden traducir en violencias tanto para las mujeres como para los hombres mismos, así cerraremos este capítulo, siguiendo con el tema central de la masculinidad, hablando sobre la importancia del deporte en el imaginario social para la conformación del hombre, donde a través de un recorrido de la concepción de la masculinidad nos situaremos para hablar de la relevancia que toma el deporte como instrumento forjador de la masculinidad.

Por su parte, en el capítulo III “¡Al abordaje!” hablaremos de la metodología que hemos utilizado para la realización de este trabajo de investigación, aquí describiremos la teoría fundamentada y narraremos paso a paso el procedimiento que seguimos tanto para la obtención de información como para el posterior análisis de datos que son en su conjunto nuestros resultados.

Para el capítulo IV “Marcador final: resultados” se escribirá acerca de los resultados que se obtuvieron en el trabajo, constará de las respuestas que consideramos más representativas e interesantes de nuestro estudio sin que ello signifique que el resto de las aportaciones no sean valiosas o de utilidad para investigaciones posteriores. Es en este apartado en el que daremos cuenta de la relevancia del deporte como elemento crucial de la conformación de la subjetividad masculina en jóvenes universitarios. Pudimos hallar presentes algunas de las representaciones sociales de la masculinidad hegemónica, tales como: “hombre proveedor, maestro y dominante, sacrificio corporal, respeto a la autoridad y normalización de la violencia”, entre muchos otros.

Mientras que en el capítulo V “¿La última palabra?: conclusiones” se abordarán las conclusiones formuladas de la investigación, las impresiones que deja este estudio en nosotros y una vista general a los resultados obtenidos en concordancia con nuestro marco teórico previo.

Finalmente en el capítulo VI “¿Qué sigue?: discusión” se realiza una breve discusión acerca de las limitantes y posibilidades de investigaciones a futuro que creemos ha generado este trabajo. Se escribe también desde una lectura más personal de lo que significó este proyecto para nosotros, las sensaciones que nos ha dejado, así como las significaciones en torno a realizar este trabajo en conjunto y el reto que implicó elaborar una introspección de nuestra subjetividad masculina.

Si bien, en este estudio no se presenta una propuesta de intervención, estamos convencidos de que la psicología tiene el potencial para elaborar programas y aplicaciones dirigidos a un cambio paulatino en las prácticas hegemónicas (y por tanto

patriarcales) de violencia sistemática masculina, que afecta tanto a varones como a las personas con las que nos relacionamos.

Comprendemos que la práctica deportiva tiene un papel fundamental en la vida humana y por tanto su cese es imposible, pero creemos que a través de estos estudios y la labor del psicólogo podemos encontrar espacios abiertos a la transformación en las relaciones que se gesten ahí. No obstante, no somos ciegos ante el hecho de que la formación deportiva es también un mecanismo transmisor de ideales hegemónicos, que por generaciones han estado presentes en nuestra subjetividad, tenemos el reto de abonar ,desde nuestro campo de estudio, a las soluciones que se generan para poder disminuir la violencia en los espacios deportivos.

La importancia de la psicología social reside en que a través de su estudio podemos ver las dinámicas entre grupos y colectivos y desde ahí darnos la posibilidad de transformarlas hacia la equidad y generando así espacios más plurales y abiertos.

Objetivo:

Identificar y analizar las representaciones sociales de los jóvenes deportistas universitarios alrededor de la conformación de su identidad masculina y su relación con la práctica deportiva.

Capítulo I. Bases generales de la investigación (La pretemporada)

1. Sexo y género: primeras impresiones.

Aún en tiempos actuales nos seguimos encontrando con el problema sobre la diferenciación de las definiciones “sexo” y “género”, esto es un problema crucial pues para abordar cualquier tema que se quiera incorporar dentro de estos estudios de masculinidades debemos tener muy claro a qué nos referimos cuando hablamos de estos términos.

Podemos descubrir que las teorizaciones y enseñanzas de la perspectiva de género permanecen en la esfera académica (especialmente en educación superior) y eso implica toparnos con pared a la hora de discutir fuera de las aulas la problemática de género; el discurso biologicista permea desde los niveles básicos y eso nos lleva pensar de una forma tan reduccionista que llegamos a creer que un hombre es a partir de que tiene pene y una mujer es tal a partir de que posee vulva, y así vamos creciendo con la idea de la complementariedad de los sexos con el fin último y único de la reproducción.

Con los riesgos que esto conlleva, somos educados, tanto mujeres como varones, para pensar siempre de una manera dual y diferenciada, llegamos a pensar en ambos como en una especie de rivales, todos alguna vez escuchamos de pequeños cosas como “los niños no lloran” y “las niñas siempre son tiernas”, estas frases nos muestran un mundo dividido donde parecería que un encuentro entre estas dos cosmovisiones son casi imposibles y que, por lo tanto, si perteneces a uno de estos dos grupos no es posible acercarse al otro sin el riesgo de ver vulnerado tu lugar, un ejemplo de esto visto desde gran escala nos lo narra Carlos Monsiváis, cuando en su artículo publicado en el año de 1991 con el título de “La representación femenina” nos narra la forma en que el papel de la mujer en la historia nacional ha sido históricamente relegado a ser simplemente testigos:

“Según la historia oficial, muy escasas señoras merecen figurar en su seno, y eso en calidad de heroínas colaterales o complementarias: Josefa Ortiz de Domínguez, que le avisó al Tata Cura de que ya le sabían la maniobra; Leona Vicario, por arrimarse al buen árbol de don Andrés... y a la lista precaria se añaden los símbolos de la Revolución que son certificados de gratitud a la especie: la soldadera, la coronela. En este siglo (XX), sólo la escritora Rosario Castellanos ha obtenido credencial de socio regular en la Rotonda de los Hombres Ilustres (cuando se inauguró el adjetivo era redundante). Y así sucesivamente, desembocando en lo obvio: hasta fechas recientes a las mujeres se les destinaba el gran papel: testigos de la grandeza ajena.” (p. 17)

Es entonces que los roles de género que vamos interiorizando desde la niñez dejan de pensarse inofensivos y comenzamos a tener la capacidad de observar el carácter desigual de las relaciones entre mujeres y varones. Podemos decir que el pasaje de la prohibición de ciertos juegos para niños y niñas, a partir de su género, puede evolucionar hasta la negación de la participación de la mujer en el espacio público, comúnmente ocupado y dominado por los varones, esto respaldado y organizado históricamente por la lógica patriarcal.

Es por eso que encontramos de suma importancia repensar los roles de género tradicionales e indagar sobre lo que los hombres pensamos (y creemos) que son los valores, creencias y actitudes que nos dan valía entre nosotros semejantes, con el costo que conlleva mantenerla, aquí podemos encontrar las más variadas expresiones de violencia que pueden ser desde los chistes y modos de hablar cotidianos, hasta los feminicidios que desgraciadamente han pasado a ser cotidianos en nuestro país, de acuerdo con información del diario La Jornada (8 de marzo, 2019) hemos llegado a la cifra de nueve cometidos al día, además de que señalan que seis de cada 10 mujeres (incluidas menores de edad) dicen haber sufrido algún tipo de violencia. Estas cifras tan alarmantes nos obligan a la reflexión sobre nuestras actitudes como hombres y nos invitan a tomar la decisión de no seguir replicando los modelos de convivencia tradicionalmente transmitidos por la enseñanza de una masculinidad hegemónica.

1.1 Definición de sexo

Es necesario comenzar este trabajo abordando la definición de sexo, para a partir de ahí comprender su diferencia con el concepto de género. Aunque sabemos que existen demasiadas, nos orientaremos en las que consideramos más pertinentes para nuestra investigación.

El sexo es la palabra que hace referencia las diferencias biológicas visibles entre hombres y mujeres, aunque algunas de ellas se pueden encontrar a nivel cromosómico o genético, hormonal, gonadal o anatómico y específicamente en los genitales y en su función reproductiva, aunque si bien la anatomía es uno de los criterios más importantes para la clasificación de los seres humanos, los estudios de género han demostrado que no es el fundamento decisivo para la constitución de identidades en cuerpos de hombres y mujeres, puesto que la esfera cultural enmarcará cuáles serán nuestras posibilidades de ser y qué atributos sociales deberemos desear en función del cuerpo que poseamos. Entonces, de acuerdo a Alcántara y Moreno (2019), el género es a la cultura. lo que el sexo es a la naturaleza.

Con ello podemos comprender al sexo como un continuo, puesto que está basado en múltiples características anatómicas y fisiológicas de cada persona. No existe una medida universal para determinar quién es hombre y quién es mujer, puesto que un hombre puede poseer genitales masculinos y aún así tener mayor cantidad de estrógenos que de testosterona o viceversa.

Tal como señala Foucault (2008), las categorías sexuales han sido asignadas a partir del siglo XIX. Este proceso de clasificación se ha acelerado y ha proliferado una enorme variedad de las identidades sexuales que resultan paradójicas y ambiguas, en cuanto a que una identidad sexual no se conforma simplemente por la biología.

Así comúnmente nos encontramos con la categoría “sexo” como un sitio “natural” que organiza el campo de lo humano a partir de exclusiones que debieran tornarse inaceptables, en tanto que son generadas por un discurso masculino amparado por la

ciencia biológica que funge como dispositivo de poder colocándolo en un lugar de dominación sobre el cuerpo de las mujeres.

Es a partir de que poseemos un cuerpo que la categoría sexo se inscribirá como natural, como ya dada e inalterable, no obstante, una prueba de la inexactitud de la clasificación binaria son los cuerpos intersexuales. Se debe considerar la intersexualidad más que como un problema médico como una condición natural de los seres humanos tal como está escrito en un artículo del portal Planned Parenthood (*¿Qué es intersexo?* 2020), *“Hay muchas maneras distintas en las que alguien puede ser intersexual. Algunas personas intersexuales tienen genitales u órganos internos que no se ajustan a las categorías tradicionales de “masculino” o “femenino”, como sucede en el caso de las personas con tejido de ovarios y testículos. Otras personas intersexuales tienen combinaciones de cromosomas que son diferentes a la XY (generalmente asociada con masculino) o XX (generalmente asociada con femenino), como XXY. También, algunas personas nacen con genitales externos que se ajustan a las categorías tradicionalmente asociadas con masculino/femenino, pero sus órganos internos u hormonas no”*. Lo que lleva a pensar que el sexo no es algo dado por orden divina sino por matrices culturales entramadas con órdenes políticos y sociales.

Por ello, Butler (2007) sostiene que el sexo es también una construcción social, en ese sentido la distinción sexo/género es, por tanto, absurda, pues el género no opera como una inscripción cultural sobre un sexo prediscursivo. El sexo, más bien, es en sí mismo una construcción, instaurado a través de normas de género que ya están en su lugar. Dicho constructo naturalizará la normativa binaria y guiará nuestra lectura de cuerpos en dos polos opuestos, ni qué decir en la implicación que tendrá en las formaciones de nuestros deseos frente al encuentro con otros cuerpos.

A partir de todo esto es como podemos observar que la oposición entre varones y mujeres responde a una ideología de la diferencia sexual, la que coloca reiteradamente a la naturaleza en lugar de agente causal para encubrir su carácter político, a modo de una forma de justificar las diferencias entre las relaciones de hombres y mujeres y el

ejercicio de poder de los primeros sobre las segundas, tratando de hacerlo ver como algo dado naturalmente.

1.2 Definición de género

Aunque existe la confusión en torno a la diferenciación entre sexo y género, el género se puede comprender realmente desde y por la cultura, ya que deviene de una diferenciación social de los sexos.

Desde el discurso biologicista encontramos que es posible dividir a los seres humanos en dos tipos de cuerpos biológicos, el masculino y el femenino, caracterizados por el desarrollo de ciertos órganos sexuales asignados a cada tipo de cuerpo y a partir de ello, y mediante la socialización, la representación de algunos estereotipos y representaciones sociales es que se da la construcción social del género. Así podemos decir que el género es la construcción social del sexo.

“Sexo” es una palabra que se refiere a las diferencias biológicas entre hombres y mujeres: la diferencia visible en los genitales, la diferencia relacionada en la función procreativa. El “género”, sin embargo, es una cuestión de cultura: se refiere a la clasificación social en “masculino” y “femenino”. (Oakley, 1985, p.40)

Mientras tanto, la explicación que se le da al género desde la cultura encuentra sus bases en la historia cultural de cada pueblo o región y la forma en que estas sociedades ordenan al mundo en masculino o femenino. Se podría decir que desde esta explicación las diferenciaciones no encuentran rasgos esenciales que separen al uno del otro, sin embargo estas diferenciaciones están sujetas a toda una estructura social y mental que hacen posible la diferenciación. Delphy (1993) menciona que: *“Es el género, o la diferenciación cultural en clases, lo que nos permite pensar en cuerpos claramente diferentes (p. 43).”* Dicha diferenciación es mencionada frecuentemente en los estudios de género bajo el nombre de “orden binario”, el cual influye en nuestra organización psíquica para poder leer cuerpos humanos (se le dedicará un apartado en nuestro estudio a esto último), resulta bastante útil establecer para este punto que somos sujetos

del lenguaje y que la metáfora del cuerpo como un texto puede esclarecer la problemática de por qué es tan difícil leer cuerpos diversos a los idealizados por la hegemonía sexogenérica, a saber: 1) hombre blanco heterosexual y 2) mujer blanca heterosexual. Por lo tanto, siguiendo esta línea de pensamiento podemos imaginar al orden binario como un par de anteojos que nos restringe leer ciertos tipos de cuerpos.

Los debates actuales sobre sexo y género cuestionan si el género es natural y esencial o cultural y construido. Lo que tales debates tienden a asumir, por lo tanto, es una oposición entre naturaleza y cultura. El sexo es natural, el don genético o reproductivo del cuerpo humano, mientras que el género es cultural. Por fortuna, y sobre todo por lucha, cada día la versión socio-cultural del género va ganando terreno en la vida cotidiana, lo que ocasiona que los esquemas de pensamiento del sexo y género como fenómenos inmutables, dados *a priori*, naturales y hasta sanos, considerando la patologización corporal y psíquica a los sujetos que desafían la norma, estén siendo cuestionados y desinvertidos paulatinamente de sus autoridades.

Derribar concepciones biologicistas y subrayar la importancia sociopolítica de comprender que tener identidad de mujer, posición subjetiva de mujer, “sentirse” mujer y ser femenina - o sea, asumir los atributos que la cultura asigna a las mujeres- no son procesos inherentes al hecho de tener determinados cromosomas y demás características fisiológicas o anatómicas. Eso es lo que Simone de Beauvoir sostiene cuando afirma en su obra *El Segundo Sexo* (2013) que *“no se nace mujer sino que se llega a serlo; se trata entonces de una contraposición existencialista frente a la idea esencialista de ser mujeres desde el nacimiento hasta la muerte, con todos los avatares y todas circunstancias que atravesasen en sus vidas. Dicho enfrentamiento entre posturas podría abrir debate para pensar, por ejemplo, en la maternidad como una virtud (y destino) inherente en todas las mujeres o como una decisión personal que obedece a un deseo auténtico y no a una imposición cultural”* (p.87).

La biología, *per se*, no lleva a asumir en automático las prescripciones de género y los atributos femeninos o masculinos, como bien muestra el caso de las personas transexuales. La comprensión del género facilita entender que las mujeres y los hombres

no son un reflejo de la anatomía, sino el resultado de una producción histórica y cultural basada en el proceso de simbolización y de internalización psíquica. Para nuestro trabajo es importante considerar esto, puesto que al estudiar las masculinidades nos estaremos situando en la esfera psicosocial de los varones: en sus socializaciones, sus identidades, sus creencias y actitudes, así como sus expresiones; finalmente, en su devenir en hombres.

A lo largo del estudio podremos observar que las construcciones tradicionales de la masculinidad en cada varón posibilitarán la violencia de género, por ello, nosotros adoptamos la postura de afirmar que el ejercicio de la violencia es siempre una decisión. Consideramos el ejercicio de la violencia una decisión en tanto a que al decidir ejercerla pasamos forzosamente por un trabajo reflexivo de nuestras acciones y sus posibles consecuencias, aunque bien es cierto que existen guiones de comportamiento naturalizados, consideramos que se debe tener presente la responsabilidad que obtenemos al decidir qué roles de conducta decidimos tomar. Podemos pensar en la existencia de ciertos guiones inconscientes que no son más que enseñanzas culturales cristalizadas en prácticas que se arraigan desde nuestras infancias y que dificultan poder dar cuenta de otras formas de ser y pensar, no estamos presos de dichas prácticas o conductas, la reflexión es un proceso clave para la toma de responsabilidad puesto que bien podemos ser conscientes que nuestras acciones conllevan un daño y sin embargo seguimos realizándolas porque nos suponen una ganancia o el sostenimiento de un privilegio. Como varones no estamos destinados para hacer el rol de amos de nuestras parejas, ni el rol de jueces, proveedores o protectores. Pensar en el género es pensar también en un abanico de posibilidades de ser y hacer, puesto que sus configuraciones no son rígidas, es verdad que desafiar su orden supone subvertirnos a mandatos y prácticas, pero sobre todo, a alejarnos de los lugares de privilegio, esto último parece ser lo más difícil para nosotros los hombres.

1.3 Relaciones de género y sus desigualdades.

Una vez establecidas las diferencias entre los conceptos de sexo y de género, así como haber destacado el papel fundamental que juega la sociedad y las interacciones entre sus participantes para la formación de identidades, deseos, actitudes y miedos, nos toca ahora abordar el tema de las relaciones marcadas por la huella del género entre mujeres y hombres.

Los vínculos que establecemos en la vida cotidiana siempre traen consigo una carga histórica y cultural que orientará las formas con las que nos dirigimos a cualquier persona; es por ello que nuestras percepciones e interpretaciones estarán sujetas a las inferencias sociales que se inscriban alrededor de nuestro cuerpo. El problema radica en que este interaccionismo simbólico establece, a su vez, una lógica relacional y sistemática entre mujeres y hombres que coloca a unas en un lugar inferior, mientras que a los otros los coloca en un lugar superior, es aquí cuando hablamos de desigualdad de género. ¿Qué ejemplos que ocurran en la vida cotidiana podríamos ofrecer?, para no ir muy lejos podemos dar un vistazo al último informe sobre la brecha salarial del senado de México (febrero 2019), donde se reconoce que aún en estos años donde se supone que los movimientos sociales pro equidad y la movilización de las ONG es más visible e importante, en términos de impacto social, vivimos con una brecha salarial de 34 %, inclinada, claro, en favor de los varones, esto a su vez nos hace pensar también en la división sexual del trabajo que coloca a los varones en la esfera pública, mientras margina a las mujeres a la esfera privada, y así el hogar se convierte en el único espacio legítimo donde ellas pueden “ser”; basta con recurrir a los datos de la Encuesta Nacional de Género de la UNAM (2017) que revelan que el 49.7% de las mujeres en el país piden permiso para salir a solas. Otra cifra alarmante que señala dicho estudio es que el 88.1% de las personas encuestadas piensan que la violencia es parte de la vida familiar, la mayoría de las veces ejercida por el “hombre de la casa”, ni qué decir de la invisibilización del trabajo doméstico y el trabajo maternal, que señala Mabel Burin (2014), dicha labor se vuelve invisible a partir de una lógica capitalista que valora más la producción de objetos y fuerza de trabajo, olvidando que el valor que tiene la labor materna no se limita

a la simple producción de sujetos psíquicos que producen objetos, sino que estos sujetos psíquicos son los que anteceden la fuerza de trabajo de la que se sirve el capitalismo, aquí la madre, entonces, adquiere un valor como portadora de valores sociales para lograr situar al sujeto en un contexto histórico económico y cultural determinado, implica entonces toda una serie de esfuerzos y atenciones que se dan desde el embarazo hasta los primeros años de vida, ya que el infante humano desde el nacimiento demanda saciar tres tipos de hambre que Burin define como el hambre de alimentos, estímulos y afectos.

Por lo tanto, la producción de sujetos psíquicos implica una gran demanda afectiva y corporal, desafortunadamente debemos admitir que el desconocimiento que tenemos respecto a cuán importante es para la economía familiar nos lleva a invisibilizar la importancia de estos trabajos que tendemos a considerar como mínimos o carentes de atención y por lo tanto de importancia en la esfera pública.

De acuerdo con Colebrook (2004), nuestro pensamiento se ubica en una estructura de diferencias y oposiciones, podemos rastrear esta estructura desde Platón y Aristóteles que nos explican metafísicamente estas diferenciaciones, si comprendemos la antigüedad de esto, ¿cuál es la valía actual del discurso de las diferencias por género?; este discurso nos muestra que lo masculino es lo recto, lo bueno, mientras que en lo femenino encontramos la inquietud y la maldad (Witting, 1990).

El ejemplo más famoso de esta representación binaria en el pensamiento occidental nos lo da Helene Cixous, (1981):

Masculino / Femenino
Actividad/ Pasividad
Cultura / Naturaleza
Cabeza / Corazón
Inteligencia / Sensibilidad

Otro ejemplo de este pensamiento binario, nos lo brinda Gayle Rubin en su artículo "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", publicado en 1975. Para esta autora, *"un sistema sexo/género es un conjunto de acuerdos por el cual la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en las cuales estas necesidades sexuales transformadas, son satisfechas"* (Rubin, 1996, p.44).

El sistema sexo/género es definido por la producción social y cultural de los roles de género, como consecuencia de un proceso de atribución de significados sociales; es, en palabras de Rubin (1975), y referido al mundo occidental: *"una tecnología social que asegura la subordinación de las mujeres a los hombres"* (p.45). Así Gómez (2009), nos explica el funcionamiento de este sistema de la siguiente forma, *"se toma como punto de partida (el sistema sexo/género) para emprender una tarea de explicación que desplaza definitivamente el sexo como dato natural (esencialismo) del centro interpretativo de las relaciones sociales para sustituirlo por el género (constructivismo) como relación social de dominación"* (p.72).

Dicha tecnología social enunciada por Rubin (1975) podría ser entendida también bajo el concepto de "patriarcado" que Fontenla (2008) propone:

"En su sentido literal significa gobierno de los padres. Históricamente el término ha sido utilizado para designar un tipo de organización social en el que la autoridad la ejerce el varón jefe de familia, dueño del patrimonio, del que formaban parte los hijos, la esposa, los esclavos y los bienes. La familia es, claro está, una de las instituciones básicas de este orden social". (p.34)

De ahora en adelante para este trabajo ocuparemos el término de patriarcado para referirnos a esta forma de organización social, descrita anteriormente, que parte de las desigualdades que el sistema sexo/género nos deja ver.

Así comprendemos que estas desigualdades, en torno a las relaciones de género, muchas veces pasan de largo y simplemente no las podemos (o queremos) ver de tan

naturalizadas que se encuentran en las sociedades, para nosotros como varones resulta más cómodo quedarnos en el sitio de privilegio en el que nos encontramos, nos resulta mejor mirar hacia otro lado y quedarnos callados, ¿por qué cuestionar las dinámicas familiares si a mí como varón me benefician?, ¿Por qué cuestionar y modificar mis relaciones laborales si sigo obteniendo privilegios frente a mis compañeras?, O, ¿Por qué detener mis ejercicios de violencia hacia mi pareja si así mantengo mi autoridad y se cumplen mis caprichos? y pensando ahora solo en el ámbito laboral, ¿qué pensamos si se demuestra que hay muchas ocasiones en que resulta que las mujeres, desempeñando el mismo cargo y las mismas labores que nosotros, trabajan jornadas más largas y peor remuneradas?, ¿no resulta lógico que ellas levanten la voz? No es un tema para menos, sin embargo seguimos minimizando y hasta descalificando los movimientos de protesta que ellas realizan, seguimos violentando sus espacios y sus cuerpos, esto sin mencionar que en muchas ocasiones los hombres que se encuentran en una posición jerárquica superior a la de las mujeres ocupan esta para obtener intercambios sexuales con la promesa de avanzar en la escala jerárquica o simplemente ganar un sueldo superior, sueldo que en ocasiones, solo así es equiparable al de los varones.

En cuanto a lo que como varones ganaríamos apostando y apoyando un cambio en lo que a los roles de masculinidad hegemónica concierne, Grayson Perry (2016) nos da su posicionamiento en favor de unirnos al cambio, *“si consiguiéramos reformular una versión de la masculinidad adecuada para un futuro feliz tal vez nos inclinaríamos menos a ir a la guerra, nos mostraríamos más empáticos con los más débiles, estaríamos menos atados al estatus de riqueza y nos interesarían más las recompensas de las buenas relaciones”* (p.149). El cambio implica un gran reto, no obstante los beneficios son muchos y significativos puesto que conllevarían mejoras en nuestra salud física y psicológica, un contacto con nuestras propias emociones útil para los vínculos personales y un desarrollo más pleno y sano de vida.

Aunque las relaciones de poder son inmanentes a todas las relaciones existentes en el orden social; provocan escisiones, particiones y desigualdades entre los sujetos, al

tiempo que son efecto inmediato de estas particiones. Así es como el análisis de las relaciones de poder se vuelven imprescindibles en el análisis de género y la sexualidad. El sujeto, hombre, no adviene sino en su relación con el ejercicio de poder y en su capacidad de resistencia.

No obstante, cuando se estudian las masculinidades también es necesario considerar que los beneficios obtenidos a costa de un ejercicio de poder, aunque estas también lleven consigo consecuencias que afectarán nuestras relaciones más preciadas, así como nuestras autopercepciones; el costo de seguir los mandatos y guiones de las masculinidades de la hegemonía es alto si pensamos en la agresiones “inofensivas” que debemos ejercer y recibir para poder socializar con otros varones, o si consideramos el dolor que sufren nuestras parejas y nuestras familias por nuestros ejercicios de violencia y que directamente influyen en nuestros propios afectos.

Los varones debemos cambiar, de eso no hay duda, por ello es de suma importancia traer a discusión nuestras maneras de relacionarnos con otros hombres y mujeres.

1.4 Naturalización del género.

El género, como lo revisamos anteriormente, es un resultado de las convenciones culturales y sociales situadas en un momento histórico específico, en el que se dividen unos cuerpos de otros, así como sus roles y sus significados. Esta sociedad nos tiene marcado como “normal” hacer esta diferenciación de acuerdo con el sexo biológico de cada persona, es así como a partir de esta diferenciación inicial, al nacer comenzamos a ser tratados de ciertas maneras de acuerdo con nuestro sexo biológico.

Creemos y somos educados en una sociedad en la que toda la vida debemos de comportarnos de acuerdo con la convención inicial sobre nuestro género, quedan aisladas las posibles disidencias calificadas de “extrañas” y todas las formas de convivencia ajenas a lo normalmente establecido para hombres o mujeres.

Al crecer es posible ver en nuestros padres y en las figuras masculinas que nos rodean ciertas formas de actuar y de pensar que consideramos como enteramente masculinas, como “el deber ser” del varón o simplemente como los rasgos que debemos cumplir para caber dentro de la normalidad del varón, o de la mujer, según el caso.

Nos encontramos así con algunas maneras de convivencia basadas en la violencia entre iguales o en la discriminación a la diferencia, seguir un camino recto dentro de esta interiorización de lo que debemos ser resulta muchas veces algo pesado y en ocasiones riesgoso para nuestra propia integridad y para las relaciones que establecemos con los demás.

Un problema frecuente para que los varones nos hagamos responsables de nuestras acciones es que tendemos a justificarnos por medio de un discurso esencialista, biológico y hasta evolutivo, para así eximirnos de toda culpa o consecuencia. Baste pensar en las miles de veces que hacemos alarde de nuestra fuerza física para decir que una mujer siempre es más débil que un hombre, o cuando culpamos a nuestro “irrefrenable instinto sexual” por haber abusado o violado a alguien, o qué tal cuando nos referimos a las hormonas para explicar/justificar los comportamientos que hombres o mujeres tengan. Ni el exceso de testosterona produce conductas violentas en varones, ni los niveles de estrógeno durante el ciclo menstrual llevan a las mujeres a ser sensibles en ese período.

La naturalización del género se sirve mucho del significante biológico/anatómico para que encontremos sentido y destino a nuestras conductas, maneras de pensar, de relacionarnos y de ser. Adjudicar a la naturaleza un producto cultural, social e histórico, nos lleva a la indefensión aprendida en algunos casos; podemos pensar que un hombre violento no puede cambiar porque así es su naturaleza o podemos creer que las mujeres no pueden desempeñar ciertas actividades por su físico y entonces, por ende, está bien excluirlas.

Naturalizamos de tal forma nuestro género que llegamos a pasar por alto las violencias que cometemos, pasamos por alto nuestros beneficios y a su vez limita nuestras posibilidades de ser, tanto individual como colectivamente, ya que mientras más ocupamos a la ciencia médica y biológica para explicarnos, tanto más resulta complicado visibilizar los esquemas culturales que se encuentran todo el tiempo a la hora de relacionarnos, y esto se vuelve peligroso, a la vez de que pasamos por alto el hecho de que para que nosotros mantengamos un cierto sitio de poder dependemos del funcionamiento de toda una estructura social, estructura que se basa en la dominación y en la invisibilización que ella misma causa hacia las demás personas para permanecer inalterable.

Podemos o no estar de acuerdo con la carga simbólica que cada persona cargamos al presentarnos ante los otros, pero no podemos negar que en la mayoría de ocasiones será a partir de nuestra imagen corporal la manera en que seremos interpretados.

1.5. La socialización como dispositivo para la apropiación de género

Según Bustos (2001), “la socialización desde el punto de vista de la psicología se refiere a aquellos procesos que permiten a la gente internalizar y conformar los roles prescritos culturalmente, como son los relacionados con el género. Pero también incluye aquellos procesos que hacen a la persona única, dando la posibilidad de que trascienda a los roles prescritos culturalmente.” (p. 17)

Así mismo, la socialización permite abrir un amplio abanico de posibilidades tanto positivas como negativas, dando lugar a un posible mantenimiento de los roles de género, con todas las cargas que esto conlleva, estos roles y estereotipos son productos de tradiciones históricas de grupos específicos que tienen los medios para perpetuarlos, llámense líderes de familia, líderes religiosos, propietarios de medios de producción o personas con cargos de poder sobre otras.

Se entiende de esta manera, como Bustos (2001) lo menciona, que son las sociedades las que generan en su propio seno las vías y los vehículos para efectuar la actividad socializadora. Se trata pues, de *“un fenómeno emergente de la estructura social y cumple con los objetivos que ésta le asigna”*. (p.15)

Resulta así que la socialización es un proceso fundamental para la vida humana, pues a través de estos vehículos o dispositivos (familia, iglesia, escuela, etc) de socialización es como vamos dotando de sentido a nuestra realidad, es a partir de las relaciones que establecemos entre las personas como logramos percibirnos y percibir el mundo que nos rodea, por ello debemos resaltar la importancia que tiene el proceso de socialización a lo largo de la vida para la construcción de los roles de género, para las percepciones en torno a las masculinidades y feminidades y las repercusiones que tiene ello en la vida diaria.

2. Cuerpo y subjetividad

2.1 Construcción psíquica del cuerpo

En el lenguaje coloquial al hablar sobre el cuerpo podemos utilizar expresiones como “vivir el cuerpo”, “vivir en el cuerpo”, “vivir con el cuerpo”, “vivir a través del cuerpo”, o incluso “vivir a pesar del cuerpo”. Respecto a esto, Maurice Merleau-Ponty (2000) por medio del concepto de la “experiencia encarnada”, propone que el mundo es percibido a través de una determinada posición de nuestros cuerpos en el tiempo y en el espacio, por tanto es ésta la condición misma de la existencia. Pero si nos detenemos un poco a pensar, observamos que todas las expresiones y experiencias sobre el cuerpo tienen un sentido y ponen de manifiesto que la relación de la persona con su cuerpo nunca es una sola. Hablar sobre el cuerpo implica preguntarse ante todo qué entendemos por "cuerpo" y saber que nuestra concepción del mismo no ha sido la misma durante toda la historia.

Nuestra idea de cuerpo ha cambiado a través de las generaciones, no es nada difícil constatar que, en relación con otros tipos de sociedades, esta idea tampoco es uniforme. No todas las culturas, ni siquiera los diferentes estratos de una misma sociedad,

entienden el cuerpo de manera similar ya que la idea que se tiene del cuerpo condiciona las prácticas que le asociamos, éstas a menudo pueden llegar a ser no tan sólo diferentes sino incluso contradictorias si comparamos diferentes sociedades. Así, por ejemplo, en la cultura occidental, el pecho femenino tiene unas claras connotaciones sexuales, por lo que se le quiere esconder de la vista. Se trata, sin embargo, de una característica más bien excepcional si comparamos los diferentes grupos humanos de la Tierra, para los que las connotaciones del pecho femenino son sobre todo las que se derivan de las funciones maternas, y no se entiende, por lo tanto, que su exhibición en público pueda producir vergüenza.

Mucho se habla sobre el dualismo “mente-cuerpo” y desde hace siglos ha persistido la idea de que el cuerpo es algo que debe ser dominado y trabajado mediante la razón, incluso esta dimensión fundamental de nuestra existencia fue menospreciada por Platón cuando afirmó que el cuerpo es la cárcel del alma. La prevalencia de esta concepción tiene como consecuencia ignorar la importancia que tiene el cuerpo para la construcción psíquica; poseer un cuerpo nos hace sujetos y nos posibilita tener un lugar físico y simbólico en el mundo.

El cuerpo es una realidad en sí misma, de eso no hay ningún tipo de duda; es una realidad física, pero lo que percibimos del cuerpo depende de los mecanismos de la construcción simbólica. Por eso hay diferentes maneras de percibirlo o entenderlo. De acuerdo con Martí (2008), *“El cuerpo sólo cobra sentido con la mirada cultural de la persona. Aquello que se entiende por cuerpo no sólo es comprensible dentro de determinadas narrativas que son fruto del modelo social correspondiente y al mismo tiempo están a su servicio”* (p.64). Por lo tanto no nos tiene que extrañar que a lo largo de la historia y a través de diferentes sociedades no se haya entendido el cuerpo siempre de la misma manera, lo cual se pone especialmente de manifiesto en el ámbito de las modificaciones corporales, entendiendo estas no solo como meras pinturas o alteraciones del cuerpo, sino como parte esencial de la identidad con la que cada individuo desea que su cuerpo sea percibido por los otros. El ser humano construye social y culturalmente su cuerpo.

Así, Mari Luz Esteban (2004) dirá que el cuerpo es un agente y un lugar de intersección tanto del orden individual y psicológico como social; asimismo, el cuerpo es visto como un ser biológico pero también como una entidad consciente, experiencial, actuante e interpretadora. Nuestra intención es hacer notar que el cuerpo es algo más allá del discurso biológico del cuerpo, algo más allá de su dimensión física/anatómica que posibilita la percepción sensorial del mundo externo, buscamos colocar al cuerpo en la dimensión del lenguaje; nuestra intención es hacer ver ese pedazo de carne como un texto que se quiere dar a leer a las demás personas, como un conjunto de palabras escritas mediante las cuales buscamos (re)definirnos constantemente, puesto que la apropiación de nuestro cuerpo significa movernos y enunciar en el mundo durante toda nuestra existencia. Tomemos como ejemplo de esta (re)definición a los varones que practican el físico-culturismo; hay una idea social del hombre atractivo o deseado y esta es que dicho varón debe ser musculoso, blanco, alto y con dinero, dicho ideal busca ser alcanzado por muchos y cuando logramos cumplir con uno solo de estos atributos ya nos sentimos más hombres que el otro, un varón que levanta sesenta kilos en pesas puede pensarse superior que otro que apenas puede con diez. Actuando en consecuencia a esto, se crean distintos modelos de lo que se vuelve deseable o no en un cuerpo masculino, llevándonos de esta forma a entender ciertas características como fijas, si llegáramos a comprender el cuerpo como un texto en el cual podemos inscribir más “palabras” de otros referentes o modelos, se nos abriría la posibilidad de ser más libres con lo que queremos representar en él y mediante él, designando así los límites donde cada persona los quiera poner.

El cuerpo cumple un papel activo para nuestra construcción psíquica, no obstante, debemos recordar que el mundo que nos precede sienta las bases históricas, culturales y políticas que condicionarán esta lectura corporal, por tanto, la experiencia encarnada es la consecuencia de la colocación que tenemos en el mundo y el desarrollo continuo de nuestra significación en torno a él. No obstante, como menciona Keijzer (2001) *“Los hombres hablamos de “el” cuerpo y no de “mi” cuerpo, como si fuésemos tan solo ocupantes del penthouse (cabeza) de ese instrumento.”* (p.5) Es frecuente que los varones concibamos a nuestro cuerpo sólo como una herramienta de trabajo sin tomar

en cuenta las posibles consecuencias que conlleva el uso continuo y desgaste de la misma.

Ahora, ¿qué con el cuerpo hombre? ¿cómo es que los varones nos relacionamos con él y para qué? Los estudios feministas, en su búsqueda por la emancipación de la mujer, han cuestionado mayoritariamente las significaciones en torno al cuerpo femenino, pero aún existe poco trabajo esbozado para el caso de los varones, esto se puede deber a que el cuestionamiento resulta innecesario si habitamos desde el privilegio, concebimos al cuerpo como algo que se nos ha dado y que debemos trabajar e incluso dominar, pero preguntarnos desde el sentido genérico el porqué y para qué se antoja muy difícil. A este respecto Schor (1987) escribe que *“someter el pene a una representación equivale a desnudar al falo de su velo de poder”* (p.113). Significa que pensar y re-pensar nuestro cuerpo desde nuestra genitalidad, muchas veces angustiada y siempre valorada, conlleva a un cuestionamiento hacia nuestro poder, de ahí que las comparaciones de tamaños de pene entre pares no sea tan rara; dentro de nosotros habita el miedo a encontrar a un compañero que la tenga más grande, porque eso nos haría menos hombres que él y a menor virilidad menor poder. Entonces el ejercicio de poder y su ostentación pasan a ser el primer punto de la agenda pública masculina hegemónica, los espacios pueden ser varios, no obstante, encontramos particularmente interesante la postura de Scott y Morgan (1993) que sostienen que el poder masculino es ejercido y ejercitado/trabajado en el espacio público y dicho poder normalmente toma una forma física, así que si bien es cierto que no podemos caminar por las calles mostrando nuestro pene sí podemos trabajar nuestros músculos y a la larga llegar a exhibirlos en la vía pública que es nuestra y que debemos ocuparla. El objetivo es el mismo: demostrar nuestro poder.

Durante nuestras entrevistas, algo de lo que pudimos dar cuenta es de este deseo masculino por asumirse en una posición de poder o superioridad frente a otra persona, los eufemismos podrían variar, así como sus justificaciones, sin embargo la meta era sostener una disciplina y un trabajo corporal riguroso para así proclamarse por arriba de otros en los escenarios deportivos.

A modo de conclusión, la construcción psíquica corporal, así como su apropiación o encarnación no puede estar exenta del género, por el contrario, se encuentra íntimamente ligada y en el caso de los varones la ostentación de poder jugará un papel central para la configuración de nuestra subjetividad, pero sería prácticamente imposible conseguir esto sin la mediación de símbolos culturales a nuestro alrededor, por ello resulta importante pensar acerca de la función que poseen y sus dinámicas.

2.2 Aspectos culturales del cuerpo

En el apartado anterior discutimos sobre la importancia histórica que se le ha dado al cuerpo y sobre cómo han existido múltiples discursos en relación con él. La dimensión cultural es fundamental para las significaciones que se tengan sobre nuestro cuerpo, puesto que nos permite comprender el devenir histórico de las sociedades pasadas y actuales, además de dotarnos de las pautas necesarias para saber actuar adecuadamente dentro de la sociedad a la que pertenecemos. En estos tiempos, la representación del cuerpo atraviesa transformaciones inusitadas gracias a los medios de comunicación, vehículos de propagación de la ideología moderna, los ideales hegemónicos corporales van de la mano con los intereses capitalistas y con la moral occidental; sin embargo la multiplicidad de ideales y concepciones se refleja en los cuerpos que vemos y vivimos en el día a día y es así como la uniformidad de los mandatos en torno al cuerpo que desea la modernidad se vuelve imposible.

De acuerdo a Mari Luz Esteban (2004) el cuerpo mediático y publicitario es también vehículo de símbolos y valores, como la libertad, la solidaridad, el poder, de emociones, como la ternura, la amistad, el miedo, el sufrimiento, el placer; y esto debe ser reconocido. No obstante, debemos entender que detrás de la venta de estos valores se esconde una lógica de consumo viciado que en el Occidente determina las pautas de interacción y los atributos culturales más “cotizados en el mercado”(si se permite la expresión). En el ideal, se desea un cuerpo sano, joven, heterosexual, atractivo y funcional para el trabajo, los medios de comunicación proyectan que alcanzar cuerpos

así es posible a la par de que se posee de tiempo para la recreación y goce, sin embargo, el malestar surge cuando decidimos ponerlo a prueba y nos topamos con pared, la exigencia cultural en torno al cuerpo es tal que incluso surgen las psicopatologías y los desórdenes alimenticios. Por ello es que resulta necesario comprender cómo es que opera la cultura en la dinámica corporal de las personas y mediante qué mecanismos nos insertamos en la sociedad.

Dentro de una cultura determinada somos lo que somos no sólo mediante lo que es nuestro cuerpo en sí, sino también a través de la manera como la sociedad que nos rodea percibe nuestro cuerpo y la manera como percibimos que esta sociedad nos ve a nosotros mismos. Como cita Martí a Goffman (2008), *"el yo es un producto social que sólo puede ser entendido en relación con su contexto social"* (p.66). Eso se pone especialmente de manifiesto en todo lo que tiene que ver con la presentación pública del cuerpo. Así la presentación pública de nuestro cuerpo en nuestra sociedad toma vital importancia y es más así cuando seguimos la lógica Occidental capitalista, aquí es cuando podemos notar que todos los sistemas sociales a lo largo de la historia se han esforzado en regular esta presentación pública del cuerpo, y la forma más común de esto que encontramos, incluso hoy en día, es mediante la división de cuerpos masculinos y femeninos, cargados y dotados de múltiples formas y roles que se deben de cumplir para no ser expulsados del supuesto orden social preestablecido, desde el momento en que nacemos y somos encasillados en alguno de éstos . Martí (2008) menciona también al filósofo Jean Baudrillard cuando dice que *"en toda cultura, el modo de organizar la relación con el cuerpo refleja el modo de organizar la relación con las cosas y el modo de organizar las relaciones sociales"* (p.67). Por eso, como individuos, al crecer, tomamos ideas concretas de cómo queremos que los otros nos vean, y por eso también los sistemas sociales, políticos y económicos dotan de demasiada importancia a cómo los individuos presentan sus cuerpos a los demás.

La presentación social del cuerpo tiene que ver con todo lo que queremos comunicar con y desde nuestro cuerpo, por el simple hecho de hacerlo figurar en un espacio de interacción social cara a cara. Todas las personas somos influenciadas por ideas

provenientes de nuestro medio sobre cómo queremos o debemos presentar nuestro cuerpo según patrones culturales, políticos y económicos determinados, que proporcionan los marcos mediante los cuales se puede dar la interacción social. Se puede decir en un principio que nuestra apariencia y performatividad corporal puede llegar a determinar con quién nos mezclamos y quién resulta excluido de esta elección. Hay que señalar que la presentación social del cuerpo en una sociedad está determinada y es codificada según criterios como el sexo, el rol, el estatus y evidentemente los aspectos situacionales de cada persona.

Como seres humanos hacemos desde la cultura lo que consideramos como natural, y según Martí (2008) *“la presentación pública del cuerpo la tenemos que considerar según tres parámetros que son consustanciales a la naturaleza humana como seres sociales que somos: la identidad, la jerarquía social y la necesidad de intercambio”* (p.70). La lógica social requiere que sepamos quiénes somos dentro del colectivo, qué lugar ocupamos dentro de las diferentes situaciones de jerarquía y qué y con quien intercambiamos comunicaciones. Si entendemos esto, nos será más fácil comprender los motivos de las inconformidades de algunos individuos con respecto a su cuerpo y, así mismo, entenderemos el porqué de algunas modificaciones corporales (impulsadas en muchas ocasiones por las presiones que el medio impone), y lo significativas que estas pueden llegar a ser para ciertas personas, ya que de esta manera puede cambiar su propia percepción y en consecuencia, cambiar lo que pueden representar para las demás personas.

La identidad (tanto personal como social) es lo que nos define e identifica dentro de una comunidad o colectivo y de igual forma nos distingue con respecto a los otros. Con respecto a esto, podemos notar que, sobre todo y según los fines de este trabajo, entre los jóvenes durante los procesos de identificación con grupos particulares, la apariencia, que forma parte fundamental de la conformación de nuestra identidad, tiene un papel relevante que muchas veces determina y condiciona quién sí y quién no se relaciona con cierto grupo de personas.

Hablando del segundo de los parámetros que menciona Martí, en concreto, de la jerarquización, podemos considerarla como uno de los aspectos característicos de la organización social; una de las formas que las personas tenemos para expresar esta jerarquización de manera perceptible es mediante la presentación social del cuerpo. La presentación corporal puede emanar autoridad y poder por un lado, y/o subordinación por otro. Esto se consigue representar mediante el cuidado general del cuerpo, el lugar determinado donde nos presentamos, nuestra apariencia física, la indumentaria y algunas modificaciones corporales como pueden ser los tatuajes y las cirugías estéticas que pueden hacer cambiar rápidamente lo que nuestro cuerpo puede representar para los demás.

El tercer parámetro que menciona Martí que influye en la presentación pública del cuerpo es la necesidad de intercambio. Podemos explicar esto si comprendemos que las personas sólo podemos sobrevivir si articulamos de manera conveniente las relaciones de intercambio con otros miembros de la sociedad. Estas relaciones se vinculan mediante lo que llamamos "sociabilidad" cuya razón se explica porque se considera totalmente imprescindible la interacción entre los diferentes miembros que constituyen la sociedad para lograr sobrevivir.

En general, podemos decir que mediante esta presentación de nuestro cuerpo podemos decir a los otros qué tipo de interacción, de contacto y qué tipo de intercambio queremos mantener con ellos, y en general, esta presentación puede guiar nuestras relaciones con todas las personas con las cuales nos desenvolvemos, aunque no siempre sean relaciones positivas y recíprocas.

En conclusión, nuestro sistema social, político y económico tiene estipulaciones concretas que determinan el carácter de los intercambios que se pueden hacer entre hombres y mujeres, jóvenes y viejos, pobres y ricos, entre alguna representación de la autoridad y ciudadanos comunes. La presentación social del cuerpo ayuda a encasillar a cada uno de los miembros de la sociedad en una determinada categoría social, lo cual, a su vez, implica una u otra posibilidad de intercambio. Con la presentación social del

cuerpo decimos a los demás los límites de su interacción con nosotros, o incluso, decimos qué pretendemos y qué podemos hacer con los demás.

3. Representaciones Sociales

3.1 Definición

Para que sea un poco más claro, debemos continuar, siguiendo la lógica del apartado anterior ahondando un poco más en la definición de “representaciones sociales”, la teoría de las representaciones sociales surge en la década de los sesenta y fue elaborada por el psicólogo social Serge Moscovici, su propuesta se orientó en un principio hacia el estudio de las representaciones sociales del psicoanálisis, tomando en cuenta que en aquellos años la esfera intelectual europea (particularmente la francesa) se rendía ante las formulaciones psicoanalíticas de Jacques Lacan. La teoría de las representaciones seguiría siendo estudiada en las ciencias sociales y hoy día forma parte del temario de la psicología y la psicología social en múltiples universidades.

La psicología aborda las representaciones sociales en el ámbito de su campo y objeto de estudio (la relación individuo/sociedad), con un interés por la cognición, sin ubicarse en el paradigma clásico de la psicología, esta teoría reflexiona por un lado sobre cómo los individuos, los grupos y los sujetos sociales, construyen su conocimiento a partir de su inserción social y cultural; y por otro lado, reflexiona sobre cómo la sociedad se da a conocer y construye ese conocimiento de la mano de los individuos. En suma, esta teoría trata sobre la manera en que interaccionan sujetos y sociedad para construir la realidad, y sobre cómo terminan construyéndola mediante la comunicación existente entre ambos.

La definición más consensuada entre investigadores de la teoría de las representaciones sociales es la de Jodelet citada en Arruda (2002): *"Las representaciones sociales son una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, con un objetivo práctico que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social"* (p.153).

Pero ahora, ¿qué dice Serge Moscovici (1961) respecto a las representaciones sociales? Pueden ser entendidas como:

“Sistemas cognitivos con una lógica y lenguaje propios [] son también sistemas de valores, ideas y prácticas con una doble función: primero, establecer un orden que le permita a los individuos orientarse en un mundo material y social y dominarlo; y segundo permitir la comunicación entre los miembros de una comunidad al proveerlos con un código para el intercambio social y para nombrar y clasificar sin ambigüedades aspectos de su mundo”. (p.180)

Entendemos por esto que las representaciones sociales son configuraciones que se construyen de manera fluida y que nos permiten asimilar nuestra realidad bajo símbolos y valores específicos que son perpetuados en prácticas sociales cotidianas. En el marco de las masculinidades y su relación con la práctica deportiva (que es social en sí misma al tener a un Otro como referente) debemos entender que la construcción psíquica que realice un varón respecto a lo que significa ser hombre será atravesada por la experiencia de la práctica deportiva, en tanto que dentro de ella, circularán elementos simbólicos e históricos definidos que el sujeto recogerá para asumirse masculino.

Podemos entonces notar y decir, en este y en otros múltiples ejemplos, que aunque la realidad es socialmente construida y el saber es una construcción del sujeto, tanto la realidad como el saber no se encuentran disociados de su inscripción social, y de esta conjunción dependerán gran parte de los comportamientos y creencias de las personas con respecto a sí mismos y a los otros.

No obstante, hay que tener presente que, si bien las personas podemos estar rodeadas e insertas en cientos de representaciones sociales, de acuerdo a Flores Palacios (2000) no todo conocimiento social podría ser considerado como tal; un factor condicionante para la emergencia de las representaciones sociales es la cualidad problemática del objeto. Es decir, para que un objeto pueda elevarse a la condición de representación social debe ser problemática su presencia social, para que así se puedan resignificar los códigos y visiones que se tengan de ella y llegar a lo que Flores Palacios (2000) llama: un proceso concreto de problematización de las prácticas. En la ejercicio deportivo un varón seguido va negociando su posición social masculina.

3.2 Funciones

Una vez que hemos definido las representaciones sociales, pasaremos a explicar las maneras por las cuales actúan en la vida cotidiana. Una representación social se vuelve un referente para el sentido común de tal o cual objeto con el que el sujeto se relaciona y frente al cual organiza su mundo; de acuerdo a Materán (2008), los dos procesos que propone Moscovici para la formación de una representación social, a saber, la objetivación y el anclaje, serán las piezas clave para el pasaje de una noción abstracta hacia la incorporación de esta misma, haciéndola concreta, maleable y familiar para el individuo y/o para el colectivo. El proceso de objetivación equivale a hacer “real” un esquema conceptual, en hacer asequible lo abstracto en lo social, Materán (2008) la define como una operación formadora de imagen y estructurante; mientras que el proceso de anclaje será la integración del objeto de representación dentro del sistema pre-existente del pensamiento y sus respectivas transformaciones.

A continuación trataremos de explicar este funcionamiento de una forma un poco más clara; como señala Arruda (2002), y lo mencionamos brevemente arriba, Moscovici sistematiza el funcionamiento de la teoría de las representaciones sociales recurriendo a dos procesos, uno denominado objetivación que revela cómo se estructura el conocimiento del objeto y que a su vez funciona en tres etapas: en primer lugar se selecciona y se descontextualiza la información del objeto; en segundo lugar, la información sufre cortes basados en la información previa de la experiencia y; en tercer lugar, una vez hechos los recortes, se unen los fragmentos en un esquema que se convierte en el núcleo figurativo de la representación, el cual, según Jodelet, presenta la tendencia a aparecer con aspecto de imagen. Así, el objeto que era misterioso fue debidamente cortado y recompuesto, tornándose algo efectivamente objetivo, palpable, se nos vuelve natural, llegando así a la fase de naturalización, que completa el ciclo de la objetivación.

El anclaje es el segundo proceso que menciona Moscovici, este otorga sentido al objeto que se presenta a nuestra comprensión. Se trata del modo por el cual el conocimiento

se enraíza en lo social y regresa, al convertirse en categoría e integrarse a la rejilla de lectura del mundo perteneciente al sujeto, instrumentalizando al nuevo objeto. El sujeto recurre a lo que le es familiar para hacer una especie de conversión de la novedad: traerla al territorio conocido, anclar ahí lo nuevo, lo desconocido, retirándolo de lo no familiar.

Según el modelo de la teoría, en la representación social opera una transformación del sujeto y del objeto en la medida en que ambos son modificados en el proceso de elaborar el objeto. El sujeto amplía su categorización y el objeto se acomoda al repertorio del sujeto, este repertorio, a su vez, se modifica al recibir un habitante más. La representación por lo tanto, no es una copia de la realidad ni una instancia intermediaria que transporta el objeto cerca o dentro de nuestro espacio cognitivo, éste es un proceso que se vuelve concepto y percepción intercambiables, una vez que se generan mutuamente.

Hay que señalar, como menciona Jodelet que la representación social debe ser estudiada articulando elementos afectivos, mentales y sociales, además de integrar a la cognición, el lenguaje y la comunicación, las relaciones sociales que las afectan y la realidad mental, social e ideal (de las ideas) en la que llegan a intervenir.

La representación social es de suma utilidad en la vida cotidiana puesto que convencionaliza los objetos externos y los coloca a nuestra disposición, los hace asequibles a nuestro conocimiento sin tener que entregarnos a la tarea e inversión de tiempo y esfuerzo para comprender un algo del mundo de afuera. Su dimensión social radica en el hecho de que se gestan intercambios de significados entre las personas de un grupo o una comunidad y se promueve la identidad social al compartir códigos, valores e imágenes en torno a un objeto.

4. Representaciones sociales en torno al hombre

4. 1 Hombres de las hegemonías

Anteriormente se revisó qué son las representaciones sociales y cómo es que operan para construir la realidad, pudimos concluir que son de suma importancia para el conocimiento cotidiano y para las prácticas sociales que tengan una comunidad o colectivo en específico. Dichas representaciones no están exentas de las influencias de los grupos dominantes, su producción y sujeción se encuentran conectadas a los intereses que estos grupos poseen, desde este punto de vista solo sería válida una concepción de la masculinidad, que pasaría a convertirse en hegemónica e incuestionable, debemos entonces definir la hegemonía de acuerdo a Gramsci, citado por Giacaglia (2002) *“Una dirección política, intelectual y moral”* (p.4).

Siendo así, la hegemonía se entiende como una estructura productora de modelos al servicio y de acuerdo a los intereses de una clase dominante, coaccionando a otros grupos para ajustarlos a los valores de la primera. Esto vale, de igual forma, al momento de intentar definir lo que entendemos por masculinidad, no existe un solo modelo para encarnarla, puesto que existe una multiplicidad de maneras, será en función de cada contexto cultural, económico, político e histórico en el que estemos situados que desempeñaremos nuestra posición masculina. Por ello es que sería apresurado de nuestra parte describir las características de un varón hegemónico, hay que decir que no existe un universal de hombre de la hegemonía, pensar en uno equivaldría a acotar las reflexiones en torno a nuestra vivencia de la masculinidad y nos condenaría a andar con los ojos vendados ignorando nuestros privilegios y estrategias para ejercer poder, así como en nuestras posibilidades de cambio.

Es preciso aclarar que la masculinidad no solo tiene que ver con los significados y símbolos que componen el imaginario varonil, sino que además debe ser pensada como un lugar social y político desde el cual se gesta (la mayoría de las veces) un ejercicio de poder cuyo fin es la dominación sobre la mujer y otros hombres. Sobre esto enfatizan Carreaga y Cruz (2006) cuando afirman que *“la hegemonía tiene formas de expresión diferencial en cuanto a clase social, pero es siempre subordinando a las mujeres (desde*

la niñez hasta la ancianidad) y a los niños de diferente manera, utilizando desde la persuasión hasta la violencia física” (p.41). Quiere decir que el hombre, perteneciente a la hegemonía, establece una diferencia que, en las prácticas sociales y en el vivir cotidiano, se traducen en exclusión y en rechazo de la otredad, es entonces que el varón utilizará diversos mecanismos coercitivos para así imponer su voluntad frente a las mujeres y frente a los sujetos feminizados por él.

En algunos párrafos posteriores, Carreaga y Cruz, mencionan también que una característica fundamental del aparato hegemónico es que “es *relacional y, por tanto, dinámico, en permanente reconfiguración, negociable en tanto persuasivo*” (p.42), si bien es cierto que el uso de la violencia física resulta habitual para perpetuar el orden patriarcal no es la única vía para conseguir esto, por lo tanto, la persuasión es un elemento indispensable, puesto que no implica gran despliegue de resistencia o inconformidad en las personas; poco a poco internalizamos cuál es nuestro lugar en el mundo y cómo es que debemos desempeñarlo. Podremos pensar en el carácter dinámico de las hegemonías y decir que los significados y mandatos se negocian, así como suponer la reconfiguración de discursos, pero parece ser que hay algo inalterable (aún): la desigualdad entre las posiciones femeninas y masculinas y sus inherentes opresiones.

Es así como podemos observar que pareciera que muchas sociedades con varones conformándolas, constantemente están delineando los márgenes de lo que conforma su masculinidad. En nuestra vida cotidiana se ve comúnmente que tanto hombres como mujeres por igual inviten, enseñen u obliguen a los niños a que “se comporten como hombres”, a que sean “muy machos”, que sean “hombres de verdad”. Así los niños educados bajo esta lógica viven bajo la amenaza constante de que se les coloque la etiqueta de “afeminado”, “débil” o “raro”. En muchos lugares los hombres adultos viven bajo esta presión, exigidos y con la necesidad constante de probarse a sí mismos, de demostrar su valía en cada escenario de la vida, con sus compañeros y con las mujeres.

Como hombres aprendemos a muy temprana edad que debemos estar preparados para pelear, en muchos aspectos, sino siempre se correrá el riesgo de ser considerados como

menos hombres, como mujeres. Demasiados hombres hemos sido formados por la cultura con las ideas de que el ideal de un “buen hombre” debe ser siempre estar dispuestos para conquistar, matar y morir.

Configurados por estas ideas, los hombres hemos sido históricamente los principales agentes de la violencia, y aunque es tentador culpar a la biología y llegar a la conclusión de que el problema reside en un defectuoso diseño de la naturaleza y no en nuestra voluntad, señala Keen (1999) que, *“los hombres hemos sido condicionados sistemáticamente para soportar el dolor y para matar y morir al servicio de la nación o el estado. La psique masculina es, fundamentalmente, la de un guerrero. Nada nos conforma, influye y moldea tanto como la exigencia social de transformarnos en especialistas en el uso del poder y la violencia o, dicho de otra forma, de la defensa. La psique masculina no se construyó sobre el concepto racional “pienso, luego existo”, sino sobre el concepto irracional “conquistó, luego éxito””* (p.54). De la misma manera, no debemos perder de vista las consecuencias a la salud que estos mandatos traen consigo, no solo para nosotros mismos, sino que esta falta de cuidados afectan también a las personas con las que convivimos, tal como lo escribe Keijzer (2001) *“el autocuidado, la valoración del cuerpo en el sentido de la salud es algo casi inexistente en la socialización de los hombres. Al contrario, el cuidarse o cuidar a otros aparece como un rol meramente femenino”* (p.4).

4. 2 La construcción masculina

Estamos convencidos que el hombre no nace, se hace. Como se escribió en los párrafos anteriores, cada varón tomará ciertos valores, atributos y mandatos específicos para lograr ser leído y leerse como hombre, estos productos culturales se encuentran presentes en las sociedades, estas mismas serán partícipes de una relación dialéctica con el sujeto; se asimilan los guiones de género y su escenificación estará (re) significando los ideales de la masculinidad que la sociedad impone.

No obstante, hemos tenido presente un código cultural que se segmenta para su aprendizaje a lo largo de nuestras vidas, en nuestra infancia recibimos distintas

enseñanzas a las de la adolescencia y adultez, el mensaje es uno: ser hombre es lo opuesto a ser mujer. Tomamos al género femenino como referente de lo que no debemos ser o hacer y dicha prohibición se experimentará a través de afectos como el miedo, como la vergüenza, e incluso iremos elaborando racionalizaciones que terminen en la percepción de lo femenino como algo cómico en un cuerpo hombre, es así que como colectivo podremos ir transmitiendo esta ley a modo de chistes y provocaciones machistas. Sin embargo, algo particular se manifiesta en la dimensión del deseo, puesto que ,aunque se nos enseña a rechazar la vivencia femenina desde un cuerpo de varón, existe la norma de una atracción heterosexual: el mito de la complementariedad, si bien es cierto que se nos impone culturalmente ¿sería atrevido suponer que dicha atracción vendría, en parte, por la prohibición de vivirnos desde un género distinto al que ha sido inscrito a nuestro cuerpo?

Menciona Keen (1999) que la preparación para el ritual masculino del trabajo comienza aún antes de la edad escolar. Nos encontramos así con adultos bien intencionados pero inconscientes, que le preguntarían a un niño *“¿qué quieres ser cuando seas mayor?”*, leyendo esta pregunta, podemos notar que lo que ellos desean saber es qué oficio, empleo, profesión u ocupación desean elegirlos niños cuando sean mayores. Notamos que a los niños se les enseña muy pronto que *“son lo que hacen”*, y así cuando son mayores y conocen a un extraño, regularmente, iniciarán la conversación preguntando, *“¿y usted, a qué se dedica?”* (p.56). En consecuencia a este tipo de preguntas es como los niños irán conformando sus consecuentes estilos de vida y, por ende, sus ideales de masculinidad.

La preparación formal para los ritos de la masculinidad comienza en la escuela, uno de los primeros espacios para la socialización de la vida de los niños, en muchos de los casos, la escuela comienza un proceso que nos adoctrina homogeneizando los mitos dominantes, la escala del sistema de valores y el repertorio de los cuentos heroicos.

Desde el primer grado en adelante las escuelas nos enseñan a medirnos y a definirnos a nosotros mismos en comparación con otras personas. Aprendemos que el mundo está

compuesto por ganadores y perdedores, los que triunfan y los que fracasan. Lo que se espera de los niños, claro, es que se mantengan siempre en comparación y batalla con sus semejantes para nunca ser de los perdedores. Hay que recordar y hacer notar que en todos los espacios donde exista un grupo de ganadores, inevitablemente, existirá un grupo de perdedores.

Durante nuestra experiencia escolar todos tenemos que cursar una materia dedicada a la salud física, comúnmente llamada “educación física”, regularmente en ella nos muestran las reglas y habilidades necesarias para poder jugar o integrarnos a algunos deportes, como pueden ser el fútbol, el baloncesto, el béisbol, etcétera, nos enseñan a desenvolvemos en ellos como si fueran una especie de mini batallas que instruyen a los niños a competir en el juego de la vida. Así es como nos enseñan desde pequeños a jugar teniendo en la mente la plegaria de Vince Lombardi, “ganar es lo más importante, es lo único que importa”. Los equipos deportivos, desde las divisiones infantiles hasta las universitarias, constituyen para muchas personas el lugar donde se realiza el combate ritual que es primordial para la identidad masculina.

Al crecer el ideal de la masculinidad se relaciona, casi inevitablemente, al éxito económico, a cumplir el rol de un hombre proveedor y a dedicar su vida al trabajo. Cuando un hombre deja de lado la frivolidad infantil y asume la responsabilidad de presentarse puntualmente a su horario de trabajo, recibirá como recompensa un símbolo de poder, el dinero, que le permitirá participar en la vida adulta de la comunidad. Para el hombre moderno, tener una tarjeta de crédito es lo mismo que para el cazador matar a su presa. Para que se le otorgue un crédito, un hombre debe certificar que se ha separado voluntariamente de su infancia, que ha renunciado al placer de permanecer una mañana en su cama y que ha adoptado la disciplina de un trabajo regular, ha conseguido y mantenido un domicilio fijo y un temperamento predecible. Contraer deudas por la voluntad de vivir más allá de nuestros medios nos ata al sistema económico que necesita mayor trabajo y consumo. Cuando los hombres vivimos en un contexto en el que nuestra función más importante es la de “librar batallas” económicas o reales, seremos siempre conformados por la lógica del capital.

Hay que mencionar que, en muchas ocasiones, el ser considerado exitoso viene de la mano de un largo trayecto donde los hombres nos vemos obligados a renunciar a todo aquello que nos haga parecer infantiles, a todo aquello que de alguna manera no produzca ganancias y, en el peor de los casos, nos vemos orillados a descuidarnos a nosotros mismos, a nuestra salud y nuestras relaciones personales, con la idea o falsa promesa de que tanto el éxito, el ser reconocidos por los demás, y el dinero son las únicas formas en las que se puede medir la valía de los hombres. Encontramos muchas sombras detrás este aparente éxito, pueden ser la soledad, el cansancio o la enfermedad, y podemos decir que la sombra de nuestro éxito en el terreno psicológico, la encontramos en el estrés continuo y en el agotamiento.

4. 3 Implicaciones sociales del ser hombre

El nombre de este apartado podría pensarse como tautológico, pues como ya hemos visto, la construcción sexo-genérica es, ante todo, social. No hace falta recurrir de nuevo a lo escrito en los primeros apartados de nuestro trabajo; hay un mundo que nos antecede y que posee una lectura determinada en relación con nuestros cuerpos, a partir de ello el sujeto adviene a raíz de la relación dialéctica entre él y el Otro, el género es la interpretación cultural y social que se hace sobre nuestra anatomía. Ser hombre y ser mujer no puede dissociarse de un factor social, pero ¿cuáles son las implicaciones sociales de nuestra vivencia como varones?, ¿habrá algo de nuestro ejercicio masculino que afecte a nivel relacional y social?

Una idea que debemos tener bien presente a la hora de tocar el tema de las masculinidades es el ejercicio de poder asimétrico que conlleva la experiencia relacional masculina, de acuerdo a José Olavarría (2006) alejarnos de la configuración tradicional del género masculino implica un gran esfuerzo, puesto que, a pesar de que representa un gran peso a nivel psíquico y relacional, significa también renunciar a una serie larga de privilegios que la sociedad deposita en este lugar simbólico que es la masculinidad y

que posibilitan gozar de una jerarquía frente a las mujeres y otros varones considerados como inferiores al no poder encarnar suficientemente la configuración de género.

Toda vez que hemos señalado el ejercicio de poder asimétrico que los varones realizamos, podemos identificar que existen múltiples prácticas que realizamos en nuestra vida cotidiana que tienen consecuencias en nuestras relaciones familiares, amorosas y sociales en general; basta con recurrir al ejemplo de un varón que ha sido enseñado a pensar que la mujer es un objeto de su propiedad a partir de que él provee para el gasto, entonces, cualquier relación que decida ella tener con otro hombre será juzgada desde los celos. Nuestra vivencia masculina también resulta riesgosa para nuestra salud física, Olavarría (2006) sostiene que la necesidad de mostrarnos valientes, particularmente en la adolescencia, es una responsabilidad: debemos alcanzar la calidad de hombre, se nos educa para creer que sólo llegamos a ser tales si nos sometemos a una serie de prácticas que conllevan una constante exhibición de nuestra capacidad física, así como de nuestra resistencia.

Como ya lo revisamos, la violencia es un aspecto recurrente en la experiencia masculina, es complicado poder relacionarnos de otra manera que no sea a partir de ella, la violencia es más que la agresión física que se pueda gestar por cualquier discusión absurda entre hombres, fuimos enseñados a violentar mediante la palabra, el uso coercitivo de nuestros recursos económicos, a través del cuerpo y hasta del silencio. La violencia implica el ejercicio de someter la voluntad de una persona frente a la mía llevando a cabo una estrategia o planeación, que puede ser, física, emocional, sexual, económica o verbal.

Muchas de las características de personalidad que han sido consideradas tradicionalmente masculinas, como la racionalización y la agresividad, no son componentes innatos o biológicos de la masculinidad, sino el producto de una era histórica que le ha asignado a los hombres el rol principal en la guerra y el orden económico.

El proceso de hacernos hombres tiene sus recompensas. El placer de someter la voluntad de una persona frente a la nuestra, el placer de que se nos cumplan nuestros caprichos y que se acepten y respeten nuestras maneras de hacer las cosas. No

obstante, los ritos que nos preparan para asumir el ejercicio de poder muchas veces nos impiden cuidar de nuestro propio cuerpo y de ser cuidadosos con los demás, así tradicionalmente se ha relegado el placer sensorial a las mujeres, dejándonos a nosotros con la idea de que únicamente podremos encontrar placer como recompensa de nuestro esfuerzo físico o de nuestro esfuerzo en los ámbitos laborales. Aún nos resistimos a la idea de que los hombres podemos rendirnos a las caricias y preferimos ejercicios violentos que nos puedan proporcionar placer de formas distintas ,así, llegamos a erotizar de tal forma la violencia que podemos encontrar pornografía plagada de agresiones hacia las mujeres con una gran cantidad de audiencia, que cada día están dispuestos a pagar para verlas, convirtiendo así a violencia en un producto para el consumo individual y normalizándola para sus prácticas personales.

Sea cierto o no que “el hombre es la medida de todas las cosas”, como menciona Keen (1999), lo real es que el hombre es quien mide todas las cosas y, muy especialmente, el que se mide a sí mismo. Somos animales conscientes y nuestra estatura de hombres, nuestra grandeza o bajeza, está determinada por nuestro universo moral, por los héroes y autoridades que elegimos; por el hecho de querer ser tan poderoso como Batman o tratar de imitar a Mick Jagger.

Ni la masculinidad ni la feminidad se expresan en el vacío social. La masculinidad no es una esencia eterna que los hombres adquieren por el simple hecho de serlo, sino que es una cambiante creación cultural. Que nos veamos como enanos o gigantes dependerá en gran medida de cuán grande o pequeña, trivial o profunda, local o universal, malvada o generosa, prejuiciosa o compasiva sea la comunidad en la que vivimos y en la que buscamos la definición de nuestra masculinidad. Así obtenemos que los hombres que encuentran su sello de masculinidad aprobada en los deportes se les confirmará una noción de masculinidad muy diferente de la de aquellos que la buscan en las artes o en la música.

Reflexionar sobre aquellos hombres que elegimos como representantes ejemplares de nuestros modelos de masculinidad será una de las principales herramientas para crear una nueva visión de nosotros mismos, Keen (1999), menciona que para descubrir

quiénes somos y quién queremos ser es necesario que nos preguntemos: “¿Quiénes son las personas ejemplares de la historia a las que admiramos?, ¿a qué personaje contemporáneo admiramos?, ¿quiénes son los hombres que en este momento están cambiando nuestra definición de “hombre”?” (p.83).

Si no respondemos la pregunta sobre dónde buscamos nuestros modelos de masculinidad, nunca podremos avanzar en la búsqueda de una nueva masculinidad que beneficie tanto a hombres como mujeres.

No hay nada nuevo bajo el sol, estamos frente a una toma de decisión: hacernos cargo de nuestros ejercicios de violencia y realizar un cuestionamiento de nuestros privilegios o seguir fingiendo demencia. La decisión no es nada sencilla, no podemos cambiar de la noche a la mañana, pero es gracias a las luchas feministas que hemos dado cuenta del lugar político y social que estamos habitando en el mundo y ,en nuestra opinión, hacernos de la vista gorda e ignorar el mensaje que nos arrojan equivale a condenarnos a seguir viviendo en un mundo plagado de injusticias. Nuestras compañeras feministas nos han hecho tomar conciencia de la forma en que el orden social discrimina a la mujer, ahora nosotros, hombres, debemos reflexionar en qué forma también nos mutila a nosotros y afecta nuestras relaciones personales.

Como escribe Gilligan (2013), “En vez de ponernos en el lugar del otro, mejor nos vendría ponernos en nuestro propio lugar y dirigirnos al otro para que nos enseñe el suyo” (p.18). ¿Cómo pretendemos relacionarnos desde la empatía y el buentrato si no hacemos lo propio con nosotros mismos? Se trata de un trabajo bastante duradero pero, sobre todo, posible.

Capítulo II. Los juegos del hombre

1. Masculinidades

1.1 Estudios y antecedentes

Hasta hace poco tiempo que surgieron los estudios de las masculinidades en América Latina, si los comparamos con cualquier otro estudio social-político o cultural, llámense migración, discriminación, tradiciones, revolución y la lista sigue. Tal vez en las esferas académicas se concentró la atención en las problemáticas emblemáticas en el transcurso del siglo XX; como lo fueron la Revolución Cubana, los golpes de estado en Chile y Argentina, el movimiento estudiantil de 1968 en nuestro país, etc. Sin duda en todos estos sucesos el género estuvo presente, no obstante, se tenía todavía tan naturalizado que no se le dedicaba demasiada importancia, podemos decir que los estudios en masculinidades latinoamericanos comenzaron a desarrollarse hace no más de treinta años atrás, y sin embargo sigue sin existir una base sumamente sólida que permita la generación de políticas públicas u otras intervenciones sociales, ni siquiera podemos afirmar que hay un vasto acervo literario para el quehacer académico. Seguimos “tropicalizando” elementos teóricos y metodológicos para afrontar problemáticas locales tan complejas en las que se cruzan ejes como el racial, étnico, de clase o cultural; apenas han sido unos cuantos hombres quienes, desde diversas formaciones, han ido desarrollando el trabajo teórico de las implicaciones de ser hombre de este lado del charco.

Así mismo, debemos de reconocer el papel fundamental de los estudios feministas como pilares que posibilitaron el posterior desarrollo de los estudios de las masculinidades. Citando a Carabí y Armengol (2000) *“Podemos decir que el feminismo tuvo un papel fundamental en dos sentidos. En primer lugar, hizo a las mujeres visibles, e hizo el género visible”* (p. 66). Los análisis de las masculinidades incorporan varios aspectos del feminismo, admiten que el género es un sistema de clasificación que no solo establece que las mujeres deben ser “femeninas” y los hombres “masculinos”, sino que es un

entramado de relaciones entre mujeres y hombres que gira en torno a nociones de poder y consecuentemente, de desigualdad. Una segunda contribución del feminismo al desarrollo del estudio de las masculinidades provino de las aportaciones realizadas por lesbianas y mujeres de color. Según menciona Kimmel (1996) “*Sus ideas ayudaron a los estudiosos de la masculinidad a reconocer que la homofobia, por ejemplo, es uno de los principios organizadores de lo masculino. La homofobia explica no solo la manera en que entendemos las relaciones entre hombres heterosexuales y homosexuales, sino también cómo funciona la construcción de la masculinidad*” (p.103). Otra contribución del feminismo es el concepto de diversidad, una idea que proviene de la crítica realizada por mujeres de color al propio feminismo a finales de los ochenta. Siguiendo con Kimmel (1996) “*Esta perspectiva permite ver cómo los hombres, dependiendo de situaciones específicas, definen la masculinidad de forma diferente*” (p.104). Como ejemplo, podemos imaginar a dos hombres. Uno tiene setenta y cinco años, es negro, gay y vive en Chiapas. Ahora imaginamos a otro hombre que tiene diecinueve años, es blanco, heterosexual y vive en la Ciudad de México. ¿No crees que tienen ideas diferentes sobre la masculinidad? Y algo interesante, ¿no crees que tienen algunas cosas en común? Así que aquí resalta la importancia de analizar la manera en que la raza, la edad, la sexualidad, etc., construyen la masculinidad de forma diferente, y también qué aspectos de la masculinidad son comunes a pesar de todas esas diferencias. Por esta razón utilizamos el término “estudios de las masculinidades”, más que “estudios de hombres”, para demostrar que hacer el género visible no implica que la raza, la etnicidad, la clase social, la sexualidad o la edad sean invisibles.

Los estudios de las masculinidades sugieren que los mecanismos por los que la masculinidad se crea y se reproduce también necesitan ser cuestionados y transformados; además, sostienen que algunos, bastantes, hombres, a pesar del poder que tienen sobre las mujeres, son infelices y no se sienten poderosos. Esta idea es interesante, ¿cómo puede ser que todo el poder del mundo no nos ha llevado a los hombres a sentirnos poderosos? Lo que se ha descubierto, menciona Kimmel (1996), es que “*el sexismo no funciona para las mujeres, pero tampoco funciona para los hombres*” (p.106). Las cualidades asociadas con la masculinidad y la feminidad no son cualidades inherentes a un cuerpo masculino o femenino, sino que son colecciones de

características, actitudes y conductas asignadas y organizadas históricamente por sociedades concretas.

Judith Halberstam (1998) en su libro titulado “Female Masculinity” argumenta que es *“necesario separar la masculinidad del cuerpo masculino y de la biología, e insiste en que la masculinidad también está relacionada con las mujeres”* (p.99). Como vimos en los apartados anteriores, el género es una construcción social que se edita por varones y por mujeres también, por tanto, la masculinidad se sostiene por la participación directa o indirecta de ambos cuerpos en su devenir como sujetos. En general, podríamos decir que un aspecto relevante de estos estudios sobre masculinidades es observar cómo hombres y mujeres en su vida cotidiana construyen etiquetas para clasificar los comportamientos varoniles, asimismo las constantes negociaciones que realizamos para mantenernos en nuestros lugares de género, cómo conseguimos afianzarnos de nuestra posición masculina y cómo también podemos fungir como policías de género y sancionar las faltas que tanto hombres como mujeres decidan cometer contra las normas patriarcales. Ha llegado el momento de discutir en torno de las concepciones acerca de la masculinidad e iremos observando que la construcción ,ontológica como discursiva, de ella es sumamente compleja, por ello es que pensar en una sola definición resulta imposible.

1. 2 Definición útil para el presente trabajo

Para el presente trabajo debemos hacer una diferenciación al hablar sobre los estudios de las masculinidades y hablar de los estudios de y sobre los hombres, en primer lugar los estudios de hombres empezaron cuando se comenzó a estudiar a los seres humanos, ya que prácticamente toda la investigación se centraba en los hombres y en sus obras. De acuerdo a Carbí & Armengol, (2000) *Los estudios de hombres equivalen al estudio de la literatura, la filosofía, las ciencias políticas o la historia, etc., ámbitos en los que las mujeres habían sido prácticamente excluidas.* (p.37). No empezamos a hablar de la masculinidad como un factor, hasta época muy reciente, a principios de los ochenta, cuando los y las académicas formadas en el feminismo comenzaron a darse cuenta de

que el sistema de género había sido ignorado en el análisis de los varones. Fue en ese momento cuando los hombres empezamos a manifestar que la masculinidad también nos afecta, que cumplir con el estereotipo de lo que significa ser hombre es una tarea en ocasiones dolorosa y que no solo nosotros nos vemos afectados, sino que todas nuestras relaciones se ven afectadas por el deber ser.

Ofrecer una sola definición de la masculinidad resulta insuficiente si se pretende englobar todos los matices de este constructo, además, es necesario ubicarnos geográficamente en el mapa, puesto que el contexto de la región de América Latina incluye muchas variables que intersectan con el manera en la que nos vivimos y sentimos hombres; tales como la raza, etnia, clase, cultura, preferencia sexual, etc. Es por ello que debemos pensar en plural a la hora de abordar este tema, necesitamos pensar en masculinidades y no masculinidad, en el entendido de que los contextos culturales, económicos, sociales y políticos de una u otra región van a determinar las configuraciones de género de las que cada varón se apropiará y, por lo tanto, pondrá en escena. Así, cada varón acogerá los elementos que definen a la masculinidad en su espacio y tiempo determinado, por lo tanto, es fundamental considerar dichos elementos para el cuestionamiento hacia lo que significa ser hombre desde ese lugar geográfico y época, por ello es que el trabajo que implica deconstruir algunas formas de ser hombre no puede ser algo universal sino situado. No obstante, los autores de este trabajo nos apoyaremos en la definición que ofrece Conell (2003): *“La masculinidad es un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura”*. (p.103)

María Isabel Jociles (2001) escribe que *“los varones aprenden antes lo que no deben hacer o ser para lograr la masculinidad que lo que deben hacer o ser. Hacer valer la identidad masculina es, ante todo, convencerse y convencer a los demás de tres cosas: que no se es bebé, que no se es homosexual y, principalmente, que no se es mujer”* (p.55). De esto se entiende que el proceso de interiorización de género y posterior performance será a través de la rígida oposición hacia todo lo que es considerado femenino, en nuestro imaginario, para llegar a ser considerados y considerarnos

hombres, no deberemos mostrar rasgo alguno de feminidad (lo que sea que nosotros entendamos por ello), pues si lo hacemos, por lo general, nos juzgarán indefensos, como un bebé o un niño, y si es que acaso nos sintiéramos sexualmente atraídos por otro varón, no sería posible llegar a ser “hombre de verdad”.

Desarrollar un estudio sobre masculinidades implica toparse con pared en varias ocasiones por el hecho de que no hay, todavía, demasiados trabajos que se hagan sobre ellas y que sirvan como márgenes de orientación. ¿Por qué es difícil encontrarse con esta clase de estudios si las masculinidades se (re)presentan todos los días? Quizá sirva traer a colación lo que nos dice al respecto Alfonso Colodrón (2001) cuando piensa que *“la masculinidad y las relaciones entre hombres y mujeres no son temas abstractos. Son realidades cercanas, que tocan fibras muy sensibles. Y todo lo que está a flor de piel, lo que puede doler, suele producir reacciones subjetivas, muy cercanas a actitudes defensivas u ofensivas”* (p.85). Es decir, que hablar y pensar sobre masculinidades es un ejercicio que conmociona, que nos mueve desde adentro pero que, sobre todo, incomoda; ya que implica dejar de ver natural nuestra manera de ser y de relacionarnos con las demás personas, conlleva a cuestionar nuestro papel de varones y a sentir la necesidad de corregir nuestro presente, así como tener la esperanza de dejar de avergonzarnos de nuestro pasado. En pocas palabras, reflexionar sobre nuestra masculinidad es una confrontación con nosotros mismos y con el lugar genérico que habitamos en el día a día, mismo que está atravesado por relaciones de poder y que tiene particularidades en torno a las maneras que ocupamos para vincularnos con las demás personas, podemos notar que un ejercicio masculino tradicional conlleva una serie de desventajas, así como una serie de privilegios también, pero, ¿existirán otras formas posibles de habitar nuestra masculinidad que no sean por medio de prácticas violentas? Es claro que un cuestionamiento de este tamaño es en inicio algo que puede parecer hasta el día de hoy muy problemático, sobre todo para nosotros que como varones hemos sido educados bajo un sistema de creencias sustentado en la repetición de modelos de conducta históricamente asignados a nuestro género, pero consideramos que vale la pena comenzar a cuestionarnos si esto que hemos aprendido ha sido lo más benéfico para todos, redirigir estos modelos a unos nuevos basados en el buen trato hacia nosotros mismos, y que en consecuencia tendría un impacto positivo en la manera

en que nos relacionamos con las demás personas, traería consigo grandes beneficios en nuestra salud no solo física, sino también emocional, conocer y reconocer nuestras emociones, respetar las decisiones de las demás personas, crear más y mejores vínculos, traería beneficios personales y sociales que estamos seguros valdrán la pena.

1.3 Entre hegemonías y alternativas

Sentirse, vivir y considerarse hombre va más allá de la simple enunciación de la afirmación “soy hombre”, socialmente esto está cargado de símbolos y signos que, en la mayoría de sociedades, se deben cumplir; pero no podemos decir que los estudios de las masculinidades se hayan nutrido ni formado a partir de solo cuestionamientos hechos por hombres que se asumen como tales, sino que hay que mencionar, como ya lo hicimos, la relevancia e importancia de los estudios feministas y los estudios de hombres que viven en disidencia con su género, esto lo podemos notar particularmente en los estudios gays y queers que han nutrido todas estas investigaciones, un ejemplo son los trabajos de Kimmel (1996) *“la teoría queer es absolutamente indispensable porque esclarece la relación entre la homofobia y el sexismo. Demuestra cómo la construcción de la masculinidad entre hombres está conectada con la construcción de la masculinidad en las interrelaciones entre hombres y mujeres”* (p.136). Mientras que una de las contribuciones de los estudios gays, no solo teóricamente sino en términos de cuerpos materiales, es demostrar la manera en que, como Kimmel (1996) nombra, *“la heteronormatividad construye tanto las masculinidades heterosexuales como las gays”* (p.138).

Pensar en una sola masculinidad hegemónica es complicado ya que, como hemos mencionado, no existe una única configuración genérica para todos los varones del mundo, sino que cada sociedad con base en su historia y su cultura, asignará un modelo masculino a seguir. No obstante, pese a que existen miles de matices en torno a la experiencia masculina, existen códigos relacionales que prevalecen y que afectan en la manera de vivir de las personas; hegemónicamente se ha transmitido que para ser varón se debe desistir de todo atributo considerado femenino, el hombre de la hegemonía es

aquel que cree merecer el respeto del resto por su fuerza física y espiritual, esta última se consigue reprimiendo emociones y sentimientos, también considera que su compañera debe serle leal y obedecerle en todo lo que mande puesto que él es quien “se parte el lomo” trabajando, a propósito de la relación hombre-mujer en los modelos hegemónicos masculinos es preciso sostener que el buentrato no existe, ya que el fin último es poseer y controlar a la mujer mediante la violencia. En pocas palabras, podríamos remitirnos a Mari Luz Esteban (2004) al afirmar que la masculinidad hegemónica (cualquiera de sus formas) busca garantizar la posición dominante del hombre y la subordinación de las mujeres.

A partir de aquí es que nos podemos comenzar a cuestionar sobre la diversidad y valía de todas las maneras en que un cuerpo puede vivir y experimentar su género, su sexualidad y, si es el caso, su masculinidad.

¿Qué hacer con las reflexiones que se tienen en torno a las consecuencias personales y sociales del ejercicio de una masculinidad hegemónica? ¿Basta con llegar a la conclusión de que hemos estado ejerciendo violencia hacia mujeres y hombres por el hecho de habitar (hegemónicamente) como hombres frente a las demás personas? ¿Alcanza con sentir lástima por nosotros mismos y decir que también hemos sufrido mucho por los mandatos de género? Urgen muchísimos ejes de acción, las estadísticas de feminicidios en el país no bajan sino que aumentan, seguimos acosando, seguimos coludiéndonos con nuestros amigos cuando nos reímos de algún chiste machista o cuando nos burlamos de una persona homosexual, seguimos violentando y violentándonos.

Por desgracia las soluciones no aparecen como recetas de cocina, no existe un “Wikihow” que apunte a masculinidades alternativas en veinte pasos; el cambio se ejerce todos los días y mientras la sociedad nos siga colocando en un lugar superior al de las mujeres la decisión de seguir interpretando el guión hegemónico de ser hombre radica exclusivamente en nosotros, en ti y en nosotros.

No obstante a que no existan guías rápidas o instructivos sencillos para trabajar nuestro ser-hombre hay, afortunadamente, mucho trabajo iniciado y desarrollado que sirve de

herramienta para comenzar el cambio. Podemos pensar, por ejemplo, en la obra de Fina Sanz, tomaremos como referencia la propuesta que realiza en el libro *“La violencia contra las mujeres”* de Blanco y Ruiz-Jarbo (2005):

“Hemos de entender nuestras emociones, saber despedirnos de las cosas y de las personas, aprender a decir NO a lo que no nos guste, a pedir lo que deseemos y a respetar el SÍ o el NO de la otra persona; aprender a relajarnos, saber respirar cuando la angustia nos bloquea el cuerpo y la respiración; valorarnos, valorar a los demás en sus diferencias; respetar nuestro propio cuerpo y nuestra vida, respetar a las otras personas, crear vínculos solidarios, afectivos y equitativos; desarrollar nuestra capacidad de estar en compañía o soledad” (p.11).

Todo esto es en lo que consiste el buentrato, ¿sería posible practicarlo en las esferas deportivas?, ¿no serían favorablemente distintas las relaciones entre amistades y pares que ahí se desarrollan? Como más adelante se verá, las consecuencias físicas, emocionales y relacionales que tienen la práctica de un deporte desde los mandatos genéricos de una masculinidad hegemónica son bastante significativas, quizá la práctica del buentrato permita cambios en las dinámicas entre atletas y así su salud física y psicológica no se vea mermada.

Es esto último a lo que se refiere Alfonso Colodrón (2010) cuando nos dice que el cuestionar nuestro género es *“caminar sobre el filo de la navaja discriminando en cada momento y ante cada situación”* (p.89), vivimos como hombres todos los días, sin embargo, nuestra existencia no está predeterminada y siempre hay un margen de elección/acción. Sería muy fácil seguir sosteniendo el privilegio y permitirnos un libre ejercicio de violencia con argumentarlo puerilmente diciendo que esa es nuestra naturaleza viril, o que así lo aprendimos en nuestras casas y entornos, no habrá espacio para el cuestionamiento si seguimos gozando de nuestra posición genérica, sin embargo, nuestra subjetividad no está anclada fijamente con la configuración de género y eso abre la posibilidad de desafiarla, probablemente poco o nada de dicha configuración se verá afectada si, por ejemplo, un varón de clase media elige la disidencia de la hegemonía, pero ¿y si fuéramos veinte más?, ¿cientos más?, ¿miles más? No será un ejercicio

sencillo, quizá deban pasar muchos años sin que se reflejen cambios significativos, pero creemos que es una deuda que le debemos a las vidas de miles de mujeres que han luchado para que esta estructura hegemónica se caiga, ni se diga de las que perecieron por ello, es una deuda y también una oportunidad para poder relacionarnos de una manera diferente. Esta investigación no presenta una propuesta de lo que debemos o no de hacer, pero nos motiva albergar esperanza de que sea de utilidad para la persona que la lee. Con lo revisado hasta ahora podríamos tener en nuestras cabezas ya algunas ideas respecto a la complejidad que guarda el abordaje de las masculinidades, probablemente sigamos teniendo la imagen de un hombre con vestimenta ranchera a mediados de siglo XX y nos suenen canciones que los varones acostumbramos a acompañar con alcohol, no obstante, sería importante establecer algunos puntos que nos permitan dilucidar las significaciones en torno al machismo y a la masculinidad ¿son lo mismo?

2. Visiones dominantes sobre el varón

2.1 Diferencia entre machismo y masculinidad

A lo largo de estas páginas hemos estado abordando el tema de las masculinidades, de sus distintas definiciones y características, así como de la relación que guarda su construcción con la identidad de cada varón, anteriormente pudimos elucidar un poco acerca de las hegemonías entre las masculinidades y cómo resulta imposible sostener que existe una única masculinidad dominante en el mundo; sin embargo, hemos dejado intencionadamente a un lado la noción del machismo que, las más de las veces, llega a ser confundido con la masculinidad, en este apartado nos proponemos a esclarecer esta idea que parece estar muy arraigada en el imaginario social.

La confusión entre estos dos términos es fruto de una herencia nacional, siendo que desde pequeños los varones hemos tomado referentes masculinos a figuras de la talla de Pedro Infante, Julio César Chávez, José Alfredo Jiménez, Hugo “Macho” Sánchez y la lista sigue. No solo nos apoyamos de las figuras mediáticas nacionales, sino que

incluso tomamos referentes muy locales que pueden estar ubicados en nuestras familias, barrios y escuelas, no obstante, todas estas figuras tienen en común una cosa: la personificación del macho mexicano. No obstante, no obviamos la existencia del machismo alrededor del mundo.

Aunque es difícil rastrear el origen del término machismo en el país, podemos recurrir a Carlos Monsiváis (1992) que vincula, sobre todo, la emergencia de la cultura del machismo a la edad de oro del cine mexicano en los años cuarenta y cincuenta, donde los protagonistas (hombres) encarnan una serie de actitudes y comportamientos que tienden a ser violentas y que intentan retratar y mostrar los ideales a los que los “verdaderos hombres” se deben apegar.

¿Cómo poder tener en mente una separación clara entre el machismo y la masculinidad si habitamos en una sociedad que desde sus orígenes ha establecido que mujeres y hombres no solo no somos iguales, sino que la dominación de la mujer por parte del varón ha sido la norma hegemónica? Nos resulta muy difícil poder imaginarnos siendo hombres desde otro lugar que no sea por medio del tradicional, como sostiene Castañeda (1999) : *“el machismo se puede definir como un conjunto de creencias, actitudes y conductas que descansan sobre dos ideas básicas: por un lado, la polarización de los sexos, es decir, una contraposición de lo masculino y lo femenino según la cual no sólo son diferentes, sino mutuamente excluyentes; por otro, la superioridad de lo masculino en las áreas consideradas importantes por los hombres.”* (p.20). ¿Acaso esta definición no resuena a los acercamientos que hicimos sobre la masculinidad dominante?

Nadie es machista en soledad, se trata de una modalidad para relacionarnos basada en la desigualdad, Castañeda (1999) propone entender el machismo como una moneda vigente para todo el intercambio personal, es decir, se trata de una pauta relacional que sigue imperando en las sociedades porque es difícil poder imaginar otras posibilidades de vincularnos con las demás personas. Nosotros apostamos a que masculinidad y machismo no son lo mismo, en el entendido de que hay otras formas posibles de ser

hombre y que si bien la forma actual es machista, en nosotros radica la decisión de poder transformarla en una diferente.

Podemos decir entonces que el machismo se puede convertir en una de las formas en vivir nuestra identidad masculina, pero entonces, ¿por ser hombres estamos anclados al machismo?, la respuesta por la que nosotros optamos es no, siempre que tengamos la posibilidad de formar libremente nuestra identidad seremos libres de elegir si vivimos y experimentamos el machismo o no, como menciona Stuart Hall (1990), *“La identidad no es tan transparente, ni tampoco tan problemática como pensamos”*. Y continúa: *“Quizás en lugar de pensar la identidad como un hecho consumado, deberíamos pensar en la identidad como una producción que siempre está en proceso, nunca se termina y siempre se construye dentro, y no fuera, de la representación”* (p.222).

Gutmann (2000) entiende las identidades masculinas como identidades que se concentran en lo que los hombres dicen y hacen para ser hombres, y no solo en lo que los hombres dicen y hacen. Las identidades masculinas, por ejemplo, no reflejan diferencias culturales entre hombres y mujeres.

Así el machismo no solo está reservado a ciertas partes geográficas o a ciertas clases sociales, sino que, como menciona Stevens (1973) : *“la aceptación popular de un macho latinoamericano estereotipado se encuentra en todas las clases sociales”* (p.74). El machismo no es reducible a un conjunto de ideas sexistas pertenecientes a solo un grupo específico de personas. Como hace hincapié Roger Lancaster (1992) en su estudio sobre Nicaragua, *“el machismo subsiste porque constituye, no solo una forma de conciencia o de ideología, sino un campo de relaciones productivas”*. (p.19)

Podemos definir las actitudes machistas de los hombres como el conjunto de actitudes sexistas que “tradicionalmente” se han reservadas específicamente para los hombres como el empleo de la violencia y el rol del proveedor de la familia tanto económicamente como en otros aspectos, en otras palabras, podríamos decir que un macho es aquel hombre que cumple con la idea de nunca parecer mujer.

Stevens (1973) denomina machismo al “culto a la virilidad” y agrega que *“las principales características de este culto son una exagerada agresividad e intransigencia en las relaciones interpersonales de hombre a hombre y arrogancia y agresión sexual en las relaciones entre hombre y mujer”* (p.90).

Sucede entonces que el machismo es un tipo de masculinidad entre otros posibles, es cierto que podemos ocupar el lugar tradicional de ser hombres y mediante él podemos seguir ejerciendo violencia sobre las mujeres y varones que consideremos inferiores, podemos continuar pensando que nuestras compañeras nos pertenecen y que solamente los varones podemos ser protagonistas de la esfera pública, e incluso podemos seguir creyendo que sólo a través de la violencia podemos afirmar nuestra identidad masculina. Sin embargo, nos ataríamos a un destino que solo conlleva sufrimiento y dolor para nosotros mismos y para las demás personas que nos rodean, por lo tanto, es menester poder imaginarnos masculinidades que no se compongan del machismo , masculinidades que miren a las mujeres como seres humanos libres y deseantes de tomar sus propias decisiones, masculinidades que normalicen la cooperación y no la competencia, así como masculinidades que posibiliten la atención hacia nuestras propias emociones y hacia nuestro cuerpo.

Bajo los mandatos de la masculinidad hegemónica aprendemos a normalizar la ausencia de emociones y de la expresión de los afectos, como menciona Ramos Padilla (2001), *“La represión de las emociones, es una característica importante en la construcción social de la masculinidad, atraviesa todas las etapas de la vida de los varones. Cuando niños aprendemos a soportar el dolor bajo el lema permanentemente repetido por los adultos “los hombres no lloran” y tratamos de aprender a reprimir nuestros afectos para diferenciarnos de las niñas; pasando por la adolescencia y juventud cuando, a diferencia de las mujeres, evitamos amistades de mayor intimidad con otros muchachos y preferimos los grupos.”* (p.2). Pero esto no quiere decir que sea el único camino que tenemos para expresarnos, de igual modo, Ramos Padilla (2001) propone incluir la ternura en el ejercicio de la paternidad, esto, si lo miráramos desde un lugar hegemónico de ser hombre nos podría parecer absurdo o irrelevante, puesto que es la mujer la encargada de las atenciones afectivas en hijos e hijas, no obstante, como varones no

somos conscientes de la educación emocional que estamos directa o indirectamente brindando. Sobre esto último podemos utilizar un ejemplo que nos proporcionó el testimonio de un participante de la investigación, en dicho testimonio se cuenta la historia de un padre que puso a sus dos hijos a pelear entre sí como forma de arreglar conflictos.

Por casos como estos creemos que es totalmente pertinente poder pensar en la ternura como una vía diferente y asertiva en la educación emocional durante la crianza, de acuerdo a Thomas en Ramos Padilla (2001) la ternura es *“un conjunto de expresiones cálidas y acariciadoras que producen simultáneamente goce al objeto amado y a nosotros mismos, porque la ternura es ante todo una caricia que nosotros mismos nos proporcionamos, y sólo podemos ser tiernos cuando lo somos con nosotros mismos”* (p.3).

Como vemos, practicar la ternura es todo un reto, puesto que primero debemos ser tiernos con nosotros mismos para serlo con las demás personas. No obstante, la ternura puede ser la vía a un cambio en el trato que tenemos con nuestros seres queridos, quizá a través de ella puedan surgir maneras distintas de arreglar los problemas a ponerse unos guantes de box y tomar por cuadrilátero la sala de la casa.

Gutmann (2000) menciona que, en cierto sentido, las palabras macho y machismo se han convertido en formas de difamación, en términos sucintos empleados en las ciencias sociales y en periodismo para etiquetar una infinidad de características masculinas negativas en diversas culturas del mundo. Podemos utilizar esto como una denuncia a todas las actitudes que han herido históricamente a hombres y mujeres, y que en la actualidad se han vuelto más notorias, y que gracias a que han adquirido esta notoriedad y claridad nos dan la posibilidad de observar lo que no queremos repetir y transmitir como ejemplo a nuestras generaciones futuras. La decisión siempre será nuestra. Pero no sólo el periodismo ha contribuido a sostener estos símbolos que remiten a una masculinidad hegemónica, como veremos a continuación, la ciencia también tiene una responsabilidad grandísima en el mantenimiento de discursos que rechazan la diferencia y la convierten en exclusión, mientras que buscan justificar conductas al esencializarlas.

2.2 Implicaciones del discurso biológico para la auto-concepción varonil.

La modernidad ha traído consigo una gama de avances en distintas áreas de la vida humana, se han innovado procesos tecnológicos y científicos con la promesa de que las sociedades puedan alcanzar mejores niveles de vida. Ello ha significado que las personas también transformen sus ideas respecto a sus orígenes y a su devenir; sucede, entonces, un cambio epistemológico y ontológico.

La ciencia biológica constituyó un marco de comprensión construido por varones generalmente, que el ser humano empezó a tomar cada vez más como un conjunto de verdades absolutas bajo el arropamiento del método científico, con esto las cúpulas del poder siguieron protegiendo sus intereses y su visión hegemónica respecto al mundo y a la persona, fue entonces que la ciencia adquirió una faceta que resultaba opuesta a la que un día representó: ser contracultural a la visión dominante (en su mayoría clerical), se sustituyó la cruz por el átomo como símbolo de poder.

Mientras mantengamos como prioritaria una sola lectura del discurso científico/biologicista, estaremos, a su vez, invisibilizando una serie enorme de ventajas estructurales hacia el género masculino que a lo largo de la historia ha condenado a las mujeres a vivir en desventaja tanto económica como políticamente, bajo el escudo de que, según estudios y según el discurso de muchos actores de la ciencia, ellas son “inferiores”, “débiles” o “inestables”.

Pero gracias al predominio actual en los modelos de enseñanza, y en la vida en general, del discurso científico, desde pequeños se nos muestra como verdad que “naturalmente” los hombres poseemos ciertas ventajas sobre las mujeres y mientras crecemos adquirimos una serie de creencias machistas que pasan por el aval de la esfera científica y que aseguran el *status quo*; ¿cuántas veces no nos hemos valido del pretexto de que los hombres somos agresivos por naturaleza para propinarle una golpiza a alguien que nos cae mal?, ¿cuántas veces no hemos discriminado a las mujeres al decir que carecen de fuerza física para practicar algún deporte?, ¿cuántas veces no hemos recurrido a la explicación de que una mujer está en sus período menstrual cuando lo único que quiere es no ser molestada?

Estos mitos persistieron durante una buena parte de los siglos XIX y XX, su cuestionamiento se dio gracias a la paulatina incursión femenina en los campos de la ciencia y tecnología, no obstante, estos mitos han prevalecido porque la sociedad sigue inmersa en una lógica patriarcal que mantiene pautas culturales a las que les resulta inconveniente la crítica; la des-esencialización femenina y masculina es proporcional al decrecimiento del ejercicio de poder que realizamos los varones hacia las personas, particularmente las mujeres.

Entonces, las consecuencias de seguir al pie de la letra las afirmaciones que realiza la ciencia biológica, en cuanto a la psicología del varón, son el mantenimiento de actitudes machistas, de ejercicios de la violencia que ponen en riesgo nuestra salud y la salud de las demás personas, así como un deslinde de responsabilidades frente a nuestros actos y decisiones. Por ejemplo, cuando revisamos las cifras sobre la participación de las mujeres en el campo laboral publicadas por el gobierno de México y publicadas en el diario digital CNN (2019) derivadas de la Encuesta Nacional sobre Discriminación, “la participación de las mujeres en actividades económicas es mucho menor que la de los hombres. El 42,7% de las mujeres de 15 años y más participa en alguna actividad de este tipo versus el 78,5% de los hombres. Sobre el acceso al mercado laboral, el reporte señala un menor acceso a las mujeres, cuya principal causa está en las actividades que realizan las mujeres en el espacio privado, “ya que destinan mayor tiempo a las actividades domésticas y de cuidados, en comparación con los hombres”. Estas cifras en apariencia inofensivas retratan claramente el mundo que habitamos, donde se les da prioridad a la participación de los hombres por considerarlos “más competentes” para realizar cierto tipo de actividades, como lo señala al final de la cita, esto se refleja en una relegación de las tareas del hogar como un trabajo primordialmente de mujeres, mientras que siguiendo el orden de la idea del discurso biológico como justificante de la desigualdad, la biología del hombre los dota de ciertas características que los hacen sobresalir sobre las mujeres, tristemente la continuación y mantenimiento de estas ideas nos envuelven como sociedad en un sistema desigual que también se puede traducir como violencias hacia las mujeres.

Este conjunto de estadísticas, como se acaba de ver, es el reflejo de un legado histórico construido en buena medida por el discurso de la ciencia biológica en el que se promueve la idea general de que el hombre es superior a la mujer por naturaleza. A continuación tomaremos un ejemplo encontrado en *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (2013):

“Como se suponía que, por misteriosas vías, el cerebro segrega el pensamiento, pareció muy importante decidir si el peso medio del encéfalo femenino era o no menor que el del masculino. Se vio que, como media, el primero pesa 1.220 gramos y el segundo 1.360, con una variación para el encéfalo femenino de 1.000 a 1.500 gramos y para el masculino de 1.150 a 1.700 gramos” (p.69).

A partir de esta diferencia biológica se pretendía legitimar la idea de superioridad mental del varón frente a la mujer, pero, en renglones posteriores De Beauvoir rechaza esta aseveración mediante una serie de argumentos en la cual incluye una frase dicha por Merleau-Ponty en De Beauvoir (2013): *“el hombre no es una especie natural: es una idea histórica”* (p.70). Es decir que el significado de un hombre, y por tanto de una mujer, no va en torno a su disposición genética u orgánica sino a los discursos e ideas que vayan surgiendo en los siglos; no hay una concepción acabada de lo que es ser hombre o ser mujer, por lo tanto no podemos afirmar que uno es más que otra.

No pretendemos desestimar a la ciencia biológica en general, reconocemos su importancia para la comprensión del mundo y del ser humano, sin embargo, las personas somos más que un conjunto orgánico que alberga hormonas causantes de nuestras conductas, somos más que frutos de herencia filogenética que determinan nuestras actitudes. Los hombres tenemos la obligación de comenzar a cuestionar nuestras propias creencias, de reflexionar el porqué y para qué las mantenemos.

Este discurso nos ha hecho pensar que por ser hombres “la vida es más fácil”, que tenemos, casi por defecto, ventajas sobre las mujeres, que podemos usar la violencia a nuestra conveniencia sin apenas consecuencias, nos ha hecho en general invisibilizar lo que no nos pasa a nosotros, invisibilizamos la violencia que nosotros mismos ejercemos y hasta la que sufrimos, nosotros como hombres “como el sexo fuerte” no somos débiles, eso se lo dejamos a las mujeres, pensamos que mientras poseamos nuestro estatus no

tenemos que temer a nada, dejamos que otros se encarguen de la seguridad, del cuidado, queremos poseer todo y no dejar escapar nada, debemos ser los cazadores, los conquistadores, los vencedores, creemos que demostrar continuamente nuestra valentía será la garantía del reconocimiento que tanto tememos perder, no hay lugar para flaquear, para detenernos a admirar la belleza de un día, debemos acaparar y no descansar. Nuestro cuerpo, según este discurso científico es tan superior que no debemos ir al médico sino ya hasta que nos encontramos un día sin poder levantarnos de la cama, debemos trabajar y dejar que nuestros hijos e hijas crezcan con la idea de que su padre apenas habló con ellas porque trabajaba para que vivieran cómodas, debemos olvidarnos del dolor porque se nos olvida haciendo otras cosas.

Seguir creyendo en este discurso, casi supremacista, trae consecuencias, seguir creyéndolo sin cuestionar por qué, y sin voltear a ver sus consecuencias es nuestra decisión. Solo hay que intentar encontrar un razonamiento válido del por qué existe en este país la brecha salarial que existe, qué discurso lo mantiene y quiénes y por qué lo respaldan. Así por lo menos ya no sonarían tan descabellados los motivos de las marchas de nuestras compañeras feministas, y los movimientos como MeToo dejarían de parecer tan banales y cuestionables. Cuestionemos qué ideales de masculinidad seguimos.

En conclusión, como varones nos hemos valido del discurso de la ciencia biológica para justificar nuestros ejercicios de violencia, es interesante notar una paradoja en ello: presumimos de ser racionales y de dominar nuestro cuerpo, no obstante, apelamos en muchas ocasiones a un supuesto instinto sexual irrefrenable. A pesar de ello, nosotros apostamos a la idea que sostiene Castañeda (1999): *“la gran obra de la civilización ha consistido, precisamente, en superar lo que pudiera considerarse como instintivo o natural en la especie”* (p.43).

Una vez que tocamos la esfera científica, particularmente la biológica, es hora de pensar las masculinidades desde otro escenario: el deporte. Ambos ámbitos no están separados entre sí, pues el patriarcado se sostiene, en parte, gracias a una múltiple red de

instituciones y relaciones humanas, a continuación veremos que el deporte, como la ciencia, puede fungir como un mecanismo de control de cuerpos y subjetividades.

3. Importancia del deporte en el imaginario social para la conformación del hombre.

3.1 Relación deporte - masculinidad

El deporte ha sido históricamente un elemento constitutivo en la experiencia del hombre moderno, ya sea que nos coloquemos como espectadores, practicantes, o incluso reacios hacia su inserción, se trata de un sistema que produce y reproduce valores, códigos de comportamiento, mandatos corporales, políticas e ideologías; ubicarlo sólo como algo recreativo o lúdico equivale a reducir, si no es que a ignorar por completo, la importancia que reviste para la vida cotidiana y para el mantenimiento de los sistemas de organización social, entre los cuales se encuentra el sistema género. Es por ello que en este apartado abordaremos la relación que posee con la experiencia varonil.

De acuerdo a Huerta (1999), el deporte, que es ante todo competencia, contiene un conjunto de elementos que influyen positiva o negativamente la calidad física y espiritual de las personas, una victoria trae consigo honor, prestigio y preservación de las condicionantes genéricas de la masculinidad, es decir, el éxito resulta obligación para sostener nuestras identidades masculinas en los espacios deportivos, ya sea que seamos practicantes o aficionados. Mientras que la derrota supone una caída de nuestro lugar de poder, perder nos coloca en una posición inferior y nos condena a ser percibidos como hombres débiles, incluso se debe “salvar” nuestra masculinidad en la derrota a través de acciones que escenifiquen “morirse en la raya”, esto es, aniquilarse simbólicamente para preservar el honor, el hombre ha muerto pero el código genérico sobrevive. Es en este escenario fatídico para el varón que sucede, según Huerta (1999), un sometimiento al otro que significa la asunción de una forma subordinada de la masculinidad.

Siguiendo esta lógica, una de las características principales en la que los hombres nos basamos para establecer dominio sobre nuestros semejantes es la apariencia física y las diferencias corporales que podamos tener con respecto a las demás personas, como pueden ser la musculatura, la talla, etcétera. Así, también, como menciona David Morgan (1993), *“las diferencias corporales se toman como los principales significantes de las diferencias entre hombres y mujeres, y estas diferencias físicas a menudo se leen, en formas complejas, como la fuente misma de algunas diferencias esenciales entre lo masculino y lo femenino”* (p.73).

Seguir manteniendo estas clasificaciones con respecto a la apariencia corporal de las personas, nos mantendrá atados a la reproducción de un sistema patriarcal que inevitablemente reproduce violencias contra un grupo a la vez que mantiene privilegios de otro.

Es especialmente importante, al explorar las relaciones entre género y dominación, evitar hacer una explicación demasiado simplificada de las interconexiones entre ambos. Hay que entender que los vínculos entre ellos son el resultado de procesos históricos y sociales complejos y diversos en un lugar y tiempo determinado.

Dentro de este sistema complejo de interconexiones entre mujeres y hombres, vale la pena resaltar de manera importante al deporte como un elemento clave y determinante de la identidad de muchas personas, en el caso de los varones, la marca que realiza el deporte en la identidad de muchos varones ocurre desde los primeros años de vida, difícilmente podemos estar exentos de ello, en la infancia comenzamos a acoger diversos significados que son parte de la materia prima para la construcción de nuestra identidad; Tajer (1998) ocupa el fútbol para ejemplificar esto último: *“desde entonces un padre tiene para transmitirle y heredarle a su hijo varón tres blasones identificatorios: un nombre, un apellido y una camiseta”* (p.5). El deporte representa un espacio en el cual están flotando elementos simbólicos que conforman modelos de masculinidad, como varones hemos de incorporarlos y aprender a performarlos no sólo dentro de una cancha o cuadrilátero, o en las instalaciones de un estadio, sino también en las calles, en los hogares, escuelas, etc.

La relevancia del deporte en la conformación del ser hombre no sólo puede analizarse desde una perspectiva que visualiza al varón como padre, como hijo o amigo, sino incluso como trabajador, la práctica deportiva es valorada positivamente puesto que cuerpos sanos equivalen a producciones de capital seguras, no sólo debemos suponer que los equipos de fútbol 7 que organizan las empresas son para el fortalecimiento grupal ni para el sentido de pertenencia, los partidos entre empleados significan el mantenimiento del capital humano y, a su vez, el refuerzo de una ideología que legitima ciertos tipos de cuerpo y erotiza la capacidad de producir de cada sujeto.

Podríamos pensar, no obstante, que es posible la constitución de una identidad masculina sin la mediación directa del deporte. Si bien en la mayoría de los casos los varones tomamos referentes deportivos para nuestra masculinidad, también es posible incorporar elementos simbólicos que compongan modelos masculinos por fuera del deporte, tales como en la esfera artística o intelectual, pero no debemos olvidar que la normativa social y cultural tiene al deporte como agente estelar para la subjetividad varonil y la no involucración del varón en esta lógica tendrá como consecuencia su subordinación y/o feminización ante otros hombres que se encuentren dentro de la norma. Sin embargo, sería imprudente afirmar que todos los varones que practican deporte o son aficionados a él deban cumplir gustosamente con los mandatos masculinos que su esfera demanda. Ya establecimos que toda práctica basada en competencias siempre supone un perdedor que termina siendo humillado, mientras que el ganador obtiene una satisfacción momentánea a sabiendas que deberá exponer su honor y su virilidad en el siguiente encuentro, es ahí que adviene la presión que significa cumplir con el papel del vencedor; la misma presión puede llegar a sus últimas instancias y devenir en el suicidio; como ejemplo tomaremos el caso del portero alemán Robert Enke, que decidió terminar con su vida arrojándose a las vías de un tren, las explicaciones que existen en torno a dicho suceso suponen la persistencia de un cuadro depresivo a lo largo de toda su carrera, causado por situaciones personales pero también por la constante presión a la que se veía sometido por mantener su meta en ceros y cumplir con el perfil de portero que la afición alemana exige. Juan Villoro (2014) escribe al respecto: *“Lo cierto es que vivió en un entorno de severa exigencia donde las excusas no podían tener lugar. No estuvo a la altura de un código de honor samurái que pudiera*

ser celebrado por los suyos". (p.197). Este código de honor al que se refiere el autor está atravesado por el género, por las enseñanzas de una masculinidad tradicional que enaltecen el sacrificio individual y la búsqueda de la victoria a toda costa.

El cuerpo dominante, según esta lógica, proviene del ejercicio de la guerra, la competencia y hasta la violencia física. El dominio de unos varones sobre otros puede establecerse en la sala de juntas, en el campo de juego o en el campo de batalla. Dicho dominio puede expresarse en términos de postura corporal y sentado, así como a través de los despliegues más abiertamente físicos del cuerpo. La discusión sobre las conexiones entre poder, racionalidad y masculinidad subraya este punto. Vinculada a esta consideración está la continua necesidad de enfatizar que tales discusiones sobre el dominio no deben interpretarse en términos directamente biológicos o deterministas. Menciona Morgan (1993) *"no es la posesión de un pene lo que proporciona la base para el dominio masculino sobre las mujeres. Más bien son los sistemas de patriarcado los que permiten que el pene sea representado o entendido de manera que exprese dominación. Está claro que las dominaciones no se refieren simplemente a las dominaciones de los hombres sobre las mujeres. También estamos tratando con dominios de hombres sobre otros hombres, y los posibles y complejos vínculos entre estos y otros patrones de dominación."* (p.75)

La sociedad ha determinado los 'roles' de género: conjuntos de características, actitudes y comportamientos definidos como apropiados para las personas de cada género, incluyendo que las mujeres son vistas como espectadoras o porristas. Los hombres, por el contrario, son estereotipados como sostén de la familia, líderes; y en el mundo deportivo son vistos como jugadores e incluso guerreros. Como menciona Peter Craig (2016) *"cada rol de género estereotipado tiene un conjunto de características: las mujeres como dependientes, débiles, emocionales, no racionales, elegantes y cooperativas; y hombres como independientes, fuertes, poderosos, asertivos, racionales, competitivos y rudos. Este sistema no solo crea una diferencia de género, sino que también crea desigualdad de género"*. (p.45).

Una consecuencia de la ideología de género en el deporte es una mayor conciencia de la homofobia, el miedo irracional, el odio o la intolerancia a la homosexualidad, aunque existen también dentro de estas prácticas deportivas algunos contactos considerados como homoeróticos, estos suelen ser negados o excusados, con el pretexto de jugar bruscamente. Mencionan Birrell y Theberge, 1994, (en Craig, 2016) *“Debido a que el deporte se adhiere en su mayor parte a los estereotipos de género y porque se lleva a cabo en dominios muy públicos, tiende a enfatizar la heterosexualidad obligatoria o el heterosexismo. La homofobia afecta negativamente a todos los atletas, entrenadores y administradores, independientemente de su orientación sexual”* (p.49). Hay consecuencias reales de la homofobia para los atletas que salen y, por lo tanto, desafían o cuestionan la ideología de género dominante. Pocas estrellas del deporte masculino de élite se muestran homosexuales, especialmente cuando todavía están jugando, aunque en algunos países esto puede estar cambiando a medida que disminuye el estigma cultural asociado con la homosexualidad. Sin embargo, hay un crecimiento concurrente de la homofobia que lo podemos notar en el discurso tanto de atletas y aficionados al momento de referirse a los equipos o deportistas que son derrotados en las prácticas.

Con el deporte y la actividad física vistos como actividades masculinas, las mujeres y los deportes femeninos son tratados como inferiores. Un ejemplo nos lo dan Chimot y Louveau (2010), los niños que practican gimnasia rítmica podrán experimentar una mayor presión para realizar identidades masculinas normativas en sus comportamientos porque no realizan la masculinidad a través de su elección de deporte.

3.2 Relevancia del deporte en el entorno social e histórico

Con lo escrito anteriormente hemos intentado establecer un énfasis en las vicisitudes individuales masculinas que ocurren en la experiencia deportiva, para lograrlo tuvimos que situarnos contextualmente y señalar la importancia que tiene el entorno social e histórico en la relación que guardan el deporte con la construcción de la masculinidad.

Sin embargo, es preciso abordar más a profundidad esto último, es por ello que en este apartado estudiaremos el trasfondo socio-histórico que posee la esfera deportiva.

Resulta prudente comenzar con una definición que propone Huerta (1999) acerca del deporte, la misma nos permite poder comprender que la práctica deportiva va más allá de su sentido recreativo, sino que en ella subyacen elementos que repercuten en varios ámbitos de la vida: *“Si bien el deporte es una estructura y sistema sociocultural, sustentado en una organización política, económica e ideológica definidas que regula, norma y rige la práctica deportiva de los individuos, grupos, instituciones y naciones de acuerdo a los intereses de sus dirigentes; que reproduce la desigualdad genérica, social y las contradicciones de clase, también es una expresión del juego y una actividad lúdica, dándose una relación constante de afirmación y negación de sus elementos en los espacios y tiempos en que son realizados”* (p.75).

Entonces el deporte no es una estructura que *per se* imponga sus propios ideales y códigos, sino que tiene la función de ser mecanismo de poder para los grupos dominantes, gracias a ello es que se han mantenido a salvo diversos intereses, así como la reproducción de un sistema de valores genéricos que orchestra una serie de desigualdades relacionales entre mujeres y varones. ¿Pero en dónde queda el carácter lúdico?, efectivamente, en la práctica deportiva, sin importar el involucramiento que se tenga con ella (sea pasiva a través de la posición del aficionado o activa a través de la posición del practicante), suceden desafíos y cuestionamientos hacia los elementos que constituyen al deporte, nos (re)creamos por medio de su práctica y nuestra inclusión en ese espacio significa la posibilidad de vivirnos de otra manera, no obstante, no debemos olvidar que a la vez vamos introyectando los mensajes que proyecta el mundo deportivo y su eventual repercusión en la construcción de nuestras identidades, pero sobre todo, en las relaciones cotidianas que tenemos y que nos permiten organizar nuestro mundo. Para dicho propósito se requiere la participación de otras personas; existen deportes colectivos y existen deportes individuales, pero en ambos casos la referencia hacia el Otro se gesta en cada práctica, necesitamos a una alteridad que nos mueva de sitio y que nos signifique, es entonces que este proceso conformador resulta ser bilateral.

Como se estableció en líneas anteriores: el deporte como estructura va más allá de su sentido lúdico. Otra función importante es la de regular la producción del capital mediante el trabajo corporal, es decir, resulta clave el mantenimiento de un cuerpo sano y ajustado a las medidas que el oficio demanda para que las grandes empresas e industrias sigan contando con mano de obra eficiente, la adhesión del deporte en la cultura organizacional no es más que una póliza de seguro para el sostenimiento del ritmo productivo.

Es así como podemos decir que el poder de los varones se ejerce mayoritariamente en el ámbito público y una imagen tangible del poder de los varones en el espacio público está estrechamente relacionado con el uso del espacio mismo, como menciona Connell (1983): *“ser un hombre adulto es claramente ocupar espacio, tener una presencia física en el mundo”* (p.19).

Como menciona Freund (1983) *“El énfasis en las mujeres y sus cuerpos era claramente una parte importante y necesaria de la crítica feminista a medida que las mujeres tomaban cada vez más conciencia de las diversas formas en que el patriarcado implicaba diversas formas de control sobre sus cuerpos”* (p.24), el deporte nos ha enseñado sobre la existencia de diversos tipos de cuerpos, cuerpos socialmente deseables y cuerpos marginados, no debemos pasar por alto, la presión que cada persona puede llegar a vivir en su día a día para intentar acatar las normas de lo aceptado, en la actualidad es muy sencillo encontrarnos con publicidad que solo muestran un tipo de cuerpo como deseable mientras que ignoramos que cada persona que es expuesta a esto puede crear una imagen ideal que le hagan someterse a dietas u operaciones para asemejar su cuerpo lo más posible con los ideales que nos muestran, mientras que las consecuencias físicas y hasta mentales pasan sin ser notadas hasta que llegan a ser mortales. Nada de esto debe ser ignorado.

Una vez más, notamos que la esfera deportiva no sólo gira en torno a una empresa lúdica o capitalista, sino que además ofrece el espacio adecuado para la generación de un sentido de pertenencia en el sujeto, fortalece una identidad social en épocas en las que estamos saturados de imágenes y cánones culturales, de servicios y productos que ofrecen la inserción a un grupo a través de su compra viciada. Tajer (1998) realiza una

observación interesante al indicar que la afición hacia un equipo resulta ahora más satisfactoria en comparación con la inclusión a instituciones que en estos tiempos nos parecen ya percederas, llámense matrimonio, familia, partidos políticos, patria, etc.

Lo que debemos hacer es explorar las relaciones entre las cuestiones de poder y las cuestiones de género. No debemos suponer que las conexiones entre los cuerpos de los hombres y los sistemas de poder patriarcal (y otros poderes) son idénticos en todas las sociedades.

CAPÍTULO III. ¡AL ABORDAJE! (METODOLOGÍA)

1. ¿Cómo analizamos?

1.1. Teoría fundamentada.

Elegimos utilizar metodología cualitativa apoyándonos del procedimiento de la llamada “teoría fundamentada” porque la consideramos como la más adecuada dado el carácter de la investigación, pues esta es una investigación cualitativa; la teoría fundamentada fue propuesta por los sociólogos Barney Glaser y Anselm Strauss (1967), de acuerdo a Corbin & Strauss (2012) al hablar de teoría fundamentada nos referimos a *“una teoría derivada de datos recopilados de manera sistemática y analizados por medio de un proceso de investigación. en este método la recolección de datos, el análisis y la teoría que surgirá de ellos guardan una estrecha relación entre sí.”* (p.124). La característica principal de este método es la fundamentación de conceptos en los datos, donde la creatividad de los investigadores se vuelve un elemento esencial para la formulación de nuevas ideas en torno a un fenómeno.

Es así como a través del análisis de los datos obtenidos en las entrevistas, nos fue posible notar las ideas y creencias de nuestros participantes sobre el papel del deporte como elemento formador de su identidad masculina, esto con la intención de poder descubrir las representaciones sociales, que aunque fuera de una forma no explícita, ellos notaban y asumían. La teoría fundamentada nos permitió a nosotros como investigadores interactuar con la información recabada y de esta manera obtener más luces respecto al tema estudiado, al haberla empleado, pudimos establecer categorías que nos permitieron identificar las representaciones sociales alrededor de la práctica deportiva y las masculinidades; en otras palabras, esta metodología nos permitió estructurar un marco explicativo a partir de ideas en apariencia “sueltas”.

1.2. Muestra

Nuestra investigación estuvo basada en las respuestas de 14 participantes, todos ellos varones, de entre 20 a 26 años de edad, todos ellos con carreras universitarias (terminadas o en curso) y residentes de la Ciudad de México. Se estableció contacto con ellos a través de redes sociales donde se les brindó un primer acercamiento al tema a investigar, así como los motivos para realizarla, una vez con que aceptaban colaborar se convenía el lugar de reunión y se les proporcionaba un formato de consentimiento informado, donde además se les pedía permiso para registrar su voz y la posterior transcripción y utilización de la entrevista con fines académicos.

1.3. ¿Qué son los códigos desde la teoría fundamentada?

Habiendo terminado la aplicación de las entrevistas procedimos al primer paso del desarrollo de esta metodología, la codificación, sirviéndonos del programa computacional “Atlas.ti” para análisis de datos cualitativos, procedimos a codificar la totalidad de las respuestas de los participantes, agrupándose después en cinco grandes categorías, llamadas códigos “axiales” que nos servirían de guía posterior para seccionar y comprender las relaciones y dimensiones entre cada uno de los códigos abiertos, entendiendo estos como la unidad mínima de análisis para nuestra investigación.

La codificación se divide en tres tipos: códigos abiertos, códigos axiales y el código primario, este último es en el que todas las conexiones entre códigos convergen constituyendo así el núcleo central del fenómeno estudiado.

Un código o código abierto es la unidad mínima de análisis que se obtuvo de cada una de las respuestas de nuestros participantes durante las entrevistas, este código nos permitió acotar el significado de cada cita de las entrevistas y servir como clasificación de citas con contenido similar; cada respuesta de los participantes era segmentada y

posteriormente codificada, permitiendo que un conjunto de palabras formaran un solo significado, mismo que sería buscado en las entrevistas posteriores.

Finalmente, los códigos axiales son categorías de análisis compuestas por las relaciones, dimensiones y significados que adquieren cada uno de los códigos abiertos. Nuestra investigación se sirvió de cinco de estos códigos: “*masculinidades en el deporte*”, “*maneras de socialización*”, “*costo - beneficio*”, “*presencia femenina en espacios deportivos y violencias dirigidas hacia ellas*” y “*forjando al hombre*”, todos ellos nacientes de las relaciones entre los códigos abiertos que encontramos más notables y útiles para nuestra investigación.

El proceso de realizar las entrevistas, su transcripción, codificación del contenido y análisis del mismo, fue largo pero nos permitió llegar a la información deseada y a la obtención de nuestros resultados. Consideramos que gracias a la metodología seguida pudimos apropiarnos del contenido estudiado, además de que nos permitió observar las limitaciones de nuestra investigación, así como los nuevos senderos que podrían seguirse para conocer más respecto a las relaciones entre masculinidades y las prácticas deportivas.

2. Nuestros códigos axiales.

2.1. Masculinidades en el deporte.

Definición de este código. Hace referencia a todos aquellos aprendizajes, creencias y estereotipos de los que el varón se sirve para la conformación subjetiva de su identidad de género dentro del espacio deportivo. Tomando en cuenta que estos aprendizajes y creencias son vigentes solamente en determinadas épocas y sociedades, por lo tanto, hablar de una sola masculinidad resulta insuficiente para intentar comprender las subjetividades que se construyen para la conformación de una identidad.

Siguiendo lo anteriormente dicho en nuestro marco teórico, Conell (2003) define la masculinidad como: *“un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura”* (p.105). Es preciso señalar que no se puede hablar de una sola masculinidad, puesto que nuestras nociones son culturales, geográficas e históricas, por ello es que resulta necesario hablar de masculinidades, en nuestro estudio pudimos notar la forma en que cada uno de nuestros participantes han construido su idea de masculinidad de acuerdo a su propia historia de vida, además, en este trabajo intentamos hacer hincapié en la importancia que cobran los espacios (deportivos, principalmente) que habitaban para la posterior conformación y confirmación de dichas ideas.

La creación de este código fue con base en las citas obtenidas de las entrevistas y su notable inclinación hacia la forma en que se vive o experimenta la identidad masculina en el deporte, un ejemplo de esto lo tenemos en la siguiente cita, donde podemos notar la vigencia e importancia del seguimiento de los mandatos masculinos hegemónicos para lograr aceptación social:

“Sí, más que nada por mi círculo social familiar, todos mis tíos, de arriba de treinta o cuarenta años tienen cierta ideología de hombres, ¿no?, y el fútbol me ha permitido tener una relación cercana con ellos, a diferencia de otros gustos que tengo, por ejemplo, con las mujeres ellos son de “ah, mira está bien chulito ese culito” y yo soy como de que “no, es una mujer, es algo más que un culito, es una persona con una personalidad”, pero el fútbol me ha ayudado a comportarme como hombre dentro de ese círculo social.”

Otro ejemplo lo podemos encontrar en el testimonio de “H” en el cual nos deja ver la importancia que toma la apariencia física para la construcción de la masculinidad, habla acerca de la relevancia histórica del aspecto físico en hombres como símbolo de estatus y lo vigente que resulta esto último en la actualidad:

“[]”en el caso del gimnasio creo que si se fomenta más la masculinidad y eso porque en el tiempo de Mussolini, en la Italia fascista, se le daba mucha preponderancia a la virilidad, a los deportes se decía que un hombre que practica deporte y que contaba con

ciertas características físicas era más valioso, en el caso del gimnasio cuando uno entra y ve cuadros de hombres musculosos, puedes pensar que los ponen para que sean tus ejemplos a seguir o para que te sientas peor, y sí se fomenta la figura de ser un hombre fuerte y musculoso.”

A través de estos testimonios nuestros participantes expresan la importancia que adquiere la práctica de un deporte para la conformación de su identidad masculina, y de su propia autoestima, de esta forma damos constancia que dentro de estos escenarios se transmiten y generan una serie de valores, atributos y creencias a poseer sobre la figura del hombre ideal.

2.2. Maneras de socialización.

*Definición de este código. **Hace referencia a las interacciones cotidianas mediante las cuales los varones se involucran con sus pares, así como las relaciones de poder que se pueden dar dentro de los espacios deportivos.***

Para la conformación de este código axial, nos basamos en los testimonios obtenidos de nuestros participantes donde hacían referencia a las relaciones que establecen cotidianamente en los espacios deportivos y que pueden traer consigo situaciones de violencia y agresiones en apariencia “inofensivas” pero normalizadas y aceptadas, así como los testimonios donde hacían referencia a las maneras de ejercer un dominio frente a sus pares, muchas de estas situaciones sucedían cuando el agresor necesitaba reafirmar su estatuto de “hombre” frente a los demás. Por otro lado, también notamos y agregamos a este apartado relaciones positivas que involucraban un acompañamiento afectivo fuera y dentro del espacio deportivo, ya que también muchos de ellos referían haber creado lazos de hermandad, compañerismo y hasta relaciones de pareja.

Un ejemplo lo podemos encontrar en la siguiente cita, donde podemos notar un ejemplo del abuso de una posición de poder que le otorga el título de profesor al varón y que lo

lleva a aprovecharse de las personas que se encuentran en una posición jerárquica inferior:

“Ahí cambia porque estamos en en una categoría de poder, el entrenador está en una categoría social más elevada, la atleta que llega a quererse poner de forma atlética, que se quiere recrear, tiene una jerarquía social menor, entonces de los entrenadores yo creo que es algo muy ruin, horrendo, algo que me parece de asco, porque a mí que soy profesor me lleva al profesor que se involucra con sus alumnas, me parece que es una situación de inseguridad, porque me parece que el profesor o el entrenador que actúa así es porque no está emparejandose con sus pares y así va hacia sus subordinados, jerárquicamente hablando.”

Otro ejemplo se ubica en el testimonio de José Carlos “R”, de acuerdo a él, la práctica deportiva le ha enseñado a establecer relaciones de respeto y humildad frente a las personas consideradas por él con un rango superior al suyo, este testimonio nos deja entrever que este participante respalda las relaciones de poder donde una figura de autoridad no debe ser criticada y debe ser tratada siempre con formalidad y servilismo.

“Yo creo que las ha mejorado, porque en cada ámbito aprendes una cosa, lo que yo aprendí mucho del TKD es aprender a respetar a tus profesores y a subordinarte a una autoridad, cosa que en el tenis no, a veces es muy informal el trato, eso me llamaba mucho la atención, ¿por qué pueden tratar al profesor así? O sea, es una figura de autoridad y hay que respetarla.”

En estos ejemplos se hace notorio el impacto de los valores y mandatos masculinos que impregnan las prácticas deportivas para el aprendizaje de formas de socializar, así como las consecuencias relacionales de las exigencias deportivas, podemos ver que estas relaciones se ven afectadas por el ejercicio de poder desigual entre varones y mujeres, donde se tiende a satisfacer la voluntad de los primeros e incluso dar prioridad a cierto tipo de varones considerados superiores.

2.3. Costos y beneficios de la práctica deportiva percibidos por los varones.

*Definición de este código. **Hace referencia a las ganancias y pérdidas percibidas a nivel físico, emocional y relacional por el varón gracias al ejercicio del deporte.***

A lo largo de este apartado, intentaremos explorar las ganancias o pérdidas involucradas en el ejercicio deportivo para los varones. Tomando en cuenta que muchos de los beneficios percibidos se obtienen a través de diversos mecanismos de violencia y poder y que esto lleva consigo consecuencias negativas tanto para sus pares como para ellos mismos. Es entonces que el varón pone en la balanza las acciones que ejerce a favor, así como las que ejercen en su contra, se observó que en muchos de los “beneficios” subyacían impactos hacia el bienestar físico y psicológico de ellos mismos.

Estas ganancias o pérdidas percibidas por los varones pueden ir desde beneficios en la salud y apariencia física, hasta consecuencias relaciones que se pueden reflejar en sus relaciones cotidianas con sus parejas y familias, sin olvidar las cargas emocionales (ansiedad, depresión, estrés, etc) que conlleva el sometimiento a estas prácticas que se instalan como un estilo de vida.

Para este código podemos encontrar testimonios que ejemplifican lo dicho anteriormente, en la siguiente cita notamos que nuestro participante señala una consecuencia a nivel emocional y relacional al tener que desapegarse de su familia y centrarse únicamente en el deporte:

“Entonces todo eso a la larga, mentalmente, te absorbe y te crea un caos y llega un momento en el que tú como persona en lo único en lo que estás pensando es: dejar a un lado a la familia, dejar a un lado relaciones, dejar a un lado todo y lo único en lo que te centras es a querer ser el mejor.”

Por otra parte, existen beneficios que el varón percibe como fruto de la práctica deportiva, en la siguiente cita pueden significar inteligencia, prudencia, así como arrogancia, el deporte se vuelve en una herramienta para obtener estatus:

“El tipo de hombre que el TKD ayuda a construir es un hombre disciplinado, dueño de sí mismo, es un hombre autorregulado, también agresivo porque el TKD requiere un hombre o mujer agresivo, contextualizado porque debes ser agresivo pero solo en el momento, [] el TKD ayuda a construir un hombre prudente, racional, inteligente, reflexivo, en el TKD hay mucha filosofía o sabiduría oriental a su manera; el tipo de hombre que las pesas ayudan a construir es el del “superhombre”, en el término de Nietzsche, es el de la arrogancia, el de la vanidad, el de elitismo de decir “yo me junto con estos y los demás no me importan”, y la mujer no es así, la mujer es más incluyente, creo que el gimnasio hace a un hombre superficial.”

Con estos ejemplos se hace notorio que el ejercicio de algún deporte no solo conlleva ventajas como lo pueden ser la aceptación social o el prestigio que otorga la práctica, sino que existen sus contrarios y se pueden presentar tanto en daños psicológicos como el estrés y la frustración, así como en impactos negativos en las relaciones que establecen en sus vidas.

2.4. Presencia femenina en espacios deportivos y violencias dirigidas hacia ella.

Definición de este código. ***Hace referencia a la percepción de los varones frente a la mujer en la esfera deportiva, su actuar frente a ellas, así como los mecanismos que ocupan para mantener su lugar de dominio.***

Al momento de analizar nuestros códigos encontramos como constante la percepción de cambio en la dinámica de la práctica deportiva cuando en los espacios, comúnmente dominados por varones, intervienen mujeres, eran frecuentes las subestimaciones, menosprecios, el interés sexual por parte de los hombres y la segregación femenina en estos espacios. No obstante, nos encontramos también con propuestas de acción frente a los ejercicios de violencia y situaciones de desigualdad dentro de esta esfera.

Consideramos imprescindible señalar estas relaciones ya que mantenerlas en el silencio implicaría, inevitablemente, tomar postura a favor del orden dominante.

En el siguiente ejemplo nuestro participante kayakista muestra su sesgo de género sobre las acciones que realizan las mujeres en su deporte para tratar, según él, de equiparar su desempeño al de los varones, así como la crítica que realiza a ese sacrificio:

“[] hay una línea donde deseas tener el cuerpo de un hombre, donde ya estás atravesando esa línea a quererte transformar en un hombre, o sea, en que las mujeres, en verdad intentarían transformarse, o sea, por lo menos intentarían equipararse lo mejor posible a los hombres, [] ellas pensaban que siendo lo más parecidas a un hombre iban a lograr más, había personas, perdón, había mujeres que incluso se vendaban los pechos para que estuvieran lo más, o sea, lo más pegado al cuerpo y esto ellos, ellas lo hacían pensando en que no les estorbara a la hora de girar el cuerpo, entonces, ese tema es el que yo sí criticaba dentro del aspecto de las mujeres.”

Nuestro participante “Hugo G” nos comparte la creencia en torno a la supuesta inferioridad de la mujer respecto al varón, no solo en el espacio deportivo y nos deja ver que estas creencias son acompañadas también por la de la existencia de una supuesta inferioridad de las mujeres en el ámbito académico. El ejemplo nos permite ver que las creencias e ideas que acompañan la práctica deportiva no solo tienen impacto dentro del escenario deportivo, sino que en ejemplos como este podemos notar que este conjunto de ideas se trasladan a cada escenario de nuestra vida cotidiana, mismas que se refuerzan por la presión entre pares para evitar separarse de las maneras hegemónicas de ser hombre.

“[] una vez me pasó que sí, pues no solo en una competencia así de carreras y todo eso, sino en la escuela, “oye, pues como es que ella sabe más que tú”, y pues si es cierto, lo que pasa es que nosotros como hombres sentimos que nosotros podemos hacerlo más, podemos hacerlo más fácil, eh, todo ese tipo de cosas y pues yo pienso que los demás dirían “¡pues cómo!”, lo mismo que yo digo, “¿cómo no se esforzó tanto y perdió contra una mujer?”, lo mismo que yo digo con mi compañero, ¿no?, llegaron todas las mujeres y al último llegó él, ¿por qué no se esforzó como debía de ser? O ¿cómo pudo haberlo hecho?, tal vez.”

Este código ejemplifica las actitudes y creencias masculinas frente a la presencia femenina en el ámbito deportivo, en ellas vemos que existe una tendencia a subestimar, menospreciar, separar y juzgar todas aquellas acciones llevadas a cabo por las mujeres en el escenario deportivo, y aunque pudimos testigos de algunas propuestas para lograr la equidad, parece ser que la presión masculina hacia el mantenimiento de estas relaciones desiguales es más fuerte y lo vemos reflejado en todas las violencias que describieron nuestros participantes en las entrevistas.

2.5. Forjando al hombre.

*Definición de este código. **Hace referencia a las maneras en que se construye la subjetividad masculina y los mecanismos que ocupa el deporte para efectuarlo.***

Finalmente en este último, pero no menos importante. apartado señalamos las acciones y prácticas a las que se someten, o se han sometido, nuestros participantes, para apegarse al rol hegemónico y a la masculinidad tradicional.

El eje conductor de nuestro trabajo fue indagar sobre la estrecha relación que guarda la práctica deportiva con la conformación de una identidad masculina y su posterior expresión, en este apartado nuestros participantes nos relataron de una manera clara el impacto que el ejercicio deportivo ha tenido a lo largo su vida.

El nombre del código (Forjando al hombre) es una analogía a la industria de la metalurgia y la conformación de una identidad masculina, en el entendido de que así como un metal se va forjando, también la identidad masculina se forja y moldea para la ocupación de un lugar de poder tradicionalmente asignado a ellos.

En el siguiente testimonio, podemos notar la manera en que el deporte ha contribuido a la formación de la identidad masculina de nuestro participante, donde nos señala la madurez que adquirió a muy temprana edad gracias a la práctica deportiva y la presunta inmadurez del resto de sus compañeros no deportistas. Así como también nos muestra

la tendencia masculina a descalificar la niñez y el mandato de separarse de los padres conforme se va ganando el estatuto de hombre:

“Sobre todo en el hockey, yo entré en el año 2009 cuando estaba en la secundaria y nunca había hecho un viaje solo sin mis padres, y estas cosas me generaron mayor seguridad y confianza, y en estas competencias tenías muchas libertades para salir y convivir, lo que me hizo ser más responsable, porque los entrenadores no son tus papás y lo que hagas o no corre por tu cuenta, es ahí cuando siento que maduré bastante, de igual forma la convivencia con personas mayores y con los entrenadores te hacen ser más maduro y más centrado, y eso lo noto ahora en la carrera porque convives con compañeros que parece que tienen doce años y me dicen “parece que eres muy señor” y no es que sea muy señor, sino que maduré a muy temprana edad.”

En este testimonio, proporcionado por nuestro participante “H”, la idea de independencia es una cuestión que contiene gran carga simbólica ya que desde el momento en que “H” realiza su primer viaje solo, él refiere adquirir la madurez que hoy en día le distingue de otros compañeros varones. De Beauvoir (2013) realiza en *El Segundo Sexo* la siguiente afirmación: *“Quieren que sea un “hombrecito”; solo emancipándose de los adultos obtendrá su sufragio. Agradará cuando no parezca que trate de agradar”*. “H” consigue parcialmente su emancipación en el momento en que realiza su primer viaje solo, esto, lejos de ser un suceso superficial, reviste gran importancia para la conformación de la masculinidad puesto que la independencia hacia figuras superiores a él implica que pronto también podrá investirse de autoridad y cumplir así un mandato genérico.

En un ejemplo proporcionado por Noé “G”, podemos notar el mecanismo (a través de la exigencia física) que emplea el deporte en los varones para formarlos de una manera “adecuada” o deseada para lograr que de esta forma se apeguen a los mandatos hegemónicos sobre el carácter y el cuerpo que un varón debe poseer:

“Sí, bueno, acabando de entrenar todos terminamos con ampollas, esguinces, dolores de cuello, de los brazos, en las muñecas, acabamos todos bien madreados, el deporte te madrea (risas). Te hace más fuerte pero te madrea.”

Concluimos de este código, que gracias a la práctica deportiva se van adquiriendo aprendizajes físicos y emocionales que sirven como dispositivos para la formación de una identidad masculina ideal, la mayoría de estos exigen del varón resistencia, sometimiento, independencia, fuerza y carácter para poder alcanzar los ideales hegemónicos. Se “forja” al hombre en tanto que se les construye y moldea para el mantenimiento de los privilegios.

CAPÍTULO IV: MARCADOR FINAL. (RESULTADOS)

1. Introducción.

Gracias a esta investigación pudimos dar cuenta de la relevancia del deporte como elemento crucial de la conformación de la subjetividad masculina en jóvenes universitarios.

Recordemos que nuestro marco teórico se fundamenta, en parte, en la teoría de las representaciones sociales, cuya definición más consensuada es la de Jodelet en Arruda (2002), la cual dice que: "*Las representaciones sociales son una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, con un objetivo práctico que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social*". (p.153).

Del mismo modo, y de acuerdo con la teoría de Moscovici (1961) para lograr la fijación y reproducción de una representación social, encontramos en los espacios deportivos lugares donde permean ideas de anclaje a la representación social del hombre hegemónico, expuestas en los diálogos que nuestros participantes nos compartieron y donde se pueden ver ideas dominantes como la del hombre maestro, líder, fuerte, o todos los deberes masculinos que se deben cumplir para lograr una eficaz reproducción y objetivación de la representación social de la masculinidad hegemónica.

En primer lugar pudimos confirmar que existe una idea socialmente preconcebida de lo que significa el "ser hombre", dicha idea se configuraba y reproducía en los espacios deportivos ocupados por el gremio de atletas, a la cual nuestros participantes, en la mayoría de veces, decían estar apegados, esta idea se vincula con la manera que tienen de relacionarse y de vivir el día a día, y en la cual podemos ver reflejados cierto conjunto de valores y exigencias tradicionales, como la demostración fuerza, el miedo a la inferioridad, etc, que envuelven el correcto actuar de los hombres en una sociedad determinada como la nuestra, nos encontramos con que la idea preconcebida del "ser hombre" se relaciona principalmente con el hecho de "no ser mujer" (o cualquier atributo considerado por ellos como femenino), teniendo así que demostrar en cada uno de sus

actos una confirmación de su masculinidad que es acompañada por un “deber ser” que guía cada uno de los pasos de los hombres y que lo pudimos ver reflejado en nuestras entrevistas al momento en que nuestros participantes señalaban los distintos tipos de hombres y de atletas ideales, aquí nos encontramos con “el hombre protector”, “el hombre fuerte”, etc.

Siguiendo con esta lógica, durante la investigación pudimos observar también que la presencia femenina en el espacio deportivo sigue siendo motivo de menosprecio, exclusión y subestimación por parte de los varones, así como la constante de percibir a la mujer como objeto a poseer a través de su cuerpo y que a la vez su posesión contiene una carga simbólica que otorga prestigio entre los varones. La mujer, vista como intrusa en este espacio, está para ser guiada por el hombre maestro, para ser conquistada por el hombre fuerte o exitoso, o bien para ser segregada por el hombre territorial, de esta forma se siguen perpetuando los roles clásicos de comportamiento que encasillan a las personas dentro de determinados modelos de comportamiento y que castigan, a su vez, a quien intente salir de ellos. Quizá esta sea una de las razones por las cuales nuestros participantes, y los varones en general, vivan con el miedo y la presión de tener que cumplir con estos mandatos, presión que se puede llegar a convertir en violencias externas o internas.

No obstante que nuestros participantes se percataban de los tratos efectuados hacia sus compañeras, eran capaces también de expresar propuestas para frenar las violencias y promover la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres en estos espacios. Resulta interesante observar esta situación: en los espacios deportivos los varones se comportan de una manera específica, con base en los mandatos masculinos de las hegemonías, mientras que fuera de ellos son perfectamente capaces de identificar las situaciones de inequidad y violencia hacia sus compañeras y mencionar acciones para enfrentar esto, algunos de ellos no se coluden con los actos violentos y cambian sus prácticas, sin embargo, la mayoría de los participantes únicamente se quedaban en el razonamiento y en la identificación del problema.

Nos encontramos así, con que de esta manera muchas de las prácticas de los varones perpetúan y normalizan en el escenario deportivo maneras de convivencia basadas en violencias, lo cual hizo que la mayoría de nuestros participantes relataran en mayor o menor medida experiencias relacionadas con agresiones, malos tratos y un ambiente que promovía una rivalidad entre compañeros causante de impactos emocionales y físicos que dañaban la salud de los atletas, como el testimonio que comparte nuestro participante Andrés “S”:

“Sí, creo que todo deporte que se maneje a nivel profesional llega a ser en cuestiones tanto físicas como mentales violento. Estás bajo un ambiente de mucho estrés, estás bajo un ambiente en el que quieres ser el primero, sea como sea. [] Entonces sí, sí llega a ser violento tanto mentalmente como físicamente porque hay un momento en donde llegas a tanto querer entrenar, de tanto querer llevar tu cuerpo al límite pues se llega a lastimar. A mí en diversas ocasiones sí llegué a tener lesiones importantes.”

Aquí notamos que en muchas ocasiones los atletas varones están dispuestos a sacrificar tanto sus relaciones personales como su propia salud con el único propósito de cumplir con el mandato hegemónico de convertirse en un hombre exitoso y que bajo ningún motivo muestra inseguridad, al contrario, el miedo que se identifica es el de ser superado por sus semejantes y que a causa de esto puedan perder su categoría de “un hombre verdadero”.

Similar a la frase encontrada en *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (2013) “No se nace mujer, se llega a serlo” (p.54), en los varones opera de un modo semejante: “no se nace hombre, se llega a serlo”; cada varón debe advenir mediante una serie de confirmaciones y sacrificios que le valgan el estatuto de “hombre”, no existe una esencia masculina con la que estemos dotados desde el nacimiento sino que nos vamos convirtiendo en varones a lo largo de diversas experiencias de vida.

2. Lo que obtuvimos con las entrevistas.

2.1. De la relación deporte - violencia.

Encontramos también que nuestros participantes identifican la práctica deportiva como un lugar donde se gestan muchas violencias, algunas de ellas normalizadas, otras que justifican por la “naturaleza” de la práctica y otras que permanecen prohibidas por el código de comportamiento inherente a cada deporte. Sea cual sea la forma o la causa de dichas violencias, identificamos los escenarios deportivos como lugares de formación y reafirmación de las conductas ideales a las que un hombre debe aspirar.

Son varias las características de la relación entre el deporte y la violencia, que muchos participantes refirieron hallar en el deporte un espacio para la liberación de estos comportamientos y actitudes (violentas), tanto así que una vez fuera, decidían no ejercerlas. Así lo ejemplifica el testimonio de nuestro participante Alan “H”:

“Bueno, en mi caso, en el gimnasio hay veces que termino tan cansado, tan muerto que no te quedan ganas de pelear con nadie, entonces a veces tienes momentos en los cuales vas por la calle y vas manejando y te insultan y si no hubiera hecho ejercicio créeme que hubiese respondido a la agresión, le hubiera tal vez insultado también.”

En el ejemplo anterior podemos notar que a pesar de que el escenario deportivo, en este caso el gimnasio, es un espacio habituado, la mayoría de las veces, por y para la violencia, aunque hemos también de decir que no toda la energía que ahí se libera sirve para el ejercicio de la violencia, en nuestro caso los participantes ven a este lugar como un canalizador cuya función es lograr que la violencia tenga lugar ahí y no permee en otras áreas de sus vidas.

La normalización de la violencia es un fenómeno recurrente en los espacios deportivos, existen diversos comportamientos permitidos en la convivencia masculina, sin embargo todos desembocan en impactos negativos a nivel físico o emocional. Regularmente, los

varones tienden a dejar pasar estas violencias por el costo que tendría oponerse al grupo mayoritario, una vez más el varón necesita reafirmarse como tal entre sus pares y encuentra en estos escenarios un lugar idóneo para hacerlo, el caso siguiente ejemplifica esta situación en las relaciones que se establecen en el deporte:

“Ehmm, sí, ehmm, bueno, el clásico que le llaman “bullying” sí se llegó a dar, también es un aspecto que ya habíamos hablado, sí es agresivo, o sea, hay momentos en el que el estrés que tienes, el enojo que tienes o que simplemente hay veces en las que no aguantas a alguien te llevan a condiciones agresivas, e incluso empiezan como cualquier cosa: a ignorarte, a hacerte caras, y luego empiezan hacerte agresiones verbales y en algún momento llegaron hasta físicas. Entonces sí hubo un momento en que hubieron golpes dentro de la disciplina, o sea, también creo que permea mucho en el carácter de cada persona, o sea, que sean inhibidos o que tengan un aspecto tranquilo, pero generalmente todos los que practicaban ese deporte a nivel profesional teníamos esa chispa agresiva... o, sí, impulsiva más que agresiva.”

No obstante a que el ejercicio de violencias está permitido o normalizado en estos escenarios, nuestros participantes mencionaron la existencia de límites alrededor de estas acciones, tal es el caso que nos comparte Andrés “S”:

“Comento un caso muy rápido: un amigo falleció en un accidente de motocicleta y nosotros le hacíamos la burla al otro compañero de que él le había roto los frenos, o sea, de verdad hacíamos burlas muy pesadas, o sea, hacíamos burla de la muerte de un compañero y no estoy hablando de un compañero lejano, era de verdad un amigo, una persona muy cercana. Entonces las burlas podían llegar a ser muy pesadas, el bullying podía llegar a ser muy pesado pero tú sabías dónde habían límites y creo que es algo muy chistoso, porque podías hacer como la burla de la muerte de un amigo pero sí no podías hacer la burla de que le fue mal en algún entrenamiento porque eso lo hería más que decirle que había causado la muerte de otra persona.”

Vemos que el juego con la muerte de un compañero puede ser motivo de burla entre sus pares, pero lo que no está permitido es cuestionar o ridiculizar el rendimiento deportivo de alguno de ellos, en otras palabras, dentro del círculo de donde se desarrolla nuestro participante encontramos que puede ser considerado menos valioso un hombre “perdedor” que un hombre que haya cometido un asesinato aunque sea en juego. Podemos inferir que se le da más peso a la muerte simbólica del hombre ideal, es decir, al que no muestra debilidad, al que tiene un buen desempeño, al que no se equivoca, etc., a la muerte real o física de un hombre.

Además de lo observado anteriormente, pudimos notar que las burlas y los chistes en relación con la muerte del compañero pueden ser un mecanismo ocupado por los varones para trabajar el duelo de un ser querido, como una defensa a la tristeza y dolor que conlleva el duelo, puesto que para un hombre el llorar en el espacio deportivo o en cualquier otro casi siempre es signo de debilidad, algo no deseado por ningún varón.

Por otra parte, debemos mencionar que en muchas ocasiones nuestros participantes referían una justificación a sus violencias, como lo relata nuestro participante “H”:

“Si había una crítica que me hacían, por mis movimientos rudos en el campo, me decían “tú eres siempre muy agresivo”, “tienes que tener cuidado”, y eso sí generaba un problema al pensar que los podría golpear, hasta llegaron a decir en lugar de “ahí viene H decían “ahí viene el agresivo” por lo agresivo que llegaba a ser, eso lo comprobé con el equipo de Chihuahua que eran más agresivos que yo, lo recuerdo porque dije “si ellos son agresivos yo también y hasta más”, pero en general estas críticas me gustaban, porque no era el cabrón que estaba en la banca, era el cabrón del que decían “nos va a lanzar una pelota y nos va a abrir la cabeza”.

En el ejemplo anteriormente citado encontramos que “H” justificaba su actitud violenta en el campo de juego debido a que ésta le permitía ser parte del equipo titular, por otro lado, también justificaba esa conducta por el hecho de tener que ser el hombre protector (a través de su posición de juego) frente a un equipo igualmente agresivo, esto último

resulta ser un mandato masculino que se transmite frecuentemente en los escenarios deportivos y que dicta la obligación de mantener una posición que imponga respeto frente a las demás personas.

En general, de este apartado podemos concluir que la relación entre el deporte y la violencia posee diversos matices que permean en la mayoría de las interacciones entre los deportistas, los escenarios deportivos son lugares de formación dentro de los cuales la violencia siempre está presente, ya sea en chistes o burlas entre atletas, hasta violencias físicas para imponer voluntades o proteger el honor masculino. Podemos considerar la práctica deportiva como uno de los múltiples dispositivos de los cuales se sirve la estructura de género para mantenerse y reproducir las subjetividades hegemónicas en torno a la masculinidad, es importante mencionar que el deporte resulta ser un dispositivo bastante sutil y efectivo, de modo que los jóvenes formados en esta lógica les resulta difícil reconocer la violencia presente en el fin y/o el desarrollo de estas prácticas, tal es el caso de nuestro participante Arturo "P":

“El fin no es violento pero creo que sí se puede terminar siendo una práctica violenta, e incluso un entrenamiento. O sea, el objetivo del deporte para nada creo que sea ese, pero creo que por todo lo que implica en la vida, pues desde que, o sea, depende de las maneras en que lo veas, si lo practicas como todo niño que desea ser futbolista, o sea, en los entrenamientos hay violencia, hay violencia desde que te burlas del otro, desde que lo haces menos y también le pegas para que se lastime ¿no? No es el fin, pero es una manera, y qué decir de un partido; en un partido te peleas, te enojas y pues puede acabar en golpes.”

Encontramos así que el fin tangible y observable de la práctica deportiva es la victoria a toda costa, incluso sobre el aniquilamiento del otro y sin pensar en las consecuencias que se puedan experimentar en nuestros propios cuerpos. En el ejemplo de Arturo "P" encontramos distintas maneras en las que se expresa la violencia y aunque no percibe el fin de la práctica como algo violento, nos deja ver que en la mayoría de ocasiones no nos es posible identificar otros caminos que dejen fuera las violencias.

2.2. De la presencia femenina en espacios deportivos.

Consideramos apropiado indagar sobre las relaciones que se establecen entre mujeres y hombres en un espacio que históricamente ha sido construido y ocupado por varones, puesto que la presencia femenina, la mayoría de los casos, ha sido condicionada a un rol inferior al ocupado por los varones. Teniendo en cuenta los escenarios deportivos como lugares de formación de la identidad masculina, las ideas y creencias que ahí se gestan tienen repercusiones directas en las relaciones que entablan los varones con sus semejantes y, en este caso, las mujeres, el deporte transmite y establece pautas de acción masculinas que aseguran la posición de privilegio del hombre frente a sus compañeras y frente a otros hombres considerados inferiores (y por ello feminizados), en las entrevistas realizadas pudimos dar cuenta de muchas formas en las que conseguían hacer valer esto, tales como: menosprecio, subestimación, acoso, exclusión y rechazo en general, salvando esto solamente cuando existía algún interés sexual de los varones hacia ellas o se idealizaba su papel o rol de género dentro de estos espacios, justificando así el trato diferenciado hacia ellas o las violencias que hacia ellas se ejercían.

En seguida mostraremos un ejemplo de la subestimación con la que son percibidas las mujeres en los escenarios deportivos, concretamente en el fútbol, un espacio que histórica y socialmente ha sido dominado por los varones:

“Una anécdota súper rápida, hace mucho tiempo estaba jugando un partido de fútbol mixto y lo ganamos 4-1, lo que se me quedó muy grabado fue que saliendo del juego uno de los chavos del equipo rival me dijo: “¿cómo te pudo meter gol una niña?” y yo “no sé, fue un golazo”. Le pegó bien y jugaba bien la niña y ella solita se hizo el gol, pero salimos y aunque ganamos me dijeron: “¿cómo te puede meter gol una niña?” La perspectiva es esa, la ven como alguien inferior y pues... es como humillante, el otro portero me lo recordó como por tres semanas y me valía.”

En la anécdota que comparte Arturo “P”, damos cuenta de la subestimación frecuente hacia las mujeres en el deporte y hacia los hombres que son superados por ellas, al punto de que sea motivo de burlas y señalamientos el hecho de que el varón sea incapaz de mantener la estructura jerárquica; en la cita notamos cómo es que el acto de que nuestro participante haya recibido un gol no significaba gran cosa en sí para él, sin embargo, la humillación venía de la presión social ejercida por sus compañeros ante el hecho de verse vencido por una mujer. Es clara la forma en que los mandatos masculinos se hacen presentes, el hecho de ser superado por una mujer en un ámbito en el que ellos “deberían” de dominar se vuelve motivo de señalamientos y rechazo entre varones.

En otro caso, nuestro participante Alexis “R” habla acerca de las relaciones que se establecen entre mujeres y hombres en el TKD, que aunque en apariencia son similares y, a juicio de él, el tatami se vuelve un espacio para la equidad, no deja de existir el menosprecio hacia el desempeño femenino:

“Sí, yo creo que sí, en primera porque se entrenan juntos, entonces eso es un espacio para la equidad; para que ellos puedan desarrollar habilidades que sólo con mujeres a veces sería más difícil, por ejemplo: en TKD una mujer que entrena con hombres se vuelve más resistente al dolor porque, y quién sabe si sea tan buen trato, pero es eficaz, la técnica del entrenador es casi siempre de que el hombre le golpee a la mujer como si fuera hombre porque así ambos se ayudan.”

Nuestro participante, aunque menciona la existencia de equidad en el espacio deportivo, asume que una mujer solo puede elevar su desempeño y lograr un mejor desarrollo físico abandonando las prácticas entre iguales y teniendo que medirse contra hombres, sólo así podrá conseguir el atributo de resistencia al dolor.

Además del menosprecio y subestimación hacia el desempeño femenino, están también el juicio y la apreciación que hacen los hombres respecto a la apariencia física de las mujeres en estos escenarios, pudimos notar que estas observaciones eran de dos tipos:

rechazo hacia el cuerpo femenino masculinizado o interés sexual hacia las mujeres. El siguiente testimonio que comparte Emilio “B” practicante de físico-culturismo da cuenta de ello:

“Pero hay categorías, hay mujeres muy musculosas que pierden esa feminidad, por lo mismo de que sobrepasan estos límites del dopaje y comienzan a liberar más testosterona, su nivel de estrógeno comienza a bajar, y eso hace que generen características más masculinas y se vean más varoniles, esto en categorías más altas, pero hay categorías más abajo donde son personas más femeninas, algo más bonito al agrado del ojo, te estoy hablando socialmente, por lo mismo, te digo, ya depende de cómo a cada quien le guste.”

Emilio “B” nos narra la manera en que los varones juzgan la apariencia y feminidad de las mujeres practicantes de acuerdo a su visión y preferencias, según la esfera social en la que él se desarrolla existe un límite en el desarrollo físico de las mujeres que se debe de respetar para que no se pierda la feminidad de la que tradicionalmente se dota a las mujeres y que tiene que ver con el mantenimiento de un físico que no supere ni se asemeje al de los varones, según él, el romper estos límites convierten a la mujer en una persona menos atractiva socialmente y que a su vez es juzgada por los varones por el hecho de no tener un físico “tradicional”. Esto ocasiona el rechazo y la estigmatización por parte de sus compañeros, pareciera ser que si se desea el mejor rendimiento deportivo se debe ser forzosamente hombre, por lo menos nuestros participantes señalan que el cuerpo femenino no es lo suficientemente apto para alcanzar o equiparar el desempeño ideal que un varón debe desarrollar, porque el hecho de ser superados es inaceptable, es por esto que se relega a los cuerpos femeninos o feminizados a un rol inferior, pareciera que aquella mujer que sobrepase el desarrollo corporal socialmente aceptado se le condena y señala. Nuestros participantes señalan su aceptación a que las mujeres practiquen el deporte, siempre y cuando no se salgan de las reglas dictadas hacia la apariencia de sus cuerpos, la feminidad tradicional debe prevalecer y el miedo masculino a ser “igual” a una mujer en el terreno corporal es racionalizado y justificado por criterios estéticos y biológicos. A diferencia de un varón que puede hacer crecer su

cuerpo al nivel que ellos deseen, permanece una especie de control o censura de ellos hacia ellas que delimita, sobre su decisión personal, los niveles de crecimiento corporal que pueden ellas desarrollar. Un ejemplo de esto, nos lo da Andrés "S", que relata la existencia de este juicio de los varones sobre el cuerpo y decisiones de las mujeres:

"Sí, dentro del aspecto físico, a mí lo que no me parecía es que ellas trataran de tener un físico equiparable al de un hombre, cuando, vaya, lo hacían cuando no lo necesitaban o cuando no era favorable para ellas, [] no lo decía en un ámbito en el que no las aceptara como tal, sino que la cuestión es más en que es tanta la ambición, de querer ser mejores, que muchas por ejemplo en el ámbito del canotaje donde yo lo viví muchas mujeres llegaban a inyectarse testosterona, entonces, es por eso que sí perdían este rasgo femenino, obviamente se les agravaba la voz, sus músculos crecían más, empezaban como a atrofiar sus glándulas mamarias, es como ese grado, a ver, hay una línea en que tu aspecto físico, como mujer, lo puedes llegar a desarrollar para que tu deporte lo puedas desarrollar de la mejor manera, y hay sobrepasar esa línea donde desees tener el cuerpo de un hombre, donde ya estás atravesando esa línea a quererte transformar en un hombre, o sea, por lo menos intentarían equipararse lo mejor posible a los hombres, el hecho de tener manos más grandes, o sea, había una compañera que estaba tan obsesionada con este tema "entre más grande tengas la mano, mejor agarre te da la pala", que todo el día se pasaba jalándose los dedos intentando que le crecieran, no sé si le funcionaba o no, pero este tema ya era algo obsesivo, yo por lo menos, ya lo podía ver algo obsesivo, y este tema se desarrolla mucho en las mujeres, había personas, que, o mujeres que así intentaban hacer las cosas para equipararse lo mejor a un hombre, porque ellas pensaban que siendo lo más parecidas a un hombre iban a lograr más, había personas, perdón, había mujeres que incluso se vendaban los pechos para que estuvieran lo más pegado al cuerpo y esto lo hacían pensando en que no les estorbara a la hora de girar el cuerpo, entonces, ese tema es el que yo sí criticaba dentro del aspecto de las mujeres, (..) yo sí criticaba mucho ese aspecto en el que, a ver, para ser la mejor no tienes que ser, convertir tu cuerpo en el de un hombre, porque un hombre no es mejor por su físico, o sea, tiene ventajas, sí, porque está comprobado que los músculos de los hombres son más anchos, tienden a desarrollarse más por este tema

de la testosterona y todo, pero vaya, o sea, a mí con el físico que tenía en ese entonces, que la verdad sí estaba desarrollado, yo iba y me paraba en lugares europeos y había mujeres húngaras que me daban la vuelta fácilmente y no tenían un cuerpo masculino.”

Fue recurrente escuchar de los varones su deseo de separarse o dividirse de las mujeres, por considerarlas inferiores en cuanto a desempeño y capacidad física, Alan “H” expresa su molestia ante el hecho de que las mujeres puedan entrenar con hombres:

“En el box sí hay un predominio de los hombres, y bueno, yo por ejemplo cuando entrenaba en C.U., a las mujeres no les podías pegar en la cara, pero ellas a ti sí podían pegarte en la cara, entonces, uno entiende que anatómicamente los hombres son mucho más, bueno no sé si mucho más, pero tienen diferentes capacidades a las mujeres, muscularmente son más dotados, pero generalmente a mí me generaba conflicto que, había boxeadoras muy buenas, sí me llegaron a sangrar la nariz, y tú no podías responder de la misma manera, tenías como que aguantarte y golpear abajo o a veces ni golpear, tenías que aguantar, entonces esa inclusión yo considero que no correcta, yo creo que ahí sí tendríamos que dividir hombres y mujeres para que fuera equitativo, a mí sí me molestaba eso.”

A pesar de que Alan “H” no pierde de vista la existencia de buenas boxeadoras, mediante el uso de un discurso biológico para justificar la superioridad de los varones, nos demuestra su molestia con el hecho de tener que compartir espacios o prácticas a la par de mujeres, pues considera como injustas las normas que limitan su desempeño ante ellas y ante lo cual encuentra como única solución la segregación sexual en el deporte. Vemos que el viejo dicho de que “a una mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa” queda en entredicho al momento en que ésta sí puede golpear, lo cual genera una frustración en el varón por no poder defenderse y verse superado o debilitado por una mujer.

Finalmente, encontramos entre nuestros participantes varias propuestas para eliminar las violencias y divisiones sexuales en estos espacios, existe por parte de ellos una

identificación del problema, sin embargo la presión social y la comodidad de permanecer en los lugares de privilegio les impiden llevar a cabo las propuestas que mencionan. A continuación Raúl “R” nos comparte una de ellas:

“Simplemente que no hubiera hostigamiento de parte de los hombres, porque en el gimnasio principalmente, se da mucho de que cuando una chica está entrenando se le quedan viendo, o entre ellos están murmurando de que la chica se ve muy bien o que está haciendo sentadillas, o cosas así, tal vez sin ese tipo de acoso la mujer se sentiría un poco más cómoda.”

En este testimonio nuestro participante identifica la violencia sexual ejercida por sus compañeros hacia las mujeres que entrenan, incluso puede dar cuenta de la incomodidad que estas acciones producen en ellas, no obstante, el reto está en atreverse a abandonar el lugar de privilegio del que gozamos los varones, en no callarnos y expresar nuestra inconformidad respecto a las violencias que ejercemos y que convierten a los espacios deportivos en reproductores automáticos de los roles de género clásicos que privilegian a los varones sobre las mujeres.

2.3. De las relaciones en el deporte.

Un aspecto importante para nuestra investigación fue indagar sobre las relaciones que se establecían en los escenarios deportivos, dada la importancia que cobra una alteridad frente al (re)conocimiento de las personas. Las masculinidades necesitan la interacción con un otro u otra, gracias a ello se construyen, se cuestionan o se afirman. Al momento en que nuestros participantes socializaban, ya sea entre sus pares varones o con sus compañeras mujeres, fue común que relataran escenas de competencia, violencia, enemistad, pero también de amor, deseo, compañerismo y solidaridad.

Aunque no existe una norma para las conductas que se gestan en los espacios deportivos, se siguieron reportando distinciones entre los tratos que recibían cierto tipo de personas, ya sea porque se les consideraba como rivales o porque simplemente se

les identificaba como molestos o extraños dentro de estos espacios, ya sea por su novatez (traducida en muchas ocasiones como debilidad) o su género, como lo detallamos anteriormente las mujeres siguen siendo percibidas, en algunos casos, como fuera de lugar y son objeto de violencias y actos discriminatorios.

Entre varones era común que entre ellos se consideraran como rivales, más que como compañeros, incluso eran normales las agresiones en forma de burlas “inofensivas” entre hombres, tal es el caso que comparte nuestro participante Alexis “R”:

“Una forma de hacer visible esto no es tanto subiendo tu propia perspectiva y autoconcepto sino disminuyendo el de los demás, o sea, yo me hago mejor que tú porque tú eres menos que yo y no yo soy mejor ahora que a como lo fui antes, entonces en este sentido sí hay ataques críticos, por ejemplo: si yo me reúno con un amigo que hace tiempo no lo veía, algo típico que alguien del gimnasio diría sería: “estás bien panzón, hace cuántos kilos que no te veo”. Es más que aviente el cohete y a la larga se hace fraternal, no es que te insulte, entre comillas, es que estamos jugando, no es en serio pero sí es en serio.”

En este ejemplo notamos una forma común de relacionarse entre varones dentro de estos espacios deportivos, aún en estos espacios que deberían ser “amables” para cualquier persona que desee integrarse, notamos que entre varones existe una tendencia a reafirmar la masculinidad ante los otros a todo momento, sin importar que esto conlleve el rechazo a otros cuerpos que salen de la norma deportiva y sobre el autoestima de sus compañeros. Esta práctica se normaliza en tanto que llega a ser tan repetida que incluso se traduce en una muestra de afecto fraternal entre la gente del gimnasio. En estos espacios es notoria la falta de apertura hacia la expresión de los sentimientos entre varones, no hay otra llave que no involucre violencia, la demostración de cariño solo es posible mediante hacer menos al otro.

Las relaciones en el deporte suelen tener muchos matices, en ellas hemos visto que pueden generarse lazos afectivos aún a partir de agresiones normalizadas, sean verbales o físicas, todas ellas causan un impacto emocional. En las entrevistas realizadas identificamos que la violencia dirigida hacia compañeros resulta una

herramienta para la socialización, siempre y cuando se respeten los límites de los que ya hablamos en párrafos anteriores. Estas violencias pueden surgir de los propios códigos o reglamentos de la práctica deportiva, por ejemplo, en el boxeo solamente se permiten golpes en algunas zonas específicas y el daño físico que conlleva esta práctica se da por sobreentendido, no obstante, también hay violencias que no son enseñadas de forma directa, pero que son ejercidas a fin de mantener el poder sobre las demás personas y resguardar los privilegios puestos en peligro.

En el siguiente testimonio, Alonso “P”, practicante de box, nos comparte su experiencia en torno a las relaciones sociales que se establecen dentro y gracias a la práctica de este deporte:

“Mmm, vaya, creo que no podría generalizar, creo que también depende hablando de cada persona, lo que yo creo es que se construye algo como el respeto, esto cuando boxeas con alguien, cuando estás, ya sea estás peleando, o estás haciendo sparring, eh, creo que se construye el respeto, porque no lo sé, es una sensación muy rara, durante tres minutos te estás dando en la madre con un sujeto, pero no es tu enemigo, no lo odias, solamente pues si es sparring quieres practicar, quieres mejorar cierta cosa, si es una pelea pues quieres ganar, pero no es alguien a quien te quieras madrear porque sí, te lo quieres madrear porque quieres ganar, entonces cuando termina eso, cuando termina la pelea, ya haya sido que te haya puesto una madriza, tú le hayas puesto una madriza o los dos se hayan dado parejo, yo creo que al final es el respeto, porque aunque tú le hayas puesto una madriza, te metió dos golpes, un golpe que te dolió, que te sangró o te hizo algo, entonces “vaya amiguín muy bien hecho” y te abrazas con él y ya se acaba todo, pero ya es alguien que a lo mejor puedes ver después y dices como “compañero, my friend, qué onda, qué pex” que creo ya es algo diferente a cuando no haz boxeado con alguien, o sea que solo lo ves en el gimnasio y nada más es como de “hola”, pero cuando boxeas con alguien ya se hace algo, no sé, una especie de vínculo, sabes, como si ya con eso te llevaras mejor con esa otra persona, creo que eso, no sé si me di a entender.”

Alonso “P” describe la violencia vivida en este espacio como condición para la creación de lazos afectivos que rebasen la mera cordialidad entre compañeros, cuando el varón demuestra su virilidad ante sus semejantes, obteniendo de ellos una respuesta similar, como en el caso de una pelea de box, encontramos que les es posible aceptarlos como sus iguales, puesto que como lo relata nuestro participante, antes de la confrontación se les considera como inferiores a aquellos varones que no se han subido al ring y que por lo tanto, no han demostrado su valía como hombres, la pertenencia al grupo se debe ganar a través de esa vía, fuera de ella se sigue percibiendo a la persona como ajena al grupo dominante, entonces va más allá de un combate de doce rounds, va más allá de un ganador o un perdedor, se trata de un combate por la afirmación masculina.

De esta forma, nos encontramos con otro extremo, donde los varones no se atreven a desafiar a las figuras que para ellos representen autoridad, el maestro al dejar de ser un varón más al que se le pueda enfrentar, se le asigna un lugar inamovible dentro del cual no podrá ser cuestionado. A propósito de esto último, José Carlos “R” nos comparte el siguiente testimonio:

“Yo creo que las ha mejorado, porque en cada ámbito aprendes una cosa, lo que yo aprendí mucho del TKD es aprender a respetar a tus profesores y a subordinarte a una autoridad, cosa que en el tenis no, a veces es muy informal el trato, eso me llamaba mucho la atención, ¿por qué pueden tratar al profesor así? O sea, es una figura de autoridad y hay que respetarla.”

Aunque José Carlos “R” comienza en un principio a hablarnos sobre los beneficios que le ha dejado la práctica deportiva, se sigue notando en su testimonio la indignación que provoca la falta de respeto y subordinación hacia la figura de autoridad que representa simbólicamente lo que cualquier hombre debería ser.

La posición de maestro se vuelve una meta ideal para cualquier varón, pues carga con la autoridad deseada que el deber ser masculino tradicional desea poseer en tanto que le garantiza conservar su lugar de poder, el hombre como maestro fue un ideal recurrente entre nuestros participantes, como lo revisamos en nuestro apartado de marco teórico existe la idea de dualidad entre los géneros, considerando tradicionalmente a los

varones como sujetos activos y condenando a las mujeres a la pasividad, el hombre sirve como maestro en tanto que posee el conocimiento que lo hace incuestionable y vuelve a sus semejantes a meros aprendices, la palabra masculina significa verdad y el desafío hacia los lugares de género se consideran intolerables o ridículos.

Así nos lo ejemplifica el mismo participante anterior (José Carlos "R"), cuando nos describe las características, que a su manera de ver, debe poseer un taekwondoín ideal:

"Es una persona sensible a las necesidades de sus compañeros, humilde capaz de saber en qué posición está y en función de esa posición puede enseñar y aprender".

El hombre maestro no se despega de la idea de deportista ideal que piensa nuestro participante, pues él considera que como deportista se debe conocer bien el lugar que ocupa y la carga simbólica que representa, no obstante, el valor de la humildad posibilita la flexibilidad de transicionar entre las funciones de "maestro" y "aprendiz" a la vez que también esta humildad significa el no cuestionamiento a las figuras de autoridad, y así logrando inevitablemente el mantenimiento de los lugares de poder que se le asignan a los maestros sobre sus aprendices.

Encontramos, finalmente, que estas dinámicas se logran mantener gracias a la presión que ejerce el grupo sobre aquellos que deseen confrontar el orden establecido, puesto que aunque algunos de nuestros participantes dieron cuenta de los daños que causa el mantenimiento de estas prácticas, las mantenían por temor a ser rechazados, señalados o hasta expulsados de estos grupos, los varones están sujetos a estas convivencias, tal como lo comparte Alan "H":

"Bromas, bromas pesadas donde les escondíamos las cosas a algunos, o te las escondían a ti, y pues "si te llevas te aguantas", entonces, no podías hacer muchas cosas porque era estar en contra del grupo, no podías responder de una forma tan violenta."

Como nuestro participante señala, el miedo a ser expulsado del grupo está siempre latente, existen ciertos modelos de convivencia entre varones dentro de estos espacios que no deben ser cuestionados, pues el costo varía en función de la falta. Al momento de entrar a estos grupos, debemos aceptar estos modelos, es decir, aceptamos ser

victimarios a la vez de que aceptamos ser víctimas. El beneficio percibido por entrar a estos grupos se puede traducir de muchas maneras, ya sea como símbolo de estatus, sentido de pertenencia, protección y aceptación social. Pero existen también consecuencias, la imposibilidad de abandonar este círculo, envuelve al varón en ciertas prácticas que ,aunque individualmente no se esté de acuerdo con ellas, se deben cumplir, por el miedo al rechazo o la inferioridad que significaría el no poder apearse a la norma.

2.4. Del desempeño ideal del atleta frente a sus compañeros y oponentes.

Existe entre jóvenes deportistas la idea de un atleta apegado a ciertos estándares tanto físicos como mentales, los cuales son la meta del varón para su formación genérica, estos mismos pueden cambiar de acuerdo al deporte que se practique, pero todos poseen un mismo trasfondo ideológico. Estos ideales no se quedan solamente dentro de los escenarios deportivos, sino que su constante reforzamiento dentro de la psique de los atletas los hacen llevarlos fuera de estos lugares, fortaleciendo así ciertas creencias sobre el deber ser masculino que tan ligado está al desarrollo corporal, vimos en las entrevistas que los hombres están constantemente sacrificando su integridad física y emocional a fin de conseguir desarrollar estas características impuestas desde estos espacios. No existe entre atletas una edad para aprender este conjunto de ideas y creencias, más bien estas se desarrollan a lo largo de la vida y se transmiten de manera diversa entre pares, así nos encontramos con testimonios que describen su exposición a estas a través de sus padres, amigos, compañeros, entrenadores, etc., que conviven para crear una idea funcional (para esta esfera) sobre lo que significa o debería significar ser hombre y ser atleta.

Nos encontramos así con la existencia de ciertos ideales masculinos dentro de los espacios deportivos que tradicionalmente han prevalecido en la práctica, en el siguiente ejemplo Johan "P" habla sobre cómo debe presentarse idealmente un hombre en el campo de juego:

“Yo creo que sí, te enseña varias formas de ser masculino porque cuando vas a jugar fútbol tienes que presentarte como alguien fuerte, alguien que intimida para que el rival no se sienta superior a ti, como en la naturaleza, un gorila que siempre se va a imponer ante alguien que quiere tomar el papel de alfa, siempre tienes que poner tu pecho parado para que no te pasen por encima, para que seas un macho.”

Johan “P”, en este ejemplo, nombra algunos de los ideales con los que un atleta varón debe cumplir para poder desarrollarse, sobresalir y ser aceptado dentro del campo de juego, notamos que existe la necesidad, entre deportistas, de mostrarse como alguien fuerte y que no será sometido a la voluntad de otros hombres, es así que el deporte deja de ser un pretexto para la recreación y comienza a ser una lucha constante para reafirmar la masculinidad, nuestro participante entiende por igual el ser macho al ser hombre, pareciera ser que dentro del espacio deportivo en el que se desarrolla no existen otras formas posibles de concebirse varón si no es a través de replicar las mismas conductas y creencias de la masculinidad tradicional.

Por otro lado, si bien es cierto que los ideales masculinos en el deporte se encuentran permanentemente latentes, existen ciertos mandatos masculinos que tienen como función el hacer valer la existencia de los ideales, y que en conjunto tienen como finalidad el crear y sostener la figura ideal del varón de acuerdo a los cánones culturales del sistema patriarcal. Sobre esto Andrés “S” nos comparte su experiencia en el kayak:

“Pierdes en principio, y creo que lo más importante dentro del deporte, pierdes seguridad, porque, a ver, si alguna vez le ganaste cuando no entrenaste bien y tú sabías que “todos menos él” y le ganabas, eso aumentaba tu seguridad, pero si habías entrenado y él no había entrenado y te gana, pasa completamente lo contrario, pierdes totalmente toda la seguridad y dentro del hecho de que pierdas, [] pierdes un poco de dignidad, suena chistoso, yo creo, en lo personal creo que es muy chistoso, pero si pierdes un poquito de dignidad porque es el hecho de, a ver, no hay margen de error, no te puede ganar, pierdes auto confianza y en mi caso, si llegué a perder dignidad, es el hecho de que le estás dando, cuando pierdes, le estás dando tanta importancia que perdiste contra esa persona que le estás otorgando facilidad para que él te lastime, en casos muy

personales, yo sí tenía un pique con una persona y qué bueno que le gané, [], la vez que yo no gané a mí me destruyó totalmente, [], le entregas dentro de todo, creo que si le entregas tu tranquilidad, cuando pierdes le entregas tu tranquilidad, que es todo lo contrario a cuando tú le ganas, él te entrega su tranquilidad, porque entonces en la siguiente competencia en que ya le ganaste tú sabes “ya le gané, él no me va a volver a ganar nunca”, y así.”

En este ejemplo, Andrés “S”, nos muestra la importancia del cumplimiento de estos mandatos masculinos dentro del escenario deportivo, aquí el mandato principal que se ejemplifica es el de la “victoria a toda costa”, como varones deportistas se nos acostumbra y enseña a tener que demostrar un desempeño superior a los demás todo el tiempo, sin importar si eso cobra consecuencias en la salud, en lo relacional o en lo mental. La competencia deportiva es una lucha por derrotar al otro, y en esta derrota se le posee o conquista, en el testimonio de Andrés “S” esto se ejemplifica cuando relata sobre “entregar la tranquilidad”, una vez que eso sucede no hay vuelta atrás, el varón debe hacer todo lo posible para recuperarla u obtener la del contrario. Así se muestra en este ejemplo el costo que conlleva el incumplimiento de estos mandatos, no poder satisfacerlos va desde el señalamiento o estigma social del “perdedor”, hasta consecuencias palpables como la pérdida de tranquilidad y autoconfianza por no poder realizar un desempeño superior al de los demás deportistas, sin olvidar la pérdida de “dignidad” que se podría traducir como pérdida de virilidad ante los rivales.

Dentro del escenario deportivo, las masculinidades que se construyen pueden ser encarnadas o representadas mediante diversas figuras, en párrafos anteriores mencionábamos el interés que pone el hombre para ser reconocido como “maestro”, pero esta no es la única figura de hombre que es perseguida o utilizada por los varones deportistas, durante las entrevistas pudimos dar cuenta de muchas de ellas, tales como “el hombre protector”, “el hombre territorial”, “el hombre irracional”, “el hombre exitoso”, “el hombre dominante”, y en el más mencionado por nuestros participantes: “el hombre fuerte”. Sobre este último nos comparte su testimonio Alan “H”:

“Yo creo que lo primero que tienes que demostrar es fortaleza, ocultar tu debilidad, siempre tiene que ser como “voy a competir contigo de manera legal, de manera leal, no sé, de tú a tú pero no te puedo demostrar que te tengo miedo”.

De este modo, el ocultamiento de la debilidad es necesario al momento de competir frente a los rivales, ya sean los que se encuentren en la cancha, así como los que se encuentren en el trabajo o la escuela, el varón debe mostrarse fuerte y dominante, dentro y fuera del escenario deportivo. La emoción de miedo se traduce en debilidad y resulta la más repudiada para los varones, no se permite sentirla ni de significarla, lo que se debe hacer es huir de ella a partir de la acción. Aquí es cuando se unen tanto los mandatos como los ideales masculinos para marcar el camino a seguir por parte de los varones, es cuando se descubren las figuras hegemónicas de lo que significa “el ser hombre” y se marcan los límites para la conducta y creencias de todo aquel varón que desee ser aceptado socialmente y en estos espacios específicos.

Un varón, para lograr entrar en la clasificación de deportista y así obtener todos los beneficios que esto conlleva, y que abordamos anteriormente, no le será suficiente el mero hecho de practicar algún deporte, debe cumplir con un requisito indispensable: la constancia. La constancia se transforma en todo el conjunto de sacrificios a los que el varón está dispuesto a ceder para su conformación como tal; se debe ser constante en la resistencia al dolor, constante en el trabajo corporal, en la disciplina y en los sacrificios físicos, sociales y emocionales inherentes a la práctica, pues se debe ser consciente y constante en el compromiso a dejar a un lado todas aquellas prácticas que lo alejen de su meta para convertirse en un hombre “completo” de acuerdo a los cánones que circulan en estos espacios, tal es el caso de “H”:

“En el caso del gimnasio me otorgó un mayor conocimiento de mis habilidades y mis fortalezas, sobre todo en el aspecto de querer superarme cada día, algo que me ayuda demasiado es que siempre estoy buscando nuevas rutinas y cómo mejorar mis movimientos, además de que tengo ciertos arquetipos que me hacen pensar que quiero llegar físicamente a ciertos estándares, es motivante ver a señores de 40 años que se

ven físicamente muy bien y eso me hace no pensar solo en el presente, sino en un escenario a futuro para pensar de qué forma me quiero ver.”

Observamos en el ejemplo de “H” la manera en que opera la constancia en el deporte, aunque nuestro participante parece solo notar aspectos positivos de ésta también deja ver entre líneas los sacrificios que él acepta tomar para convertirse en la figura que imagina como ideal del varón deportista, tales son el aprendizaje y desarrollo de nuevas rutinas de ejercicio, el sometimiento a dietas permanentes, la superación siempre constante y que parece no tener fin en competencia de apariencias ante otros varones, y la dedicación completa de la vida a la práctica deportiva, con la finalidad de encontrar un futuro marcado por los cánones hegemónicos de la masculinidad tradicional. Vemos así que el deporte es un lugar permanente para la formación masculina, jamás termina por consolidarse.

Aunque se identifique al espacio deportivo como un lugar donde la idea de hombre jamás se ve terminada, sí es posible identificar ciertos estereotipos marcados socialmente sobre el desempeño y apariencia de los varones deportistas. A continuación ahondaremos un poco en una cita de nuestro participante Alan “H” que trata sobre este tema:

“En el fútbol no hay prototipo físico, bueno sí, ahí tienes el clásico ejemplo de que cuando hay un gordito lo ponen de portero, porque ese es el prototipo que no puede existir dentro del fútbol, no puedes estar gordo y si estás gordo te mandan a la portería, que también es ilógico porque es importante que seas muy ágil y muy capaz de moverte, pero lo que quieres es evitar que te dé problemas entonces lo mandas a la portería, entonces no sé si haya un prototipo de futbolista, pero sí habría uno no sería gordo y ahí la habilidad o técnica que puedas tener con un balón es lo que te define como bueno o malo.”

Observamos que este deporte (fútbol) nos puede servir de ejemplo perfecto para mostrarnos cómo operan estos estereotipos dentro de los espacios deportivos, pues está muy marcada la línea que deben seguir los atletas tanto en su apariencia física como en su desarrollo dentro del escenario. Pareciera que el deporte, sea cual sea, establece ciertos límites sobre sus participantes, el salirse de ellos o su incumplimiento,

observamos nuevamente, es castigado socialmente, es tan indeseable el incumplimiento de estas normas como la imposibilidad para algunas personas de apegarse al modelo hegemónico del hombre, en el caso que comparte Alan “H”, hay cuerpos que son motivos para el rechazo; existen cuerpos aptos y otros que no lo son, y esta lógica se sustenta en la meta final que posee cualquier deporte: ganar, ser el mejor.

Siguiendo con esto, ya comienza a ser notoria la opinión de nuestros participantes, que hay que señalar son deportistas universitarios, sobre la aparición de cuerpos considerados como inferiores o no aptos para el deporte, en los testimonios que recogimos la imagen de los varones no deportistas suele ser compensada con otras virtudes, tales como la inteligencia, la dedicación hacia otras metas, inclinaciones artísticas, etc. No obstante, sus opiniones seguían demeritándolos y el hecho de no practicar un deporte significaba ser menos a aquel que sí. En la siguiente cita a analizar revisaremos una de estas opiniones:

“Pues, siempre he visto a esos como los inteligentes, porque siempre que me topo a uno así es alguien que está metido en la tecnología, puede no saber nada de fútbol pero sabe mucho de softwares; siento que es bastante curioso, porque nunca me he topado con alguien que sea afeminado o gay porque no le guste el fútbol, de hecho tengo amigos gays y casi todos practican fútbol.”

2.5. Sobre forjando al hombre.

Como ya hemos visto, la práctica deportiva otorga estatus y prestigio a los hombres insertos en esos espacios, la contraparte de esta situación es la exclusión y menosprecio hacia varones ajenos a estas prácticas justificándose en los deberes y mandatos genéricos de los cuales se habló en párrafos anteriores. El deporte como formador de masculinidades pone en evidencia ciertas formas y prácticas hegemónicas, el varón ajeno a ellas suele ser dotado, por parte de los deportistas, de valores y atributos distintos, pero que aún así se siguen considerando inferiores, la ausencia de actividad o

dominio corporal son castigados dentro de estos grupos, excluyéndolos y haciéndolos objetos de burlas y malos tratos.

De la misma manera encontramos que aún entre varones deportistas existe la necesidad de establecer estatus dentro de estos espacios, pues la competencia parece nunca desaparecer, y el deber ser masculino marca la pauta para convencer a los varones para querer convertirse en un hombre líder o en un hombre dominante, como nos lo explica nuestro participante Alan "H":

“En el fútbol si hay como mucho más contacto físico y sí llega a haber muchos más momentos si no violentos, agresivos, donde tienes que ejercer tu dominio, o bueno así lo percibí, como que teníamos que ejercer dominio para ver qué rol podíamos ocupar dentro del equipo y dependiendo tus habilidades en el deporte y tus habilidades sociales como qué tanto podías convencer o qué tanto le podías caer bien al grupo era como tenías tu rol, y obvio, siempre había uno que quedaba abajo o relegado, ya sea por sus capacidades o por su forma de ser, que tal vez no era la agresión directamente con él, pero si había, hablábamos de él o decíamos cosas de él que podían ser ofensivas o podían considerarse como un aspecto violento.”

Una vez más observamos cómo opera la presión que ejerce el deber ser masculino sobre los deportistas, vemos que la violencia se vuelve una práctica común para demostrar poderío y dominio sobre sus compañeros, se vuelve indispensable el conocimiento del actuar ideal del varón para poder sobresalir, pues en estos espacios se intenta a toda costa no quedar relegado, no verse inferior a los demás y sobre todo no quedar excluido del grupo dominante, aunque para su consumación el espacio se vuelva hostil y desagradable para otros. Colocarse arriba de los otros es una meta inherente en el deporte, si no es a través de un marcador, un podio o en una esquina del cuadrilátero, se busca verse y saberse superior aún frente a los propios compañeros, fuera del espacio deportivo los varones podemos alardear de practicar un deporte y con ello sentirnos más que otros, pero dentro del mismo podemos ser inferiorizados por otros tantos que posean

características o habilidades distintas a las nuestras, la horizontalidad no se imagina siquiera en la esfera deportiva.

La masculinidad nunca deja de ser performada dentro y fuera de los escenarios deportivos, esto trae consigo una serie de ideas y creencias insertas no solo en los varones, sino que se percibe en todos los demás ámbitos de la vida cotidiana, en nuestras actitudes diarias, nuestros tratos y el uso del espacio que compartimos, dando así como resultado una serie de estigmas que encasillan la representación clásica o tradicional de lo que significa vivir la masculinidad. Nuestros participantes eran conscientes de ello, y del valor agregado con el que se les dotaba al momento de ser reconocidos como atletas, sin embargo, no podían percibir las consecuencias y motivos subyacentes de sus prácticas. Un ejemplo de lo marcados que están los estigmas en torno a la masculinidad es el que menciona Juan “A”, practicante de danza, cuando le preguntamos el por qué pensaba que las personas no consideraban la danza como una práctica masculina:

“Pues por el sentido artístico que lleva, por los movimientos que suelen ser más afeminados, por la expresión más sensorial que hay... la vestimenta dice mucho, ¿no?, usar una malla de ballet ya es totalmente distinto.”

Vemos actuar el estigma social sobre la masculinidad en tanto que Juan “A” es capaz de identificar la creencia existente sobre la imposibilidad de que un hombre entre en contacto con sus sentimientos o sus sentidos, sin que este vea en riesgo su posición masculina. Si usar *tutú* o *mallas* es una práctica femenina exclusivamente, los varones buscarán alejarse de ella, como lo hablamos en el marco teórico, la masculinidad está basada en gran parte en la negación hacia las representaciones masculinas hechas acerca de la feminidad; el estigma que notamos en esta respuesta radica en “soy hombre en tanto que no soy mujer”, lo que sea que yo entienda por ello.

El deporte además de formar físicamente, construye emocionalmente y esto repercute en las maneras con las que convivimos cotidianamente, el carácter es un elemento

esencial en la práctica de un deporte, gracias a él se obtienen buenos o malos resultados, victorias o derrotas, de acuerdo a lo expresado por nuestros participantes, la mayoría de ellos vieron cambios positivos en su carácter y autopercepción gracias a la práctica deportiva, tales son los ejemplos de Alexis “R” y José “J” respectivamente:

“A mí me ha construído como un hombre crítico, porque requieres un profundo conocimiento de ti mismo, conoces tus fortalezas y debilidades, pero también heterocrítico, o sea, poder identificar qué le falla al otro para poder tomarlo, me ha formado como un hombre creativo, porque al enfrentarte a otros con características distintas a las tuyas tienes minutos para pensarlo y ejecutarlo, y eso lo proyectas a otras áreas de tu vida, me ha formado como alguien leal; pero como levantador de pesas a mí me ha dado una faceta de objetividad, no sentirme el mejor de los mejores porque hay puntos que mejorar de ti mismo, porque cuando comienzas a sentirte mejor con ropa más justa, cuando comienzas a llamar la atención de las chicas de tu entorno te enorgulleces, hay momentos en los que he llegado a decir “pues sí me veo bien”, pero eso no se debería influir en otras cosas de mi vida, o “me veo bien, pero puedo mejorar”

En el caso de Alexis “R”, pone evidencia el impacto que ha tenido la práctica deportiva en la construcción de su carácter y su autopercepción, ámbitos que benefician, según él, su actuar cotidiano, aún así es imposible no notar en su testimonio los rasgos de los que hemos estado hablando que conforman la masculinidad hegemónica, en sí esto no es negativo, pero hace notar a la esfera deportiva como un lugar del que la única forma de sobrevivir y sobresalir es mediante el cumplimiento incuestionado de las prácticas hegemónicas que ahí se gestan, replican y construyen.

Deja ver la importancia que adquiere la racionalidad en su forma de ser, el deporte le ha permitido tomar decisiones basadas en las comparaciones que realiza con otros varones, cómo enfrentar a sus oponentes, qué debilidades posee y qué habilidades puede ocupar a su favor; sigue manifestándose la relación existente entre masculinidad y racionalidad, el deporte le ha formado para ello y esas prácticas se trasladan a la vida cotidiana. El

escenario deportivo se confirma como un lugar idóneo para el mantenimiento de las formas hegemónicas de la masculinidad que son capaces de trasladarse fuera de ellos y las cuales tanto varones como mujeres las viven, sufren y padecen.

“Entonces sí creo que está la posibilidad de que te forme tanto positiva como negativamente. Me ha enseñado exigencia, yo me exijo muchísimo en lo que hago y creo que eso no es tan común, no me siento a gusto si no doy todo lo que puedo dar”

Por su parte José “J” hace consciente la posibilidad de la existencia de aprendizajes negativos enseñados por el deporte, como la exigencia desmedida ante cualquier prueba que se le presente, logrando identificar la anormalidad que esto representa y que sin embargo se vuelve indispensable para lograr un estado de satisfacción con su propio actuar.

Tanto en el testimonio de José “J”, como en el de Alexis “R”, podemos encontrar que la superación es una cuestión recurrente en sus vidas, nunca es suficiente el rendimiento que dan en el presente, sería viable suponer que los varones insertos en el deporte, difícilmente se conciben desde un plano concreto de su ser-hombre, en cambio, siempre están pensando a futuro, aferrándose al ideal masculino, a un hombre abstracto que termina por ser inalcanzable en la realidad.

A manera de conclusión, consideramos adecuado hablar sobre un tema poco hablado por nuestros participantes, pero importante en la búsqueda del mejoramiento de las relaciones y replantear nuestras creencias y conductas en torno a la masculinidad, es el tema de las masculinidades disidentes, explicadas anteriormente en nuestro marco teórico, la valía de estas es la de la posibilidad que abren para imaginar y aplicar nuevas formas de relacionarnos aún en esferas tradicionalmente dominadas por ideologías hegemónicas sobre la propia masculinidad. A continuación nuestros participantes Johan “P” y Juan “A”, respectivamente, comentan en sus testimonios respecto al gran desafío de cuestionar e intentar abandonar el lugar de privilegio que otorgan las masculinidades hegemónicas:

“Sí, más que nada por mi círculo social familiar, todos mis tíos, de arriba de treinta o cuarenta años tienen cierta ideología de hombres, ¿no?, y el fútbol me ha permitido tener una relación cercana con ellos, a diferencia de otros gustos que tengo, por ejemplo, con las mujeres ellos son de “ah, mira está bien chulito ese culito” y yo soy como de que “no, es una mujer, es algo más que un culito, es una persona con una personalidad”, pero el fútbol me ha ayudado a comportarme como hombre dentro de ese círculo social.”

En este ejemplo, Johan “P” identifica las ideas machistas de sus familiares y decide no coludirse con ellos mediante el cuestionamiento de las mismas, no obstante, vemos que el fútbol le ha ayudado a apegarse a las formas tradicionales de ser hombre, dichas formas tienen su valor en el círculo familiar, pero la decisión de seguirlas replicando o salirse de ellas reside únicamente en Johan “P”.

“Yo creo que ayuda a romper este estigma de que los hombres no pueden hacer danza, normalmente un bailarín tiene un cuerpo muy bien formado y esta masculinidad va más por la práctica que hace que por cómo se ve, entonces yo creo que sí ayuda a crear nuevas formas, o a lo mejor no nuevas formas, pero sí nuevas prácticas que no solamente es una sola.”

Juan “A”, por su parte, como practicante de un deporte que él mismo ha identificado como socialmente considerado “no masculino”, identifica en la práctica del mismo la posibilidad de construcción de nuevas formas del vivirse como hombre, abandonando el lugar de privilegio y atreviéndose así a la apertura de experimentación de prácticas que los ayuden a conectarse consigo mismos, rompiendo las barreras que imponen las prácticas de las masculinidades hegemónicas.

Cuesta salirse de ese lugar, pero no es imposible. Es claro que desobedecer los mandatos de la masculinidad hegemónica no es tarea sencilla, pero podríamos comenzar por cuestionar qué aspectos de esta nos han dañado, qué es lo que nos impide

salir y considerar si el abandono de ésta nos traería beneficios, como lo pudimos observar durante el trabajo, nuestros participantes eran, en muchas ocasiones, conscientes del daño que estas prácticas les causaban, tanto física como mentalmente; pudimos observar casos en que nos reportaban sentirse obligados a sobresalir dentro de su grupo de compañeros y soportar la carga de trabajo y esfuerzo que se les imponía como mandato, creemos que el inicio de este cambio es el cuestionamiento de estas normas impuestas para dar cuenta de los aspectos positivos o negativos que traen consigo y así ser capaces de decidir con una visión amplia del mundo qué es lo más conveniente para la creación de espacios y convivencias más sanas.

De la mano de este cuestionamiento, una idea importante que recogemos de Gilligan (2013) es la siguiente:

“La ética del cuidado no es una ética femenina, sino que el feminismo guiado por una ética del cuidado podría considerarse el movimiento de liberación más radical-en el sentido de que llega a la raíz—de la historia de la humanidad. Al desprenderse del modelo binario y jerárquico del género, el feminismo no es un asunto de mujeres, ni una batalla entre mujeres y hombres, sino el movimiento que liberará a la democracia del patriarcado” (p.31).

Por tanto, la ética del cuidado no debería ser una práctica asociada exclusivamente a las mujeres, pues los testimonios de este estudio ejemplifican las consecuencias que trae dicha creencia social. La adopción masculina de la ética del cuidado podría guiarnos a nosotros, hombres, hacia una reformulación de prácticas sociales y conductas, dentro de las cuales podemos elegir al deporte. Está claro que así como existen rivalidades y rencillas entre deportistas, también se encuentra el espíritu de camaradería, de “hermandad” según lo recogido en los testimonios, lo que nos hace inferir que sí existe el interés de cuidar otro, el reto que nos atañe es empezar a cuidarlo desde un lugar diferente al masculino tradicional, en el cual la ternura, el buen trato y la empatía tengan cabida.

Johan “P”, con este ejemplo nos describe su opinión sobre los varones no deportistas, en ella es fácil notar la tendencia a asignarles, a manera de compensación, otro tipo de virtudes, como la inteligencia, en este caso. Resulta interesante la imposibilidad de ver a un varón como alguien que no sobresalga en el ámbito en el que se desarrolla, siendo varón, aunque no se sea deportista, se carga con el estigma sobre el deber ser hegemónico, ya sea comportándonos como un hombre racional, un hombre fuerte o un hombre dominante debemos apegarnos a estas normas y deberes, pues su incumplimiento automáticamente nos haría salir del grupo. También podemos notar la idea subyacente de que la práctica deportiva, particularmente del fútbol, está ligada a una sola orientación sexual, a saber, la heterosexualidad, puesto que en el momento en el que Johan “P” descubre que sus amigos gays practican fútbol esto es motivo de asombro o curiosidad. En general, las características contrarias a las de un hombre deportista, se siguen relegando a las mujeres, llámese pasividad o debilidad, y como hombre no deportista se deben compensar con otras como la inteligencia, el desarrollo de tecnologías (análogo al desarrollo de herramientas de trabajo o caza) y la posesión y aplicación de conocimientos.

3. Cierre.

Como podemos observar satisfactoriamente, obtuvimos una aproximación a la representación social de la masculinidad hegemónica encarnada en los atletas como principales actores y reproductores de ésta gracias a los espacios en los que se desenvuelven cotidianamente, es evidente la existencia de modelos hegemónicos de vivir la masculinidad dentro y fuera de los escenarios deportivos, pero pudimos confirmar los espacios deportivos como uno de los principales lugares de conformación y confirmación de estos modelos, ya sea por ideas sobre un supuesto “hombre/atleta ideal” o por ciertas actitudes que guían el actuar de los varones, es muy difícil que los varones decidan salir del lugar de privilegio con el que los dota el deporte. Dichas ideas y actitudes componen las representaciones sociales en torno a la masculinidad en relación con la práctica deportiva; a partir de una serie de códigos, creencias y conductas, se

genera un conocimiento que es compartido entre pares dentro del espacio deportivo y que, en los casos que estudiamos, sirven para perpetuar diversas prácticas que tienen como fin obtener y/o asegurar un lugar de privilegio experimentado desde una masculinidad hegemónica.

No obstante a que pudimos dar cuenta de ciertas ideas que nuestros participantes tenían para desafiar las representaciones sociales “tradicionales” acerca de una masculinidad hegemónica, hace falta que estas ideas contraculturales (dentro de la esfera deportiva) tengan más eco y que más varones decidan tomar acciones concretas para romper con estos modelos, como lo mencionó nuestro participante “Juan A”, debemos dar cuenta de que la masculinidad no es y no tiene por qué ser una sola.

A respecto de esto último, encontramos bastante útil la metáfora de la “camisa de fuerza” que emplea Perry (2016) para reflexionar sobre las consecuencias de la masculinidad tradicional y las divergencias posibles de este:

“Los sentimientos de muchos hombres con respecto a este tema pueden resumirse así: “No lo arregles si no se ha roto”; el statu quo parece funcionar para ellos. Pero yo pregunto: ¿realmente funciona? ¿Y si la mitad de las víctimas de la masculinidad son hombres? La masculinidad podría ser una camisa de fuerza que está impidiéndoles ser ellos mismos”.

Es posible abandonar esta “camisa de fuerza”, debemos permitirnos la posibilidad de explorar las diferentes posibilidades que se presentan fuera de ésta, la camisa de fuerza la adquirimos cuando decidimos seguir la masculinidad hegemónica y escapar de ella depende también de la decisión que tomemos sobre ir aflojándola para en algún momento poder usar otras camisas más cómodas y menos dañinas.

CAPÍTULO V: ¿LA ÚLTIMA PALABRA? **(CONCLUSIONES)**

1. Conclusiones.

Elegimos hablar de este tema reconociendo, en primer lugar, que solo es una pequeña aportación para los estudios sobre masculinidades cuya aparición y problematización sigue siendo relativamente nueva. Intentamos acercarnos a los hombres internándonos en sus espacios para conocer las ideas que permean sobre lo que significa ser y vivirse como hombre dentro de estas esferas, dicho acercamiento fue difícil en algunos momentos pues significó que nuestros participantes se abrieran y relataran experiencias íntimas, esto supone siempre una resistencia pues regularmente, dentro de los espacios deportivos nos sentimos cobijados sin la necesidad de cuestionar nuestra posición y privilegios. Reconocemos estos espacios también como nuestros en algún momento de nuestras vidas pues como varones no podemos excluirnos de algunas de las respuestas y representaciones que nuestros participantes nos relataron, pero que intentamos evidenciar que existen y que tienen una injerencia mayor de las que les dotamos en nuestra vida cotidiana.

Frente a un panorama nacional y mundial de violencia de género urgen acciones y planteamientos que nos permitan acercarnos a soluciones concretas y, sobre todo, posibles, creemos que los estudios de las masculinidades son necesarios para poder comprender nuestras aspiraciones, miedos y razonamientos que por años han afectado nuestras relaciones y vidas y que hemos decidido mantenerlos a fin de sostenernos en un lugar de privilegios.

Estos estudios contribuyen a que los varones decidamos hacernos responsables de nuestras acciones en el mundo, en el día a día, hacia nuestras familias, amistades y parejas, etc. Comenzar por darnos cuenta de los ideales que perseguimos, de las maneras en que nos gusta que nos piensen y la forma en que pensamos a las demás

personas, ya sea positiva o negativamente, consideramos que es un gran primer paso para acercarnos a la problemática. Pensamos en esta investigación como una invitación hacia considerar nuevas formas de ser hombres, como una aproximación hacia la complejidad que enmarca a las subjetividades masculinas, una aproximación necesaria para visibilizar y dejar de normalizar nuestras violencias aún en espacios que, idealmente, deberían ser recreativos para todas las personas, como lo son los escenarios deportivos.

Como describimos en el apartado de resultados, los escenarios deportivos se vuelven los lugares idóneos para la reproducción y mantenimiento de ideologías hegemónicas que privilegian algunos cuerpos sobre otros, y que transmiten ideales sobre el comportamiento y apariencia de las personas que se adscriben a ellos. Nuestra investigación intenta poner en evidencia que aunque bien es cierto que la práctica deportiva trae consigo múltiples ventajas físicas y relacionales, también carga consigo múltiples consecuencias que los practicantes son capaces de identificar, pero que guiados por la lógica de convertirse o llegar a ser un atleta o un hombre ideal, no son capaces de decidir alejarse de estas prácticas o pautas relacionales que son capaces de marcarlos o de marcar sus relaciones de por vida.

La psicología social permite visualizar las justificaciones y motivaciones de los colectivos alrededor de un hecho en particular, así como las representaciones que se generan y se sostienen a la larga, también para poder comprender que las emociones son fruto de una continua relación entre personas y que sus significaciones son construidas socialmente, en nuestra investigación, pudimos conocer de qué maneras y por qué los varones tienden a rechazar el miedo y abrazar el enojo o el coraje para poder seguir desarrollándose y mejorar sus desempeños deportivos. Desde la psicología social podemos comprender que los hechos aislados cobran sentido cuando se les asigna una significación colectiva o comunitaria y cuáles son esas significaciones sino las representaciones sociales mediante las cuales nos dirigimos al Otro y sirven de esquemas de pensamiento para una acción posterior.

Es aquí que la psicología social toma verdadera importancia pues se vuelve una herramienta que nos permite acercarnos para poder identificar el origen y la intención del mantenimiento de estas representaciones. A través de ella pudimos conocer la manera en que estas representaciones operan en los jóvenes atletas universitarios, afectan la manera en que se piensan y piensan al mundo que los rodea, además de afectar directamente la manera que adoptan para relacionarse con sus pares y la manera que adoptan ya sea para ocupar una posición de poder o para ocupar una jerarquía menor a la de una figura de autoridad.

Al finalizar esta investigación encontramos que dichas maneras son múltiples, van desde la provocación, burlas, menosprecio hacia compañeros y compañeras del deporte, hasta la creación de lazos de amistad (en ocasiones casi de hermandad), beneficios físicos y emocionales, prestigio frente a otros varones y mujeres. Las consecuencias son diversas, la práctica deportiva y el cumplimiento, o intento de cumplimiento de sus ideales, demanda sacrificio corporal, desgaste emocional y distanciamiento afectivo hacia otras personas que no se encuentran en el espacio deportivo o que son consideradas como inferiores por no cumplir con lo que se considera que un hombre debería de cumplir, como la constancia para el ejercicio deportivo, la constante actividad física o el actuar como dominante de un grupo determinado, la constante defensa de su territorio implica también hostilidad hacia las mujeres en estos espacios, cosas que si lo vemos tomando un poco de distancia podemos notar que son características que, en lo ideal, deberían de alejar al varón de todo lo que sea considerado como femenino y por lo tanto inferior.

Así la tarea del varón, y en especial del varón deportista, será en todo momento el alejarse de todo aquello que lo haga parecer débil o inferior, alejarse de todo aquello que lo vuelva femenino, ya sea sometiendo a su cuerpo a largas rutinas para hacerlo crecer o mediante competencias que certifiquen su posición, el varón vive en una constante confirmación de su masculinidad ante los otros.

Es evidente la existencia de representaciones sociales insertas dentro de los espacios deportivos, operan activamente en cada una de las personas practicantes, pues incluso

si se quiere adoptar una postura pasiva, la dinámica de la esfera deportiva instará al practicante varón a la interiorización de las ideas ahí configuradas so pena de ser excluido y feminizado. Al ser los hombres quienes históricamente han mantenido el dominio de estos espacios, en ellos se reflejan mayoritariamente las pautas a seguir para conseguir ser alguien aceptado y mantener cierto orden en las relaciones de poder que ahí se gestan y que se pueden traspasar fácilmente a todos los demás espacios donde los hombres se relacionan.

Realizar esta investigación significó el intento por hacer constar la posibilidad de hallar nuevas formas de relacionarnos entre varones ya sea para el ejercicio deportivo, en nuestras vidas cotidianas o al realizar una investigación entre dos varones. El reto radica en el intento de alejarnos de los ejercicios de violencia o poder desigual que nos sitúan a unos sobre otros, la creación de formas más horizontales de diálogos y la construcción de acuerdos mutuos que posibiliten convivencias más sanas y equitativas. Aflojar la camisa de fuerza que supone la masculinidad hegemónica es una decisión difícil, pero que su realización trae más beneficios de lo que a primera vista podría suponer. No podemos hablar de un logro terminado, pues aún queda mucho camino que recorrer, pero sin duda estar acompañado hace el proceso más ameno, el malestar causado por las prácticas hegemónicas de la masculinidad es sentido por muchos varones, más de los que pudiésemos imaginar, creemos que poder expresar la inconformidad respecto a esta masculinidad nos permite identificar quiénes más se sienten como nosotros y juntos así poder trabajarnos para posibilitar el cambio.

Personalmente significó mucho para nosotros poder investigar acerca de un tema tan cotidiano y tan inmerso en nuestras historias de vida, cada entrevista con cada participante significaba también de algún modo cuestionar nuestras propias creencias y actitudes, saber que nuestras subjetividades son atravesadas por el género y que queda muchísimo trabajo personal y profesional. Trabajar juntos fue una experiencia grata, encontrarse con personas interesadas en el cambio personal y social ha sido un gran regalo de la vida.

CAPÍTULO VI: ¿QUÉ SIGUE? (DISCUSIÓN)

1. Discusión.

Después de haber realizado esta investigación, comprendemos aún más lo amplio y fértil que puede ser el campo de estudio de las masculinidades, a través de este trabajo hemos podido observar algunas de las limitaciones y posibilidades para el cambio futuro en los varones y en las formas en que estos se relacionan, los escenarios deportivos se nos presentaron como lugares poco explorados al momento de hablar de estudios sobre masculinidades a pesar de ser uno de los espacios más concurridos por los varones, eso habla de la normalización que han tenido varias conductas y creencias alrededor de la relación entre hombres y deporte y siendo además de los principales lugares donde, desde temprana edad, los varones conviven, forjan su carácter y se les muestran los ideales masculinos que deben seguir a lo largo de su vida, dando como resultado la perpetuación de roles y creencias sobre el deber masculino.

Esperamos y confiamos que este ejercicio sirva de impulso para la creación futura de investigaciones similares a ésta, pues también un obstáculo con el que nos enfrentamos al momento de realizar la investigación del marco teórico fue la falta de fuentes de información que aborden el tema desde la psicología, eso es un llamado prioritario a las y los profesionales de la disciplina, ¿por qué motivos la psicología se ha mostrado ajena a las problemáticas de género, específicamente de las masculinidades?, ¿qué lugar ha ocupado la academia para no interesarse tanto en estas cuestiones?, ¿qué tanta responsabilidad tiene la academia en la reproducción y mantenimiento de estas estructuras de género que mantienen y solapan violencias? Estas son solo algunas interrogantes que nos deja la experiencia de haber trabajado desde este campo.

Como lo hablamos anteriormente, nos encontramos ante un panorama político internacional donde cada vez son más preocupantes las violencias de género, nuestras compañeras que han abordado el tema y han hecho del feminismo un estilo de vida, han visibilizado esta situación, sin embargo es urgente que los varones ocupemos un papel

personal y políticamente activo en la erradicación de esta problemática. Nuestro trabajo pone en evidencia de personas, no solamente nosotros, que se interesan en el tema desde múltiples aristas y confiamos en que cada vez más hombres se interesen, desde la academia y desde la psicología, a tratar el tema y no quedarse solo en el discurso que sale de la boca y desaparece, desde aquí invitamos a tomar acciones. La investigación nos permitió dar cuenta de la inquietud y preocupación que representa este problema en la vida de las personas, obtuvimos testimonios que compartían su malestar a causa de estas prácticas y se resiente la perpetuación de los códigos y mandatos masculinos dentro de los deportes, no obstante, parece ser que todavía queda muchísimo trabajo por hacer, mientras los beneficios sean más percibidos que los costos no podremos afirmar que un cambio significativo está sucediendo, mientras la evasión de responsabilidad y falta de cuidado de sí y hacia otras personas no sean prácticas recurrentes en la esfera deportiva seguiremos en el mismo lugar.

No pretendemos hacer un manual para abandonar el papel hegemónico que la masculinidad representa, ni pretendemos hacernos pasar como los “nuevos hombres buenos”, solo intentamos dar constancia de la existencia de personas, varones como nosotros, que son capaces de reconocer un problema relacionado a las maneras en que hemos aprendido a ser y vivirnos hombres día a día y en cada una de nuestras acciones. Nos lo decía un participante, del que en el trabajo hay constancia, aún nos falta saber reconocer que no solo existe una forma de ser hombres por más que nos digan que así sea.

A pesar de todo, descubrimos el espacio deportivo como un lugar de cambio potencial, en el entendido de que allí se generan estrechos lazos afectivos, las formas o modalidades de estas relaciones son en las que hay que incidir, no obstante, creemos que es posible pensar en una re-educación de estas maneras y pensamos que el espacio deportivo puede ser un lugar fértil para la transformación de las relaciones, desearíamos poder contar con las respuestas para conseguirla, pero para eso es necesario que nos involucremos más, tomará su tiempo pero no es imposible.

Hemos de reconocer que nuestra investigación cuenta con ciertas limitaciones, pues al tener como enfoque el reconocimiento y análisis de las representaciones sociales del hombre dentro de los espacios deportivos, abre múltiples posibilidades de estudio que aquí permanecen sin explorar, se requieren más agentes de cambio, no nos referimos precisamente a una persona ajena a la esfera deportiva, al equipo de fútbol, a los compañeros de gimnasio o de pista, los varones podemos participar en esta transformación desde estos sitios al no coludirnos con las violencias de nuestros compañeros, a no seguir alimentando la competencia hostil, a procurar más nuestra salud física y emocional. No se trata de la prohibición o estigmatización del deporte, sino de la visibilización de la necesidad de cambiar las relaciones que allí se gestan, para así apuntar a un posterior cambio en el deporte. Nuestro director de tesis ocupaba para la institución deportiva la metáfora de una fábrica que produce vasos; en el proceso se suscitan fisuras en ellos y salen aún así, la cuestión es: ¿En qué fisuras de los vasos de la masculinidad podemos actuar? ¿Bastaría con ocupar un pegamento especial para resanar las grietas?, ¿O deberíamos también incidir en la propia maquinaria que (re)produce estas subjetividades? Ese es el gran reto que se nos presenta, saber cómo reconstruir nuestras creencias más arraigadas y nuestras prácticas tan internalizadas que sostienen nuestros privilegios y otras desigualdades frente a nuestros pares y frente a las mujeres, ¿de qué manera poder sellar esas fisuras sin que cause la rotura del vaso? He ahí la condición frágil de nuestras masculinidades, el cuestionamiento y el cambio de acciones provoca crisis en nuestras identidades, pero lejos de que esto se entienda como argumento en defensa de la misma línea de producción de vasos masculinos, se trata de una invitación a ponerle freno, ajustar engranajes e idear nuevos diseños. Para los vasos que fuimos producidos bajo el modelo anterior vivir con la crisis que causa la deconstrucción será una condición con la que lidiaremos por siempre, puesto que no es un proceso que tenga final, pero hoy ponemos en la balanza nuestro pasado con nuestro presente y futuro, y decidimos recorrer el camino del cambio. Hoy queremos contribuir a que después de un tiempo las personas que habiten el lugar de la masculinidad no tengan que pasar por lo mismo.

Uno de los principales retos que nos encontramos durante la realización de esta investigación fue la dificultad para acercarnos a los varones, pues el cuestionamiento personal sobre lo que para ellos significa su propia identidad masculina ocasionó que algunos de nuestros participantes pusieran resistencia al momento de realizar la entrevista, dando como resultado algunas respuestas muy escuetas que dotaban de poca o nula información para el análisis posterior de las entrevistas. No obstante, estas resistencias no solo fueron realizadas por los participantes sino que también como investigadores hombres no estuvimos exentos de esta clase de sesgos al realizar un trabajo introspectivo hacia uno, de tantos, aspectos que configuran las identidades masculinas. Encontramos como una de las principales complicaciones hallar la manera adecuada y efectiva de acercarnos a los varones; el privilegio acomoda muchísimo y cuestionarlo siempre causa malestar o nulo interés, se necesitan encontrar maneras que permitan que la duda respecto al ser hombre y su qué hacer se infiltre directamente en los actores y abra la posibilidad al cambio.

Finalmente, importante mencionar que durante esta investigación solo contemplamos entrevistar a varones deportistas universitarios, pero que estos no representan para nada el grueso de la población de varones deportistas en el país, aunque en estos nos fue fácil reconocer algunos rasgos que consideramos no solo pertenecientes a los deportistas universitarios, como lo fue la importancia percibida por ellos de poseer algún símbolo que los identifique como figuras de autoridad, tales como una cinta negra, un silbato o una medalla, lo que jugaría como analogía con la academia y la obtención de algún título o certificado que los avale como figuras a las cuales se debe respetar, obedecer y no cuestionar. Creemos que en el futuro se pueden realizar estudios que consideren esta cuestión tan internalizada en nuestra subjetividad masculina; la figura imaginaria del hombre maestro establece relaciones de poder y violencia hacia aquellas personas consideradas inferiores a él, bajo el lema del hombre racional, del que los dota la academia, se siente libre de cometer cualquier acto que pueda vulnerar el bienestar de otra persona con el pretexto de querer “enseñarle” o “educarle”.

El aporte hacia los estudios de las masculinidades que esta investigación deja nos hace pensar en la importancia de seguir en esta línea y en la necesidad de que más ojos miren esta problemática y se sumen a solucionarla. Puede que no se halle la información suficiente o no se cuente con antecedentes teóricos que sirvan como guía para acercarnos a este tipo de investigación, pero recordemos que el género nos atraviesa y está en cada persona la ideación de nuevas formas de acercarse a la problemática y así descubrir nuevas formas de relacionarse en la cotidianidad, sea en el deporte, en la escuela, en el trabajo o en la calle.

Cada vez cobra más notoriedad la existencia de personas interesadas en la solución de este tipo de problemáticas, está en cada una de esas personas hacer que esto se convierta en un interés genuino que repercuta en cada una de nuestras acciones hacia el exterior y hacia el interior. Sirve apalabrar el malestar para poder comprenderlo, pero se necesitan acciones para solucionarlo.

Con este trabajo se da constancia del interés de muchos varones por modificar sus acciones cotidianas, en búsqueda de la creación de mejores relaciones consigo mismos y con las demás personas con las que convive cotidianamente.

Los estudios de masculinidades son realizados por mujeres y hombres, aunque en un inicio fueron las primeras que desde las teorías feministas comenzaron a indagar sobre el género masculino, lo cual, hizo que comenzara a preguntarse si los varones podían llamarse o ser feministas también. Siguen existiendo discusiones al respecto, pero nuestra opinión es que desde una subjetividad masculina que sigue cuestionándose a sí misma aún no podemos dar cuenta de las múltiples circunstancias sociales, políticas y culturales de las mujeres, ni creemos que ello nos corresponda, lo que creemos que sí nos corresponde es la lucha por el cambio de los modelos hegemónicos, sumarnos al feminismo haciendo nuestros propios lugares más abiertos y feministas, ¿qué podríamos hacer los varones para hacer de nuestros espacios feministas? Quizá este estudio haya podido visibilizar un poco las claves que existen en torno a esta pregunta, quizá podamos empezar con el reto que implica bientratarnos y bientratar a otras personas, en no

convivir desde la violencia y seguir cuestionándonos cuáles otras formas de habitar en el mundo son posibles.

Podríamos comenzar a hablar de una posible serie de claves para que como varones nos interese participar en el cambio positivo de nuestras relaciones, como lo hemos visto, debemos tomar un papel activo en el cambio, debemos reflexionar sobre los beneficios que nos traería relacionarnos desde otros lugares más allá de la competencia y el interés de sobresalir pasando sobre las otras personas, Vergara (2018) señala que para el cambio podríamos considerar, *“un primer paso es desnaturalizar las violencias que impone la jerarquía de género, un segundo paso, casi simultáneo e imprescindible, es generar pactos de otro tipo con nuestros congéneres.”* (p. 9)

Del mismo modo, y por principio, debemos reconocer de qué formas manifestamos o ejercemos la violencia patriarcal y reconocer que, a decir de Vergara (2018), *“nuestra supuesta neutralidad o pretendida pasividad ante los ejercicios de violencia es un imposible, una opción inviable, ya que el no hacer nada es directamente funcional a la reproducción de la violencia”.* (p.4)

Por último, debemos revalorizar las tareas de cuidado y reproducción de la vida, valorar y propiciar relaciones sanas en los espacios domésticos, y de la misma forma que señala Vergara (2018), *“procurar lugares y tiempos propicios para generar encuentros significativos que nos permitan vislumbrar otras formas de relacionarnos, otras maneras de ser y estar en este mundo como varones.”* (p. 13)

Sin embargo, no solo es cuestión de trabajar nuestras relaciones en el espacio doméstico, en el espacio privado, sino trabajar en ese espacio que históricamente ha sido ocupado y celado por nosotros los varones, a saber, el espacio público. ¿Podríamos empezar a practicar el buentrato en algunas esferas de este espacio, tales como el deporte, la escuela o el trabajo? ¿Tendrá cabida la empatía en el ambiente deportivo? Mucho se puede hablar de “fairplay” en los deportes y por fortuna muchos y muchas atletas se apegan a él, no obstante, no parece ser que sea una práctica tan normada en estos espacios pues podemos observar la persistencia de prácticas discriminatorias, además del rechazo hacia una diversidad sexual abierta, la existencia de propaganda

alusiva a la inclusión es innegable en la mayoría de estos espacios, pero seguimos observando que la práctica es muy distinta y contradictoria a estos mensajes, aún no llegamos a un punto en que un atleta pueda ser juzgado solo por su desempeño y observamos que seguimos juzgando a partir de estereotipos que consideramos deben cumplir por ser personas con cierta visibilidad mediática, mientras no se acepte y se incorpore la diversidad como un argumento esencial para el libre desarrollo y práctica deportiva nos mantendremos alejados de una sociedad que apunte hacia el mejoramiento de las relaciones entre todas las personas sin importar ideologías, creencias, etnias, raza, preferencias, etc.

Falta mucho por hacer en el ambiente deportivo, y así como un paso fundamental es romper pactos con otros hombres que encarnan las masculinidades hegemónicas es igualmente importante poder generar nuevos pactos de convivencia entre varones, entre aquellos que decidamos apostar a la disidencia tanto con los que parecen estar aferrados a un modo de ser varón que cada día demuestra ser más disfuncional para la vida diaria, quizá sea cuestión de poner en práctica el cuidado y la empatía hacia el otro para que más hombres puedan ser testigos de las posibilidades de ser que ofrece un camino diferente al tradicional y lo benéficas, sanas y satisfactorias que estas pueden llegar a ser.

BIBLIOGRAFÍA

Alcántara & Moreno. (2016). *Conceptos clave en los estudios de género*. México, CDMX.: PUEG.

Arruda, A. (2002). *Teoría de las representaciones sociales y teorías de género*. En Blazquez, A., Flores, F. Y Ríos, M. (Coords). (2010). *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. México: UNAM.

Blanco, P. & Ruiz-Jarabo, C. (2005). *La violencia contra las mujeres*. España: Díaz de Santos.

Burin, M. (2014). *La maternidad: el "otro" trabajo invisible*. Recuperado el 09 de junio de 2020, de: <https://asturiesdixebra.files.wordpress.com/2014/08/burin-mabel-la-maternidad-el-otro-trabajo-invisible.pdf>

Bustos Romero, O. (2001). *Género y socialización: Familia, escuela y medios de comunicación*. En M.A.González Pérez y J. Mendoza García, *Significados Colectivos: Proceso y Reflexiones Teóricas*. México: ITESM/CIACSO.

Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.

Carabí, A. & Armengol, J. (2000). *La Masculinidad a Debate*. Barcelona: Icaria.

Carreaga, Gloria., & Cruz, Salvador. (2006). *Debates sobre masculinidades: Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM.

Castañeda, M. *El machismo invisible*. Ciudad de México: Grijalbo.

Chimont, C, & Louveau, C. (2010). *Becoming a man while playing a female sport: the construction of masculine identity in boys doing rhythmic gymnastics*. *International Review for the Sociology of Sport*. pp. 436-456.

Cixous, H. (1981). *Sorties. New French Feminisms: An Anthology*. Sussex: Elaine Marks and Isabelle Courtrivon.

CNN. (marzo 9, 2020). *¿Por qué paran las mujeres en México? 4 cifras que muestran la situación de las mujeres en el país.* Recuperado el 24 de junio de 2020, de <https://cnnespanol.cnn.com/2020/03/09/por-que-paran-las-mujeres-en-mexico-4-cifras-que-muestran-la-situacion-de-las-mujeres-en-el-pais/>

Colodrón, A. (2010). *El hombre nuevo frente al machismo sutil.* España: Desclée de Brouwer.

Colebrook, C. (2004). *Gender.* New York, N. Y.: Palgrave: Macmillan.

Connell, R. W. (1983). *Which way is up? Essays on Class, Sex and Culture.* Sidney: Allen and Unwin.

Connell, R.W. (2003). *Masculinidades.* México: UNAM.

Corbin, J. & Strauss, A. (2012) *Bases de la investigación cualitativa: Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada.* Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.

Craig, P. (2016). *Sport Sociology.* EEUU: Sage.

De Beauvoir, S. (2013). *El Segundo Sexo.* México, CDMX: Debolsillo.

Delphy, C. (1993). *Rethinking Sex and Gender.* USA, Women's Studies International Forum.

DGCS UNAM. (2017). *Mexicanas aún piden permiso para trabajar y salir solas.* Recuperado el 23 de enero de 2020, de <http://www.unamglobal.unam.mx/?p=28102>

Esteban, M. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio.* Barcelona: Bellaterra.

Fontenla, M. (2008). *Diccionario de estudios de género y feminismos.* España: Biblos.

Freund, P. (1983). *The civilised body: social domination, control and health.* Philadelphia: Temple University Press.

Giacaglia, M. (2002). *HEGEMONÍA. CONCEPTO CLAVE PARA PENSAR LA POLÍTICA.* Tópicos, (10). Recuperado el 25 de Septiembre de 2019, de: <https://www.redalyc.org/pdf/288/28801009.pdf>

Gilligan, C. (2013). *El daño moral y la ética del cuidado*. En *La ética del cuidado* (pp. 12-39). Barcelona, España: Cuadernos de la Fundación Víctor Grifols i Lucas.

Glaser B. & Strauss A. (1967). *The discovery of Grounded theory: Strategies for qualitative research*. New York: Aldine Publishing.

Gómez, Á. (2009). *El sistema sexo/género y la etnicidad: sexualidades digitales y analógicas*. Recuperado el 19 de junio de 2020, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000400003#:~:text=Para%20esta%20autora%2C%20%22un%20sistema,Rubin%2C%201996%3A%2044).

Gutmann, M. (2000). *Ser Hombre De Verdad En La Ciudad De México*. México: El Colegio De México.

Halberstam, J. (1998). *Female Masculinity*. London: Duke University Press.

Hall, S. (1990). *Cultural Identity and Diaspora*, en, *Identity, Community, Culture, Difference*. Comp. Rutheford, Londres: Lawrence & Wiseheart, pp. 222-237.

Huerta, F. (1999). *El juego del hombre: deporte y masculinidad entre obreros*. Puebla: Plaza y Valdés.

Jociles, M. (2001) *Estudio sobre las masculinidades*. Gaceta de Antropología. No.17.

Keen, S. (1999). *Ser Hombre. Mitos y claves de la masculinidad*. Madrid: Gaia Ediciones.

Keijzer, B. (2001). *Hasta donde el cuerpo aguante: Género, Cuerpo y Salud Masculina*. En Cáceres, *La Salud como derecho ciudadano: perspectivas y propuestas desde América Latina*. Lima: Universidad Peruana Cayetano

Kimmel, M. (1996). *Manhood in America: A Cultural History*. New York: Free Press.

Lancaster, R. (1992), *Life is Hard: Machismo, Danger and the Intimacy of Power in Nicaragua*. University of California Press.

Langner A., Olivares E. (2019). *Cifras oficiales: la violencia contra las mujeres sigue al alza*. Recuperado el 10 de julio de 2019, de <https://www.jornada.com.mx/ultimas/2019/03/08/cifras-oficiales-la-violencia-contra-las-mujeres-sigue-al-alza-9689.html>

Martí, J. (2008). *La Cultura del Cuerpo*. Barcelona: Editorial UOC.

Martínez, A. (2011). *Los cuerpos del sistema sexo/género: Aportes teóricos de Judith Butler*. *Revista de Psicología* (12), 127-144. En *Memoria Académica*. Recuperado el 19 de junio de 2020, de:

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5641/pr.5641.pdf

Materán, A. (2008). *Las representaciones sociales: un referente teórico para la investigación educativa*. Recuperado el 15 de agosto de 2019, de:
<https://www.redalyc.org/pdf/360/36021230010.pdf>

Merleau-Ponty, M. (2000). *Fenomenología de la percepción*, Barcelona: Península.

Monsiváis, C. (2013). *Misógino Feminista*. México, CDMX: Oceano.

- (1992). *Las Mitologías del Cine Mexicano*. Intermedios. Número 2, pp. 12-23.

Morgan, D. (1993). *You too can have a body like mine: reflections on the male body and masculinities*. En: Scott, S. & Morgan, D. (Ed.). *Body Matters: essays on the sociology of the body*. (1993). Great Britain: Burgess Science Press.

Moscovici, S. (1961). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.

Oakley, A. (1985). *Sex, Gender and Society*. USA, Aldershot: Gower.

Perry, G. (2016). *La caída del hombre*. Barcelona: Malpaso.

Plexoussaki, E. (1996) *L'image du corps. Vers une nouvelle identité féminine*. París.

Rubin, G. *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*. En *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, compilado por Lamas, M. (1996). México: PUEGUNAM. (pp.35–98).

San Martín, D. (2014). *Teoría fundamentada y Atlas.ti: recursos metodológicos para la investigación educativa*. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 16(1), 103-122. Recuperado el 17 de noviembre de 2019 de
<http://redie.uabc.mx/vol16no1/contenido-sanmartin.html>

Stevens, E. (1973). *Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America*, en, *Male and Female in Latin America*. Comp. Pescatello, A. University of Pittsburgh Press, (pp. 89-101).

Tajer, D. (1998). *El fútbol como organizador de la masculinidad*. Revista de Estudios de Género. La ventana, (8). Recuperado el 8 de Septiembre de 2019, de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=884/88411133009>

Vergara, Aldo. (2018). *Patriarcado y Masculinidades. La deconstrucción como tarea de reconstrucción de un orden social otro*. 23/07/2020, de Divulgatio. Recuperado el 16 de julio de 2019, de: http://revistadivulgatio.web.unq.edu.ar/wp-content/uploads/sites/65/2016/11/D7_ART5_vergara_2018.pdf

Villarroel, Gladys E. (2007). *Las representaciones sociales: una nueva relación entre el individuo y la sociedad*. Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología, 17(49). Recuperado el 6 de Noviembre de 2019, de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=705/70504911>

Villoro, Juan. (2014). *Balón dividido*. México: Editorial Planeta.

Wittig, M. (1990). *Homo Sum*. USA: Feminist Issues 10.1.

(2019). *De 34%, la brecha salarial en México entre mujeres y hombres*, de Senado de la República. Recuperado el 14 de agosto de 2019, de: <http://comunicacion.senado.gob.mx/index.php/informacion/boletines/43667-de-34-la-brecha-salarial-en-mexico-entre-mujeres-y-hombres.html>

(2020). *¿Qué es Intersexo?*. de Planned Parenthood. Recuperado el 8 de junio de 2020, de: <https://www.plannedparenthood.org/es/temas-de-salud/orientacion-sexual-y-genero/genero-e-identidad-de-genero/que-es-la-intersexualidad>

ANEXOS

1. Códigos obtenidos de las entrevistas.

Representaciones sociales en torno a la relación masculinidad-deporte

<u>Masculinidad es en el deporte</u>	<u>Maneras de socialización</u>	<u>Costo/beneficio</u>	<u>Presencia femenina en espacios deportivos y violencias dirigidas hacia ellas</u>	<u>Forjando al hombre</u>
Autosuficiencia (4)	Ambiente competitivo en el deporte (4)	Beneficios a la salud física (9)	Acoso (2)	Caminos cortos (3)
Constancia en el deporte (19)	Aprovechamiento de la posición de poder masculina (2)	Beneficios de la práctica deportiva (54)	Admiración hacia mujeres deportistas (3)	Competitividad (22)
Deber ser masculino (55)	Compañerismo (12)	Beneficios de la práctica deportiva grupal (8)	Apreciación masculina del cuerpo femenino (14)	Conexión hombre cuerpo (11)
Demostración frente al otro (3)	Competencia interna (2)	Consecuencias psicológicas (6)	Discriminación (3)	Construcción de carácter (81)
Estereotipo de género masculino en el deporte (11)	Construcción de lazos afectivos en el deporte (10)	Costos afectivos (6)	División sexual en el deporte (33)	Deber ser del deporte (9)
Estereotipos de la masculinidad (7)	Convivencia (4)	Costos emocionales (5)	Equidad en el deporte (17)	Deber ser del deportista (30)

Estigma sobre masculinidad (5)	Deporte como motivante (4)	Costos personales (14)	Equiparación del rendimiento femenino y masculino (3)	Deporte como estilo de vida (10)
Exhibición de la virilidad (6)	Despersonalización en los deportes colectivos (11)	Costos relacionales hacia las mujeres (4)	Idealización de la feminidad (4)	Deporte como imposición (10)
Exigencia de respeto (9)	Ejercicios de poder del varón (5)	Deporte como contención de violencia (8)	Inclusión (22)	Deporte como lugar de formación masculina (11)
Hombre como juez (1) Hombre como líder (7)	Expresiones homoeróticas en el deporte (1)	Deporte como dador de prestigio (5)	Incurción de las mujeres en el deporte (5)	Disciplina (36)
Hombre como maestro (26)	Homofobia dentro del espacio deportivo (1)	Deporte como liberador de emociones (10)	Interés sexual dentro del ambiente deportivo (18)	Disciplina emocional (16)
Hombre confiable (2)	Honor en los deportistas (7)	Sacrificio corporal (37)	Juicio sobre el cuerpo de la mujer (15)	Enseñanza a partir del dolor (6)
Hombre culto (2)	Humildad (10)	Seguridad (6)	Juicio sobre la mujer (21)	Estigma del cuerpo masculino en el deporte (7)
Hombre dominante (9)	Impacto social del deporte (4)		Menosprecio hacia el desempeño femenino en el deporte (37)	Exclusión hacia cuerpos no aptos para el deporte (2)
Hombre exitoso (4)	Inclusión de la diversidad sexual en el deporte (2)		Miedo a ser superado por una mujer (4)	Exigencias del deporte (32)

Hombre fuerte (17)	Juicios sobre otros atletas (3)		Normalización de la violencia hacia las mujeres (4)	Exigencias individuales (5)
Hombre irracional (7)	Justificación de la violencia (23)		Objetivación del cuerpo de la mujer (13)	Indiferencia hacia el desempeño de los rivales (4)
Hombre protector (9)	Límites de la violencia permitida (16)		Percepción del desempeño femenino (5)	Rechazo a la debilidad (7)
Hombre sociable (1)	Menosprecio hacia otros varones considerados inferiores (8)		Posesión de mujeres como símbolo de estatus (1)	Sacrificio (16)
Hombre territorial (6)	Miedo a la equivocación (3)		Propuestas para la equidad (16)	Violencia como espectáculo (1)
Hombre violento (1)	Minimización de la violencia (19)		Rechazo a las mujeres en espacios masculinos (8)	Violencia dirigida hacia uno mismo (1)
Ideales masculinos (32)	Negación de la violencia en el espacio deportivo (5)		Rechazo hacia el cuerpo femenino masculinizado (7)	
Juicio sobre uno mismo (2)	Nobleza (2)		Rechazo hacia violencia sexual (1)	
Lealtad (13)	Normalización de la rivalidad entre compañeros del deporte (22)		Relación deporte negocio (5)	

Machismo (19)	Normalización de la violencia (33)		Respeto a la mujer en espacios deportivos (3)	
Mandatos masculinos (5)	Orgullo deportivo (5)		Responsabilizar a las mujeres (1)	
Masculinidades disidentes (7)	Pérdida de pudor (1)		Roles femeninos (3)	
Menosprecio hacia varones no deportistas (26)	Presión competitiva (3)		Segregación (7)	
Miedo a la derrota (16)	Presión grupal (4)		Subestimación hacia las mujeres (44)	
Opinión sobre varones no deportistas (12)	Relaciones dentro del deporte (52)		Superioridad del varón sobre la mujer en espacios deportivos (4)	
Performatividad de la masculinidad (2)	Relaciones fuera del deporte (10)		Trato diferenciado (12)	
Racionalidad en el deporte (14)	Relación deporte violencia (19)		Uso del discurso biológico como justificante de la desigualdad (17)	
Relación deporte masculinidad (1)	Respeto a la autoridad (8)		Uso del discurso biológico como justificante de la exclusión (6)	
Resiliencia (12)	Separación de la vida privada con la práctica deportiva (7)		Uso del discurso histórico para justificar desigualdad (2)	

Roles masculinos (4)	Solidaridad (6)		Violencia hacia las mujeres (4)	
Superación individual (3)	Violencia como método para arreglar conflictos (3)		Violencia sexual (4)	
Superioridad del hombre universitario (6)	Violencia emocional en el deporte (3)			
Uso del discurso biológico para legitimar violencias (9)	Violencia en el deporte (7)			
Valores en el deporte (34)	Violencia verbal en el deporte (2)			
Victoria a toda costa (7)				
Violencia como método de diversión (2)				
Violencia como método para obtener prestigio (2)				

* Los nombres subrayados indican los títulos de nuestros códigos axiales, cada uno acompañado de un color específico.

* Los número que aparecen después de cada código abierto significan el número de veces que se repitieron en las entrevistas.

2. Formato de consentimiento para uso y grabación de entrevista de voz

Autorización para grabación de voz

Yo _____, alumno de la universidad _____, doy mi consentimiento a la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Psicología, para el uso o reproducción de la entrevista grabada en audio de mi persona, para la investigación titulada “Representaciones sociales en torno a la relación masculinidad - deporte en jóvenes atletas universitarios de la ciudad de México”.

Entiendo que el uso de la voz del participante será empleado con fines educativos de investigación y análisis por parte de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se me informará sobre el uso de la grabación para cualquier otro fin, diferente a los anteriormente citados.

No existe ningún límite de tiempo en cuanto a la vigencia de esta autorización; ni tampoco existe alguna limitación geográfica en cuanto a dónde se puede distribuir este material.

Fecha: _____

Firma